

**María**

**Por**

**Mary Wollstonecraft**

## PREFACIO

Los males de la mujer, como los de los sectores oprimidos de la humanidad, se han de considerar necesarios por parte de sus opresores, pero seguramente hay mujeres que se atreverán a adelantarse a su tiempo y a certificar que mis bosquejos no son el engendro de una mente trastornada ni los trazos enérgicos de un corazón herido.

Al escribir esta novela he preferido retratar pasiones antes que costumbres. En muchos casos, podría haber dado a las escenas un carácter más dramático si hubiera sacrificado mi objetivo principal: el deseo de mostrar el sufrimiento y la opresión, exclusivos de las mujeres, que se derivan de unas leyes y costumbres sociales partidistas. En la invención de esta historia, esta idea puso freno a mi fantasía y por ello este relato debería considerarse como la historia de la mujer, más que la de un individuo concreto. He tratado de que los sentimientos se encarnasen.

En muchas obras de este tipo, al héroe se le permite comportarse como un ser mortal y convertirse en sabio, feliz y virtuoso a través de una serie de acontecimientos y circunstancias. Las heroínas, por el contrario, han de nacer inmaculadas y actuar como diosas de la sabiduría, impecables minervas nacidas de la cabeza de Júpiter.

Por mi parte, no puedo imaginar una situación más angustiosa que la que supone, para una mujer con inteligencia y sensibilidad, estar atada de por vida a un hombre como el que he descrito, obligada a renunciar a todos los tiernos afectos y a cultivar el intelecto, no fuera que al percibir la belleza y el refinamiento de los sentimientos se agudizara su desencanto hasta hacerlo intolerable. El amor, que la imaginación adereza con sus tonos embriagadores, se ha de vivificar mediante la delicadeza. Debería despreciar —o definirla como vulgar— a aquella mujer que pudiera soportar a un marido como el que he retratado.

En mi opinión, estos —es decir, la tiranía del matrimonio en lo que respecta a los sentimientos y a las conductas— son los males propios de la mujer, porque degradan su espíritu. Los llamados «grandes infortunios» quizá causen una impresión más fuerte en la mente de los lectores comunes, pues contienen más de esos efectos que suelen llamarse «teatrales», pero lo que constituye, en mi opinión, el mayor mérito de nuestras mejores novelas es el bosquejo de sensaciones más sutiles. Esto es lo que me propongo, así como mostrar los males de diferentes clases de mujeres que están, sin embargo, igualmente oprimidas, a pesar de las diferencias de educación inevitables.

## CAPÍTULO I

Con frecuencia se han descrito casas del terror y castillos llenos de espectros y quimeras, conjurados por las mágicas palabras del genio artístico para atormentar el alma y cautivar la mente fantasiosa. Pero, formados como están los sueños de un material así, ¿qué eran esas descripciones comparadas con la mansión de la desesperación, en uno de cuyos rincones estaba sentada María, intentando reunir sus pensamientos dispersos?

La sorpresa, la estupefacción, rayanas en la locura, parecían haber suspendido sus sentidos hasta que, despertándose en ella una aguda sensación de angustia, un torrente de rabia e indignación reavivó su pulso mortecino. Los recuerdos empezaron a sucederse uno tras otro a velocidad vertiginosa, amenazando con incendiar su cerebro y convertirla en digna compañera de los terroríficos habitantes de ese lugar, cuyos gritos y gemidos no eran los sonidos inofensivos del viento cuando aúlla ni de pájaros sobresaltados, modulados por una fantasía romántica, que divierten a la vez que asustan, sino esos tonos lastimeros que suscitan en el corazón una certeza terrible. ¡Qué efecto debieron de producir en alguien como María, compasiva y torturada por los temores maternos!

La imagen de su pequeña se le aparecía constantemente, y recordaba su primera sonrisa pícara como solo una madre —una madre desdichada— puede imaginar. Oía sus tiernos balbuceos y sentía sus deditos sobre su pecho henchido, un pecho que rebosaba de ese alimento por el que su pequeño tesoro quizá ahora estuviese suspirando en vano. Su pequeña podía recibir la leche materna de una extraña (a María le entristecía pensarlo) pero ¿quién la cuidaría con la ternura y abnegación de una madre?

Las sombras ocultas de antiguos pesares regresaron de golpe en lúgubre sucesión, y parecían dibujarse en las paredes de su prisión, magnificadas por el ánimo con el que eran percibidas. Aún lloraba por su hija, lamentaba que fuese una niña y anticipaba los graves infortunios en la vida que su sexo hacía casi inevitables, a la que vez que temía hubiese dejado de existir. Pensar que había muerto era para ella una agonía. No obstante, cuando su imaginación se obstinaba en desbordarse, el pensamiento de su pequeña abandonada en un mar desconocido era igualmente descorazonador.

Tras pasar dos días dominada por emociones impetuosas y variadas, María comenzó a reflexionar con más calma sobre su situación actual, pues el descubrimiento del acto tan atroz del que había sido víctima la había dejado incapaz de cualquier reflexión serena. No podía haber imaginado que, siquiera en la putrefacción de una sociedad depravada, un plan semejante pudiera

ocurrírsele a una mente humana. Había quedado aturdida por un golpe inesperado, pero no debía renunciar indolentemente a la vida, por triste que fuera, ni sufrir los infortunios sin hacerles frente, o considerar la paciencia como una virtud. Hasta entonces no había meditado sino para afilar el dardo de la angustia y había borrado de su corazón los latidos de indignación mediante el simple desprecio. Ahora intentaba prepararse para ser fuerte y plantearse en qué habría de emplear su tiempo en esa lúgubre celda. ¿Acaso no debía intentar escapar, huir para socorrer a su hija y desbaratar las egoístas maquinaciones de su tirano, que no era otro que su marido?

Estos pensamientos despertaron su adormecido espíritu y le hicieron recuperar el control de sí misma, que parecía haberla abandonado en la infernal soledad a la que había sido arrojada. Las primeras emociones de irrefrenable impaciencia comenzaron a remitir y el resentimiento dio paso a la ternura y a una reflexión más calmada, aunque una vez más la cólera interrumpió el curso de esas tranquilas meditaciones cuando intentó mover los brazos esposados. Pero este era un ultraje que solo podía provocarle sentimientos momentáneos de desdén, que se desvanecieron en una leve sonrisa, pues María estaba lejos de considerar que una ofensa personal fuera lo más difícil de sobrellevar con magnánima indiferencia.

Se aproximó a la pequeña ventana enrejada de su aposento y durante un tiempo que no sabría precisar se limitó a observar el cielo azul, aunque desde allí se veía un desolado jardín y parte de una enorme mole de edificios que, tras haber sufrido durante medio siglo numerosos derrumbes a causa del abandono, habían sido objeto de algunas torpes reparaciones con el único fin de hacerlos habitables. Se había arrancado la hiedra de los torreones, y las piedras no utilizadas para cerrar las brechas abiertas por el tiempo o evitar el azote de los elementos se habían apilado en montones por todo el desordenado patio. María contempló este escenario durante un buen rato, o, más bien, mantuvo la mirada fija en esos muros mientras meditaba acerca de su situación. Dirigiéndose al amo de esta prisión, la más horrible de cuantas puedan imaginarse, al poco de ingresar allí, había despotricado contra la injusticia, en un tono que habría justificado el trato que se le dispensaba si una sonrisa maligna, cuando ella apeló a su buen juicio, no hubiese sofocado con espantosa convicción sus quejas y reconvenciones. Por la fuerza o abiertamente, ¿qué podía hacerse? Sin duda, algún recurso podría ocurrírsele a una mente activa, consagrada a ese único objetivo y con el suficiente convencimiento como para medir en una balanza el riesgo de perder la vida y la posibilidad de alcanzar la libertad.

En medio de estas cavilaciones entró una mujer con paso firme y decidido. Tenía rasgos muy marcados y unos grandes ojos negros que clavó fijamente en los de María, como si se propusiera intimidarla, mientras decía:

—Más vale que os sentéis y comáis la cena, en lugar de mirar las nubes.

—No tengo apetito —respondió María, quien previamente había decidido hablar sosegadamente—. ¿Por qué, pues, debería comer?

—No obstante, debéis comer algo y así lo haréis. He tenido bajo mi custodia a muchas damas resueltas a dejarse morir de hambre, pero tarde o temprano recuperaron el juicio y desistieron de su propósito.

—¿De veras me consideráis loca? —preguntó María, haciendo frente a su penetrante mirada.

—No en este preciso momento, pero ¿qué prueba eso? Solo que se os debe vigilar con más cuidado, al parecer a veces tan razonable. No habéis probado bocado desde que entrasteis en la casa —María suspiró ostensiblemente—. ¿Qué otra cosa sino la locura podría producir semejante aversión a la comida?

—La aflicción; no lo preguntaríais si supierais lo que es —la celadora sacudió la cabeza; una estremecedora sonrisa de desesperada firmeza sirvió de respuesta y obligó a María a hacer una pausa, antes de añadir:

—No obstante, comeré algo. No tengo intención de morir, no. Conservaré el juicio y os convenceré incluso a vos, antes de que os deis cuenta, de que siempre he estado en pleno uso de mis facultades, aunque alguna droga infernal pueda haberlas tenido en suspenso.

La duda se dibujaba más claramente aún en la frente de su guardiana mientras trataba de sorprenderla en alguna falta.

—¡Tened paciencia! —exclamó María con una solemnidad que inspiraba temor reverencial—. Dios mío, ¡cuán instruida he sido en esta práctica!

Su voz ahogada delataba las agónicas emociones que intentaba dominar. Conteniendo una náusea, se esforzó por comer lo suficiente como para demostrar su docilidad, al tiempo que se volvía continuamente hacia la recelosa mujer, cuya atención intentó atraer mientras hacía la cama y arreglaba la estancia.

—¡Venid a menudo! —dijo María con tono persuasivo, como consecuencia de un plan un tanto difuso aún que había ideado precipitadamente cuando, tras estudiar el aspecto y los rasgos de aquella mujer, sintió que poseía un entendimiento por encima de lo común—, y tenedme por loca hasta que os veáis obligada a reconocer lo contrario.

La mujer no era estúpida, sino superior a las de su clase, y la desdicha no había logrado borrar en ella la fuerza de la compasión, a la que la reflexión sobre nuestras propias desgracias solo había dado un carácter más ordenado. El gesto de María, más que sus palabras, despertó una ligera sospecha en su mente, acompañada de la correspondiente piedad, que otras ocupaciones

pendientes, así como el hábito de desterrar la compunción, le impedían por el momento examinar con más detenimiento. Pero cuando se le dijo que no había de permitirse a persona alguna, excepto al médico designado por la familia, ver a la dama del final de la galería, abrió aún más sus perspicaces ojos y carraspeó antes de preguntar por qué. Se le explicó brevemente que la enfermedad era hereditaria y que, al no producirse los accesos de locura sino a intervalos muy espaciados e irregulares, debía ser vigilada muy de cerca, pues la duración de estos periodos de lucidez no había hecho sino volverla más astuta cuando cualquier disgusto o capricho le provocaban uno de tales arrebatos.

Si su amo hubiese confiado en ella, probablemente ni la piedad ni la curiosidad la habrían hecho desviarse de su cometido, pues había sufrido demasiado en su relación con el género humano como para no tomar la determinación de buscar apoyo, más por complacer las pasiones de la gente que por buscar su aprobación mediante la integridad de su conducta. Una terrible desgracia la había golpeado en el umbral mismo de su existencia, y la muerte de su madre fue como una pesada carga que colgaba de su cuello inocente para arrastrarla a la perdición. No podía tomar la heroica determinación de socorrer a una desventurada, pero, ofendida por la mera suposición de que se la pudiese engañar con la misma facilidad que a una celadora común, dejó de reprimir su curiosidad. Aunque nunca profundizaba seriamente en sus propias intenciones, se sentaría, cuando nadie la observara, a escuchar la historia que María ansiaba relatarle con toda la convincente elocuencia de su dolor.

Resulta tan esperanzador ver un rostro humano, aun cuando apenas quede en él rastro alguno de la divina virtud, que María esperaba ansiosa el regreso de la guardiana como el de un destello de luz que rompiese esa oscura quietud. Percibía que la pena consentida debe de embotar o agudizar las facultades en sentidos opuestos: o bien produciendo estupidez, la resignada melancolía de la indolencia, o bien dando lugar a la actividad frenética de una imaginación perturbada. María se sumía en uno de estos estados tras salir exhausta del otro, hasta que el deseo de ocuparse en algo se hizo más doloroso aún que la propia angustia o el miedo a sufrir. El encierro que la tenía recluida en un oscuro rincón, con un porvenir invariable ante ella, se convirtió en el más insoportable de los castigos. La antorcha de la vida parecía consumirse para tratar de despejar los vapores de una mazmorra que ningún conjuro podía disipar. ¿Y con qué fin reunía toda su energía? ¿No era el mundo una vasta prisión y las mujeres esclavas por nacimiento?

Pese a fracasar en su reciente intento por suscitar una viva sensación de injusticia en la mente de su guardiana, pues esta había sido entrenada para la misantropía, no obstante logró tocar su corazón. Jemima, quien no tenía

derecho más que a un nombre, pero a ningún privilegio cristiano, pudo, con falsos pretextos, enterarse de los detalles del encierro de María. Había sentido la mano aplastante del poder, se había endurecido por la práctica de la injusticia y había dejado de maravillarse ante las perversiones de la inteligencia que justifican la opresión. Mas cuando le dijeron que su pequeña, de tan solo cuatro meses de edad, le había sido arrebatada a María, aun cuando esta le prodigaba los más tiernos cuidados maternales, se despertaron de nuevo en ella sentimientos femeninos que había desterrado de su pecho durante largo tiempo, y Jemima se resolvió a aliviar hasta donde pudiera, sin arriesgarse a perder su puesto, los sufrimientos de una madre desdichada, aparentemente herida y sin duda infeliz. Un sentido del bien parece desprenderse del acto racional más simple y presidir las facultades de la mente, como criterio que gobierna el sentimiento, para corregir a las demás; pero —pues la comparación puede llevarse aún más lejos— ¡cuán a menudo la exquisita sensibilidad de ambos resulta debilitada o destruida por las ocupaciones vulgares y los placeres burdos de la vida!

El mantener su situación era ciertamente un objetivo importante para Jemima, a quien habían perseguido de agujero en agujero como si de una alimaña se tratara o estuviese infectada por alguna plaga moral. El salario que percibía, la mayor parte del cual guardaba como su única posibilidad de independizarse, era considerablemente más alto del que podía esperar obtener en cualquier otra parte, aun en el caso de que le permitiesen —a ella, una marginada de la sociedad— ganarse el sustento en una familia respetable. Al oír a María quejarse constantemente de su apatía y de no ser capaz de distraer su aflicción reanudando sus acostumbrados quehaceres, se dejó persuadir fácilmente, por compasión y por ese involuntario respeto por el talento, que aquellos que lo poseen nunca pueden erradicar, para traerle algunos libros y utensilios de escritura. La conversación de María la había entretenido e interesado, y la consecuencia lógica fue un deseo, del que apenas era consciente, de obtener la estima de una persona a la que admiraba. El recuerdo de días mejores se hizo más vívido y los sentimientos adquirieron un aspecto menos romántico del que tuvieron durante mucho tiempo. Un destello de esperanza animó su mente hacia una actividad nueva.

¡Cuán agradecida era su atención a María! Oprimida por el peso de la existencia o víctima del corrosivo gusano del descontento, ¡con cuánto afán se esforzaba por acortar los largos días que no dejaban huella alguna! Parecía navegar en el vasto océano de la vida, sin distinguir ninguna señal reconocible que indicase el transcurrir del tiempo. Así pues, encontrar algo en qué emplearse era encontrar la variedad, el principio vivificador de la Naturaleza.

## CAPÍTULO II

Aunque María se esforzaba con el mayor empeño en mitigar mediante la lectura la angustia de su mente afligida, sus pensamientos a menudo se desviaban del tema que esa lectura le planteaba y los argumentos de esa página quedaban oscurecidos por lágrimas de ternura maternal. Reflexionaba amargamente sobre «los males de los que la carne es heredera» siempre que el relato de un infortunio que guardara alguna semejanza con el suyo le hiciera revivir el recuerdo de su niña. Su imaginación se empleaba continuamente en conjurar y dar forma a los diversos fantasmas de la aflicción que la locura y el vicio han dejado sueltos por el mundo. La pérdida de su pequeña era su punto vulnerable, e intentaba defender su pecho de otros pensamientos dolorosos; incluso un rayo de esperanza en medio de su lúgubre ensoñación brillaba a veces en el oscuro horizonte futuro, mientras se convencía a sí misma de que debía dejar de albergar esperanzas, pues en ningún lugar hallaría la felicidad. Pero no podía pensar en su pequeña, debilitada por la congoja que había invadido a su madre antes de su nacimiento, sin revolverse por la impaciencia.

—¡Yo sola, con mi solícita ternura —exclamó—, pude haber salvado de un temprano infortunio a esta dulce flor y, al cuidarla, aún tendría alguien a quien amar!

En la misma medida en que otras esperanzas le habían sido arrebatadas, esta dulce ilusión se había aferrado y cosido a su corazón. Los libros que había obtenido pronto fueron devorados por alguien que no tenía otro medio para escapar de la tristeza y de los febriles sueños de la desdicha o la felicidad ideales, que debilitan por igual la sensibilidad intoxicada. Así pues, escribir era la única alternativa, y escribió algunos poemas que describían su estado de ánimo. Mas, al pesar sobre ella los acontecimientos de su pasado, decidió relatarlos de forma detallada, con los sentimientos que le sugería la experiencia y un entendimiento más maduro. Tal vez estos podrían educar a su hija y protegerla del sufrimiento y la tiranía que su madre no había sabido evitar.

Este pensamiento dio vida a su discurso. Su alma fluía en él y pronto descubrió que la tarea de recordar impresiones casi olvidadas era muy estimulante. Revivió las emociones de juventud y olvidó su situación presente al recordar los infortunios que habían adquirido un carácter inalterable. No obstante, aunque esta ocupación aligeraba el paso de las horas, María, sin perder nunca de vista su objetivo principal, no dejaba escapar una sola oportunidad de ganarse el afecto de Jemima, pues descubrió en ella una fortaleza mental que le hizo ganarse su estima, nublada hasta entonces por la misantropía y la desesperación.



Aislada desde la desgracia de su nacimiento, despreciaba y vivía a costa de la sociedad que la había oprimido. No amaba a sus semejantes, pues nunca nadie la había amado. Jamás ninguna madre la había acariciado, ningún padre ni hermano la habían protegido de la indignidad, y el hombre que la había sumido en la infamia y la había abandonado cuando más apoyo necesitaba no se dignó siquiera a suavizar con la bondad el camino a la perdición. Vejada, se encontró sola en el mundo, y la virtud, nunca alimentada por el afecto, adoptó el severo aspecto de la más egoísta independencia.

María reconstruyó esta visión general de la vida de Jemima a partir de sus exclamaciones y sus escuetos comentarios. Esta mostraba, en efecto, una extraña mezcla de interés y recelo, pues la escuchaba muy atentamente y acto seguido interrumpía la conversación, como si temiese renunciar, por el mero hecho de ceder a la compasión, a su concepción del mundo, por la que había pagado un precio tan alto.

María aludió a la posibilidad de una huida y mencionó una recompensa; mas la forma en que su propuesta fue rechazada la indujo a ser cauta y no retomar el tema hasta saber más sobre el carácter al que debía intentar persuadir. El semblante y las leves insinuaciones de Jemima parecían decir: «Sois una mujer extraordinaria, mas permitidme pensar que pueda tratarse únicamente de uno de vuestros intervalos de lucidez». Es más, la energía del carácter de María le hacía sospechar que la extraordinaria animación que percibía pudiera ser efecto de la locura. Pues, si su marido confirmaba su acusación y se apoderaba de sus bienes, ¿de dónde provendría la renta anual que María le había prometido, o alguna protección más deseada? Además, ¿no podría una mujer ansiosa por huir ocultar algunas de las circunstancias que iban en su contra? ¿Acaso cabía esperar la verdad de alguien que había sido capturado en una trampa y raptado de la manera más fraudulenta?

Jemima siguió reflexionando sobre todo esto después de que la compasión y el respeto pareciesen desviarla de su forma de pensar. No obstante, resolvió no dejarse manipular para hacer algo más que suavizar el rigor del encierro hasta poder pisar sobre suelo más firme.

A María no se le permitía pasear por el jardín, pero algunas veces, desde su ventana, apartaba los ojos de las lóbregas paredes en las que su vida languidecía para posarlos en los pobres infelices que vagaban por las alamedas, y contemplaba la más terrorífica de las ruinas: la de un alma humana. ¿Qué es la visión de una columna derrumbada o un arco decrepito de la más exquisita factura, comparada con este testimonio viviente de la fragilidad y la inestabilidad de la razón y la salvaje exuberancia de las bajas pasiones? El entusiasmo se libra de sus ataduras y, como un arroyo caudaloso que rebasa sus orillas, avanza impetuoso con velocidad destructiva e inspira un sublime aluvión de pensamientos. Así pensaba María. Esos son los estragos

sobre los que la humanidad debe meditar con profunda tristeza, sin que el mármol roto ni el latón herrumbroso, indignos de la confianza que inspira la fama monumental, incrementen su angustia. No volcamos nuestra congoja sobre los decadentes productos de nuestra mente, adornados con el arte más gozoso. La visión de lo que ha hecho el hombre produce un melancólico pero enaltecido sentimiento de lo que aún queda por alcanzar al intelecto humano. Mas una convulsión mental que, como la devastación causada por un terremoto, llena de confusión todos los productos del pensamiento y la imaginación, hace que la contemplación se vuelva borrosa y nos preguntemos temerosos qué suelo pisamos.

La melancolía y la imbecilidad se marcaban en los rasgos de los desgraciados a quienes se permitía respirar un poco de aire, pues los lunáticos, aquellos que en su desvarío habían perdido la conciencia de su aflicción, estaban celosamente encerrados. Las juguetonas travesuras y las maliciosas estratagemas de su perturbada fantasía, que estallaban de modo inesperado, no podían evitarse cuando se les daba un poco de libertad. Tan activa era su imaginación que cualquier objeto que excitase accidentalmente sus sentidos despertaba hasta el delirio sus agitadas pasiones, tal como María aprendió de la acometida de esos incesantes desvaríos.

En ocasiones, al caer la tarde, bajo la orden estricta de guardar silencio, Jemima permitía a María recorrer agarrada a su brazo los estrechos pasillos que separaban esos aposentos similares a mazmorras. ¡Qué cambio de escenario! María deseaba franquear el umbral de la prisión, pero cuando por casualidad se sentía fulminada por una mirada iracunda, aunque infiel a su deber, retrocedía con un horror y espanto mayores que si hubiese tropezado con un cadáver mutilado. Su ajetreada fantasía imaginaba la pena de un corazón afectuoso que velaba a una amiga apartada de su lado, ausente, aunque presente, en la figura de una pobre infeliz ajena a la razón y a los placeres sociales de la existencia y que, en su delirio, había perdido por completo la conciencia de su desdicha. ¡Qué tarea, la de observar cómo la luz de la razón vacila en la mirada, o captar con angustiosa expectación el destello de un recuerdo! ¡Atormentada por la esperanza, mas únicamente para caer en una desesperación más profunda al distinguir un rostro o una voz amados que se han recordado de pronto o se han invocado ardientemente solo para ser olvidados al instante o contemplados con indiferencia o aborrecimiento! Un suspiro melancólico y desgarrador inundaba su alma, y cuando se retiraba a descansar, las pétreas figuras que había encontrado, las únicas formas humanas que estaba condenada a observar, atormentaban sus sueños con historias de agravios misteriosos y le hacían desear dormirse para no soñar más.

Los días se iban sucediendo y, pese a lo tediosa que resultaba su situación,

transcurrían con tal monotonía que María se sorprendió al descubrir que llevaba ya seis semanas enterrada en vida y que, sin embargo, tenía tan pocas esperanzas de consumir su huida. Aunque antes había buscado desesperadamente alguna ocupación, ahora se sentía enojada consigo misma por haberse entretenido escribiendo su relato, y le apenaba imaginar que por un momento hubiese pensado en otra cosa que no fuese escapar.

Resultaba evidente que Jemima disfrutaba de su compañía. Sin embargo, aunque a veces se despedía de ella con un destello de bondad, volvía con el mismo aire de frialdad; cuando su corazón parecía a punto de abrirse, algo en su mente la obligaba a cerrarlo antes de que pudiese manifestar la confianza que la conversación de María le inspiraba. Desalentada por tales cambios, María había caído de nuevo en el abatimiento, pero le alegró la prontitud con que Jemima le trajo un nuevo paquete de libros, asegurándole que le había costado algún trabajo obtenerlos de uno de los vigilantes de cierto caballero encerrado en la esquina opuesta de la galería.

María cogió los libros con emoción.

—Tal vez —se dijo— provengan de un infeliz, condenado, como yo, a discurrir sobre la naturaleza de la locura al tener constantemente ante sí tantas mentes trastornadas y casi a desear él mismo enloquecer, como yo lo deseo, para escapar a esa contemplación.

Esta idea hizo que su corazón latiera apresuradamente y pasara las hojas con temor reverencial, como si el hecho de que hubiesen pasado por las manos de un ser desventurado, oprimido por un hado similar, las hubiese vuelto sagradas.

Las Fábulas de Dryden, El paraíso perdido de Milton, junto con varias obras modernas, componían la colección. Era una mina de tesoros. Unas notas al margen en las Fábulas de Dryden captaron su atención: estaban escritas con brío y finura, y en uno de los panfletos modernos, que contenía diversas observaciones sobre el estado actual de la sociedad y el gobierno, con un estudio comparativo de la política de Europa y América, faltaba un fragmento.

Estos comentarios estaban escritos con cierto grado de generosa efusividad cuando aludían a la opresión que sufría la masa trabajadora, en perfecta consonancia con las ideas de María.

Ella leyó esos comentarios una y otra vez, y la fantasía, la traicionera fantasía, comenzó a imaginar un carácter compatible con el suyo a partir de esas vagas pinceladas. ¿Acaso estaba loco? Releyó con atención las notas al margen y le parecieron escritas por una imaginación vivaz, pero no perturbada. Sin otra opción que la de especular, cada vez que las releía quedaba impresionada por alguna refinada descripción de sus sentimientos o por cierta

agudeza de ingenio que le asombraba no haber captado antes.

¡Cuánto poder creativo tiene un corazón afectuoso! Hay seres que no pueden vivir sin amar como aman los poetas y sienten el chispazo del genio allí donde este hace surgir el sentimiento o la gracia. María a menudo había pensado, al disciplinar su corazón rebelde, que el encanto equivalía a la virtud. «Quienes me hacen desear aparecer ante ellos como la más afable y virtuosa —afirmaba— han de poseer los dones y virtudes que suscitan en los demás».

Cogió un libro sobre los poderes de la mente humana, pero el sentimiento que la embargaba no le permitía mantener la atención en los fríos argumentos sobre la naturaleza de sus propios sentimientos, y abandonó esos razonamientos teóricos para leer el «Guiscardo y Segismunda» de Dryden.

Al día siguiente, María devolvió algunos de los libros con la esperanza de conseguir otros con más notas al margen. De este modo, excluida de las relaciones sociales y reducida a no ver sino la prisión de los espíritus afligidos, el hecho de encontrar a un infeliz en su misma situación le ofrecía grandes probabilidades de encontrar un amigo, como cuando descubrimos a un compatriota en una tierra extraña donde la voz humana no da ninguna información al oído impaciente.

—¿Habéis visto alguna vez al desdichado ser a quien pertenecen estos libros? —preguntó María cuando Jemima le trajo la cena.

—Sí. Algunas veces sale a pasear, entre las cinco y las seis, antes de que se revuelva la parroquia, por la mañana, acompañado de dos vigilantes; pero incluso entonces lleva las manos atadas.

—¿Qué? ¿Tan ingobernable es? —preguntó María con tono decepcionado.

—No, hasta donde yo puedo ver —replicó Jemima—, pero tiene una mirada indómita, una vehemencia en los ojos que infunde temor. De no estar atado, se diría por su aspecto que sería capaz de reducir fácilmente a sus dos guardianes. No obstante, parece tranquilo.

—Si es tan fuerte, debe de ser joven —observó María.

—Treinta y tres o treinta y cuatro, supongo. Mas no hay ninguna forma de juzgar a una persona en su situación.

—¿Estáis segura de que es un demente? —la interrumpió ansiosamente María. Jemima salió de la estancia sin contestar.

—¡No, no, está claro que no lo es! —exclamó María respondiéndose a sí misma—. El hombre que fue capaz de escribir esos comentarios no tiene ningún trastorno.

Sentada, meditaba mientras contemplaba la luna que parecía deslizarse

bajo las nubes. Después, mientras se disponía a acostarse, pensó: «¿De qué podría servirle yo, o él a mí, si es cierto que está encerrado injustamente? ¿Acaso podría ayudarme a huir si a él mismo lo vigilan tan de cerca? Aun así, me gustaría verle».

Se fue a la cama y soñó con su pequeña, pero se despertó cuando daban las cinco y media. Se incorporó bruscamente, se cubrió apenas con una bata y corrió hacia la ventana. La mañana era fría, septiembre tocaba a su fin; a pesar de ello, no se retiró para entrar de nuevo en calor y pensar en acostarse hasta que el sonido de los criados moviéndose por la casa la convenció de que el desconocido no pasearía por el jardín aquella mañana. Se avergonzó por sentirse desilusionada y comenzó a reflexionar, para excusarse a sí misma, sobre los pequeños objetos que atraen la atención cuando no existe nada que distraiga la mente, y en cuán difícil resultaba a las mujeres sin una ocupación o deber activos el evitar volverse románticas.

A la hora del desayuno, Jemima le preguntó si comprendía el francés, pues de lo contrario la provisión de libros del desconocido se había agotado. María respondió afirmativamente, pero se abstuvo de formular ninguna pregunta más con respecto a la persona a la que pertenecían. Y Jemima le ofreció un nuevo tema de reflexión, al describirle a una encantadora maníaca a quien acababan de ingresar en una celda contigua. Estaba cantando la triste balada del viejo Robin Gray con pausas y cadencias que derretirían el más duro de los corazones. Jemima había entreabierto la puerta para distinguir su voz y María se acercó a ella, conteniendo la respiración por miedo a perderse una sola nota, tan exquisitamente dulce, tan apasionadamente salvaje. Empezaba a representarse en su mente a otra víctima que había suscitado su compasión, cuando la encantadora curruca voló, por así decirlo, de la ramita, y un torrente de exclamaciones y preguntas inconexas salieron de su boca, interrumpidas por ataques de risa tan horribles que María cerró la puerta y, volviendo los ojos al cielo, exclamó:

—¡Dios mío!

Transcurrieron varios minutos hasta que María pudo preguntar sobre el rumor que recorría la casa, pues era obvio que no habían recluido a esta pobre infeliz sin una causa. Jemima solo pudo contarle que, según decían, «había sido desposada contra su voluntad con un anciano rico y extremadamente celoso —lo cual no era de extrañar, pues era una criatura encantadora— y que, a consecuencia del trato que él le dispensaba o de algo que dependía de su propia mente, había perdido el juicio durante su primer parto».

Qué tema de meditación... incluso en los confines mismos de la locura. «¡La mujer, una frágil flor! ¿Por qué se nos permitió adornar un mundo expuesto a las incursiones de tan tempestuosos elementos?» —pensó María

mientras la crisis nerviosa de la pobre maníaca aún resonaba en sus oídos y se hundía hasta el fondo de su alma.

Hacia el anochecer, Jemima le trajo la Eloísa de Rousseau y se sentó a leer con los ojos y el corazón hasta que su guardiana retornó para apagar la luz. Una muestra de su bondad era el permitirle tener una vela encendida hasta que ella misma se retiraba a descansar. Había leído esta obra mucho tiempo atrás, pero ahora parecía abrirle un mundo nuevo, el único digno de ser habitado. No conseguía conciliar el sueño; lejos de hallarse fatigada por la incesante sucesión de pensamientos, se levantó y abrió una ventana justo en el momento en el que las finas nubes cargadas de agua del crepúsculo resaltaban las largas y silenciosas sombras. El aire resbalaba por su rostro con un frescor voluptuoso que estremecía su corazón y despertaba emociones que no podría describir. Únicamente el sonido de una rama al mecerse o el gorjeo de algún pájaro sobresaltado rompían la quietud de la Naturaleza en reposo. Absorta por la sublime sensibilidad que convierte en felicidad la conciencia de existir, María era dichosa, hasta que un aroma otoñal, traído por la brisa de la alborada desde las hojas caídas de un bosque cercano, le hizo recordar que la estación había cambiado desde que la encerraron. Aun así, la vida no ofrecía ninguna variedad para entretener un corazón afligido.

Regresó abatida a su diván y pensó de nuevo en su pequeña hasta que la radiante luz del día la atrajo de nuevo hacia la ventana. No buscaba al desconocido, mas ¡cuán grande fue su desconuelo al percibir la espalda de un hombre —él, sin duda— con sus dos acompañantes, mientras giraba hacia un sendero lateral que conducía a la casa! Un recuerdo confuso de haber visto a alguien que se le asemejaba se le vino enseguida a la mente para atormentarla e intrigarla con infinitas conjeturas. Cinco minutos antes habría visto su rostro y despejado todas sus dudas, ¿acaso podía tener peor suerte? Su paso firme y enérgico y el aire general que transmitía su persona, rotundo como el de una nube, le agradaron y proporcionaron unas pinceladas a su imaginación para esbozar al individuo al que deseaba reconocer.

Sintiéndose más decepcionada de lo que estaba dispuesta a admitir, corrió hacia el libro de Rousseau como único refugio ante la idea de ese hombre, que podría resultar un amigo si ella pudiera encontrar la manera de hacer que se interesase por su destino. No obstante, la personificación de Saint-Preux, o la de un amante ideal muy superior, se escondía tras este modelo imperfecto, al que apenas había echado un rápido vistazo, hasta en sus detalles más insignificantes, como el abrigo y el sombrero. Pero si atribuía a Saint-Preux o al semidiós de su fantasía la forma de aquel extraño, a este lo resarcía ampliamente revistiéndole de todas las pasiones y sentimientos de Saint-Preux, elegidos para satisfacer los suyos, de los que él pareció hacerse acreedor cuando María leyó, en el margen de una carta apasionada escrita por

la mano que tan bien conocía: «Solo Rousseau, el verdadero Prometeo del sentimiento, poseía el fuego y el genio necesarios para retratar la pasión cuya verdad va tan directa al corazón».

Al día siguiente María fue de nuevo puntual al paseo acostumbrado; ya había terminado el libro de Rousseau y comenzó a transcribir algunos pasajes seleccionados, incapaz de dejar ni a su autor ni la ventana antes de haber vislumbrado el rostro que diariamente anhelaba contemplar.

Cuando por fin lo consiguió, no se hizo una idea clara de dónde lo había visto con anterioridad. Debía de tratarse de algún conocido ocasional, pero ese descubrimiento ya era de por sí afortunado si pudiese lograr captar su atención y suscitar su compasión. Cada ojeada le permitía colorear la imagen que dibujaba en su corazón y, en una ocasión en que la ventana se hallaba entreabierta, pudo oír el sonido de su voz. De repente se confirmaron sus presentimientos; sin ninguna duda, había escuchado en algún trance doloroso esos mismos acentos, varoniles y propios de una mente noble. Más aún, eran incluso dulces, o eso le pareció a su oído atento.

Retrocedió temblorosa, alarmada ante la emoción que la extraña coincidencia de una serie de circunstancias había suscitado y cuestionándose por qué pensaba tanto en un extraño, agradecida como estaba a su oportuna intervención (pues iba recordando, poco a poco, todos los pormenores de su anterior encuentro). No obstante, descubrió que no podía pensar en nada más, o que si pensaba en su hija era para desear que tuviese un padre al que su madre pudiese respetar y amar.

### CAPÍTULO III

Tras leer atentamente la primera remesa de libros, María había escrito con un lápiz en uno de ellos unas pocas frases, expresiones de compasión y solidaridad, que apenas recordaba hasta que, al pasar las páginas de uno de los volúmenes que le habían traído recientemente, se desprendió de este un papelito que Jemima se apresuró a recoger.

—Dejadme verlo —le rogó María con impaciencia—. Estoy segura de que no teméis confiarme las efusiones de un demente.

—Debo considerarlo —respondió Jemima, y se alejó con el papel en la mano.

En una vida de tal reclusión, las pasiones adquieren una fuerza desmedida. Por ello, María sintió un gran resentimiento y una aflicción que no tuvo tiempo de dominar antes de que Jemima regresara y le entregara el papel.

Quienquiera que seáis vos, que compartís mi suerte, aceptad mi sincera conmiseración; habría preferido decir protección, pero me niegan el privilegio de cualquier hombre. Mi propia situación despierta en mi mente una terrible sospecha. Quizá no me consume eterna e inútilmente el anhelo de libertad. Decid quién sois. Yo no puedo preguntároslo. No obstante, os recordaré cuando mi memoria pueda ser de alguna utilidad. Preguntaré por qué estáis recluida de un modo tan misterioso y obtendré una respuesta.

HENRY DARNFORD

Mediante las más ardientes súplicas, María convenció a Jemima de que le permitiese responder a esa nota. Otros mensajes fueron sucediéndose, en los que no se permitían explicaciones relativas a su situación presente, pero María, de manera lo suficientemente explícita, aludió a un compromiso anterior, y sin darse cuenta iniciaron un intercambio de sentimientos sobre las más profundas cuestiones. María empleaba el día en escribir estas cartas, y el recibirlas era para ella como un amanecer. Por algún medio, Darnford había descubierto cuál era la ventana de María y en la siguiente ocasión en que ella se asomó, hizo una profunda reverencia de respeto y reconocimiento por detrás de sus vigilantes.

De este modo trascurrieron dos o tres semanas; durante este periodo Jemima —a quien María había dado la suficiente información respecto a su familia— había obtenido ciertos datos que aumentaron su deseo de complacer a la reclusa, aunque todavía no podía resolverse a liberarla. María aprovechó este cambio favorable sin indagar excesivamente su causa. Tal era su ansia por conversar con otro ser humano y ver a su antiguo protector —aún un desconocido para ella— que pedía incesantemente a su guardiana que satisficiera algo más que su curiosidad.

Cuando escribía a Darnford, se olvidaba de los tristes seres que tenía delante y a menudo se volvía insensible a los horribles ruidos que la rodeaban y que anteriormente habían invadido una y otra vez su febril fantasía. Consideraba egoísta el hecho de explayarse en sus propios sufrimientos cuando se hallaba entre infelices que no solo habían perdido todo cuanto hace la vida agradable, sino también la conciencia de sí mismos. Su imaginación se dedicaba, con melancólica ansiedad, a recorrer los laberintos de desdicha que tantos desventurados debían de haber atravesado para pasar desde esta lóbrega posada de almas trastornadas a la grandiosa fuente de la corrupción humana. A menudo la despertaban a medianoche los tétricos aullidos de rabia demoníaca o desesperación extrema, proferidos en tonos de un salvajismo y una angustia tan indescriptibles que evidenciaban una ausencia total de razón y suscitaban horribles fantasmas en su mente, mucho más terroríficos que los que haya podido concebir jamás la imaginación supersticiosa. Además, con frecuencia había algo tan inconcebiblemente pintoresco en esas variadas expresiones de



pasión desenfrenada, algo tan irresistiblemente cómico en sus delirios, o de un patetismo tan sobrecogedor en las cancioncillas que cantaban —a menudo en un arrebató que seguía a un lúgubre silencio—, que captaban la atención y entretenían la fantasía al tiempo que torturaban el alma. María se veía obligada a contemplar ese pandemónium de pasiones y a distinguir el lúcido destello de la razón, como una llama temblorosa en el candil o como el relámpago que divide las amenazadoras nubes del cielo airado únicamente para exhibir los horrores que la oscuridad velaba.

Jemima se afanaba por aligerar las tediosas tardes describiendo el carácter y costumbres de esos seres desdichados cuyas figuras o voces despertaban una compasiva aflicción en el corazón de María. Las historias que relataba eran tanto más interesantes por cuanto siempre dejaban un espacio para imaginar algo extraordinario. No obstante María, acostumbrada a dar un carácter general a sus observaciones, terminó deduciendo de todo lo que oía que era un error común suponer que las personas con talento eran las más proclives a perder la razón. Pensaba, por el contrario, que de la mayoría de casos que había podido analizar se desprendía que las pasiones solo parecían violentas y desproporcionadas porque el entendimiento era débil y apenas se había ejercitado, y que adquirirían más fuerza por el deterioro de la razón, igual que las sombras se vuelven más alargadas conforme el sol va declinando.

María se mostraba impaciente por ver a su compañero de fatigas, pero Darnford estaba aún más ansioso por lograr entrevistarse con ella. Acostumbrado a rendirse a cualquier impulso pasional y al no haber sido nunca educado, como las mujeres, para refrenar los deseos más naturales y adquirir, en lugar de la encantadora espontaneidad de la Naturaleza, un decoro artificial, cualquier deseo se convertía en un torrente que derribaba cualquier obstáculo.

Le habían enviado su baúl de viaje, que contenía los libros prestados a María, y con una parte de lo que en él había sobornó a su principal vigilante quien, tras recibir la promesa más solemne de que regresaría a su aposento sin intentar explorar ninguna dependencia de la casa, lo condujo al anochecer a la habitación de María. Jemima había puesto al corriente de la visita a la reclusa y esta, con temblorosa impaciencia, inspirada por una vaga esperanza de que él se confirmase de nuevo como su salvador, esperaba ver al hombre que anteriormente la había librado de la opresión. Él entró con rostro animado, modelado para cautivar a una apasionada, y rápidamente apartó sus ojos de ella para dirigirlos a la habitación, que examinó con muestras aparentes de piadosa indignación. La compasión iluminó su mirada y, cogiendo su mano, hizo una respetuosa reverencia mientras exclamaba:

—¡Esto es extraordinario! ¡Encontraros de nuevo y en semejantes circunstancias!

No obstante, aunque la coincidencia que los había vuelto a reunir era extraordinaria, no dejaron desbordarse sus henchidos corazones.

Y aunque tras esta primera visita se les permitió con frecuencia repetir sus entrevistas, pasaron un tiempo ocupados en conversaciones privadas que todo el mundo podría haber escuchado; salvo que, al discutir algún tema literario, destellos de un sentimiento, reforzado por sus gestos relajados, parecían recordarles que sus mentes ya se conocían.

Poco a poco Darnford le contó los pormenores de su historia. Brevemente le informó de que había sido un joven inconsciente y extravagante. No obstante, según iba describiendo sus faltas, estas aparecían como la pletórica exuberancia de una mente noble. Nada parecido a la mezquindad empañaba el brillo de su juventud, ni la larva del egoísmo había anidado en su interior, aunque había sufrido engaños. Sin embargo, poco a poco fue adquiriendo la experiencia necesaria para evitar futuros enojos.

—Os estaré aburriendo con tanto hablaros de mí —prosiguió—, y, si poderosas emociones no me atrajesen hacia vos —sus ojos brillaban mientras hablaba y un temblor pareció recorrer su cuerpo varonil—, no malgastaría estos preciosos momentos hablando de mi persona. Mi padre y mi madre eran personas distinguidas que se casaron por decisión de sus respectivos padres. Él era aficionado a las carreras de caballos; ella a jugar a las cartas. Y a mí y a otros dos o tres hijos que murieron prematuramente nos encerraban en casa hasta que nos volvíamos insoportables. Mi padre y mi madre sentían un evidente rechazo el uno por el otro, y así lo manifestaban continuamente. Los criados eran del tipo depravado que suele hallarse en las casas de gente acaudalada. Al morir mis padres y todos mis hermanos, me dejaron al cuidado de tutores y me enviaron a Eton. Nunca conocí las bondades del amor familiar, pero sufrí la falta de indulgencia y la huera obediencia en la escuela. Os ahorraré la relación de mis pecados de juventud, que la delicadeza femenina apenas puede comprender. Me enseñó a amar alguien a quien me avergüenza nombrar, y las otras mujeres con las que intimé después pertenecían a una clase de la que no podéis tener conocimiento. Las encontraba en los teatros y, cuando la vivacidad brillaba en sus ojos, no me disgustaba fácilmente por las vulgaridades que salían de sus labios. Tras haber gastado, pocos años después de alcanzar la mayoría de edad, la totalidad de un patrimonio considerable, salvo unos pocos cientos de libras, no me quedó otro recurso que comprar un grado en un regimiento reclutado recientemente y destinado a someter a los norteamericanos. La pena que me daba renunciar a una vida licenciosa se compensaba por la curiosidad que sentía por conocer América o, más bien, por viajar. No concurrieron en mi juventud ninguna de esas circunstancias que podrían haberse planeado para vincularme a mi país. No os fatigaré con los detalles de la vida militar. Logré seguir con vida hasta que, cerca del final de

la contienda, fui herido y hecho prisionero.

Obligado a permanecer en cama o en una silla durante la larga convalecencia, mi único refugio de la tormentosa actividad de mi mente eran los libros, que leía con gran avidez, al tiempo que aprendía de la conversación de mi anfitrión, un hombre de entendimiento preclaro. Mis convicciones políticas experimentaron entonces un cambio radical y, deslumbrado por la hospitalidad de los americanos, decidí establecerme allí con plena libertad. Así pues, con mi acostumbrada impetuosidad, vendí mi rango en el ejército y viajé por el interior del país con el fin de emplear mi dinero de un modo más provechoso. Añádase a esto el hecho de que no me agradaban demasiado las costumbres puritanas de las grandes ciudades. En ellas la desigualdad social era extremadamente irritante. El único placer que proporcionaba la riqueza era el de hacer ostentación de ella, pues el cultivo de las bellas artes o la literatura no había dotado a las clases privilegiadas de ese refinamiento en las costumbres que en Europa hace que el rico sea tan sustancialmente superior al pobre. Además, la Revolución había abierto la puerta a toda una serie de vicios, y los más rígidos principios de la religión se habían visto sacudidos de raíz antes de que el entendimiento pudiera emanciparse gradualmente de los prejuicios que indujeron a sus antepasados a buscar intrépidamente un clima inhóspito y una tierra virgen. La determinación que, para independizarse, los llevó a embarcarse en ríos que más parecían mares, buscar costas desconocidas y dormir bajo las nieblas que cubrían los bosques interminables cuyas lóbregas humedades castigaban sus miembros, ahora se había transformado en pura especulación comercial, hasta el punto de que el carácter nacional americano exhibía un curioso fenómeno en la historia de la mente humana: un cerebro entusiasta y emprendedor y un corazón frío y egoísta.

En cuanto a la mujer, la encantadora mujer... En todas partes nos seducen, pero hay una mojigatería y una falta de gusto y naturalidad en las maneras de las mujeres americanas que las hace, a pesar de sus rosas y lirios, muy inferiores a nuestras encantadoras mujeres europeas. En el campo a menudo presentan una cautivadora simplicidad de carácter, pero en las ciudades tienen los aires y la ignorancia de las damas que dan tono a los círculos elegantes de las grandes ciudades comerciales inglesas. Les gustan sus adornos solo porque son buenos y no porque las embellezcan. Sienten más satisfacción en inspirar envidia a las otras mujeres por estos lujos superficiales que enamorando a los hombres. Toda la frivolidad que a menudo (disculpádmelo, señora) hace tan estúpidas a las mujeres recatadas en Inglaterra, allí parecía restringir aún más sus encantos. Sin ser un maestro en el arte de la seducción, descubrí que únicamente podía tolerar su compañía haciéndoles abiertamente la corte.

Para no abusar de vuestra paciencia, os diré que me retiré a la parcela de tierra que había comprado en el campo y que mis días transcurrían

plácidamente mientras talaba árboles, construía mi casa y sembraba diferentes cultivos. Pero llegó el invierno y la ociosidad, y yo suspiraba por una compañía más sofisticada, por enterarme de qué pasaba en el mundo y hacer algo mejor que vegetar con los animales que constituían una parte sustancial de mi hogar. En consecuencia, tomé la decisión de viajar. El viaje era un sustitutivo de cosas varias, y atravesando las vastas superficies rurales agoté mis ardorosos deseos sin adquirir una gran experiencia. En todas partes había visto que la industria es la precursora del lujo y no su consecuencia, pero ese país, al ser todo a gran escala, no ofrecía esas vistas pintorescas que un cierto grado de cultivo necesariamente produce de forma gradual. La mirada erraba sin un objeto en el que posarse sobre llanuras y lagos inconmensurables que parecían regados por el océano, mientras bosques infinitos de pequeños y abigarrados árboles impedían que el aire circulara y dificultaban el camino sin alegrar la vista. Ni una sola casa campestre que adornara la llanura, ningún viajero que nos saludara para infundir algo de vida a la silenciosa Naturaleza. Si por ventura veíamos una huella en nuestro camino, resultaba ser una pavorosa advertencia para que nos alejáramos de allí, y entonces la cabeza nos dolía como si nos hubiesen intentado arrancar la cabellera con un cuchillo. Los indios que acechaban sobre las faldas de los asentamientos europeos no habían aprendido de sus vecinos más que a saquear, y les robaban las armas para hacerlo de forma más segura.

De los bosques y poblados más lejanos regresé a las ciudades y aprendí a comer y beber sin el menor comedimiento, pero descubrí que sin empezar a comerciar —yo, que odiaba el comercio— no podría vivir allí. Cada vez más hastiado de la tierra de la libertad y de la aristocracia vulgar, fundada en sus sacas de dólares, decidí una vez más regresar a Europa. Escribí a un pariente lejano de Inglaterra, con quien me había educado, mencionándole el barco en el que pretendía zarpar. Al llegar a Londres, me sentí completamente extasiado. Recorrí cada calle, cada teatro, y las mujeres de esa ciudad —de nuevo debo pedirlos perdón por mi habitual franqueza— me parecieron ángeles.

En esta inconsciencia había transcurrido una semana cuando, una noche en que volvía muy tarde al hotel en el que me había alojado desde mi llegada, me derribaron en un callejón apartado, me llevaron rápidamente a un coche que me trajo hasta aquí y recuperé el sentido solo para que me trataran como a alguien que lo ha perdido. Mis guardianes son sordos a mis quejas y preguntas, aunque me aseguran que mi encierro no durará mucho. Sin embargo, pese a agotarme en infinitas conjeturas, no puedo adivinar por qué estoy encerrado o en qué parte de Inglaterra está situada esta mansión. A veces imagino que oigo el rugido del mar, y deseaba estar de nuevo en el Atlántico hasta que os vislumbré.

María solo dispuso de unos instantes para comentar esta narración, después de lo cual Darnford la dejó a solas con sus propios pensamientos, con la tarea «que se emprende una y otra vez y nunca acaba» de sopesar sus palabras, recordar su voz y sentirla resonar en su corazón.

## CAPÍTULO IV

La piedad, así como la desamparada y grave adversidad, han sido consideradas estados favorables para el amor, mientras que los escritores satíricos han atribuido esta propensión a los efectos relajantes de la ociosidad. Así pues, ¿qué posibilidad tenía María de escapar cuando la piedad, la aflicción y la soledad conspiraban para suavizar su mente y alimentar deseos y, como consecuencia lógica, esperanzas románticas?

María tenía veintiséis años. Pero su constitución era tan fuerte que el tiempo solo había hecho que en su rostro se reflejase el carácter de su mente. Su tendencia a dar vueltas a un mismo tema y los afectos que había desarrollado habían borrado algunas de las alegres bondades de la inocencia, y habían producido de manera inconsciente esa irregularidad en sus rasgos que los esfuerzos del entendimiento por rastrear o gobernar los fuertes impulsos del corazón suelen imprimir en la complaciente multitud. La aflicción y el cuidado habían suavizado, sin ensombrecerlos, los brillantes destellos de juventud, y la gravedad que se reflejaba en su frente no rebajaba la femenina delicadeza de sus rasgos. Es más, la sensibilidad que a menudo la recubría era tal, que con frecuencia María parecía, como gran parte de las de su sexo, haber nacido únicamente para sentir. Los movimientos de su bien proporcionada e incluso casi voluptuosa figura sugerían la idea de una gran fortaleza mental, más que corporal. En ocasiones había una sencillez en su porte, rayana en la ingenuidad infantil, que inducía a la gente común a subestimar sus cualidades y sonreír ante los vuelos de su imaginación. Pero quienes no podían comprender la delicadeza de sus sentimientos quedaban prendados de su compasión inagotable, por lo que era muy querida por personas de los más diversos caracteres. No obstante, estaba demasiado influida por su ardiente imaginación como para observar las reglas comunes.

Hay faltas que a los veinticinco años son pruebas de fortaleza mental y que diez o quince años después demostrarían la debilidad e incapacidad de la mente para forjar un entendimiento sano. Los jóvenes que se contentan con los placeres corrientes de la vida y no persiguen fantasmas ideales de amor o amistad no alcanzarán nunca una gran madurez intelectual. Mas si se albergan tales sueños, como ocurre con demasiada frecuencia en el caso de las mujeres

—cuando la experiencia debería haberles enseñado en qué consiste la felicidad humana—, aquellos se vuelven tan inútiles como estas desdichadas. Además, sus sufrimientos y placeres dependen tanto de circunstancias externas, de los objetos en los que vierten sus afectos, que rara vez actúan impulsadas por una mente resuelta, capaz de elegir su propio camino.

Al haber tenido que luchar incesantemente contra los vicios humanos, la imaginación de María hallaba sosiego en describir las virtudes que el mundo podía contener. Pigmalión dio forma a una joven de marfil y anheló que un alma le infundiese vida. Por el contrario, ella combinó todas las cualidades de la mente de un héroe y el destino le procuró una estatua en la que podía guardarlas como una reliquia.

No es nuestra intención seguir la evolución de esta pasión ni contar cuán a menudo Darnford y María se vieron obligados a separarse en medio de una interesante conversación. Jemima siempre vigilaba de puntillas por miedo a que los descubriesen y frecuentemente los separaba tras una falsa alarma cuando hubieran dado cualquier cosa por permanecer un poco más de tiempo juntos.

Ahora parecía haber una lámpara mágica colgada en la prisión de María, y por las lóbregas paredes, tan lisas hasta entonces, pasaban, raudos, paisajes feéricos. Escapando de los abismos de desesperación sobre las seráficas alas de la esperanza, se sentía dichosa. Era amada y cualquier emoción resultaba embriagadora.

No le había mostrado a Darnford un cariño decidido. El miedo a exceder el suyo, lo cual era una prueba inequívoca de amor, la hacía adoptar a menudo una frialdad e indiferencia ajenas a su carácter; y cuando daba paso a las emociones, a las gozosas emociones de un corazón recién liberado de las gélidas cadenas de la aflicción, había una delicadeza en la manera de expresar su sensibilidad que a él le hacía dudar de que aquello fuese consecuencia del amor.

Una tarde, cuando Jemima los dejó para escuchar el sonido de unos pasos lejanos que parecían aproximarse cautelosamente, él tomó su mano y ella no la retiró. Hablaron seriamente de la situación en que se hallaban y durante la conversación él la atrajo suavemente hacia sí en una o dos ocasiones. Él sintió la fragancia de su aliento y deseó, aun temiéndolo, tocar los labios de los que provenía. Espíritus puros parecían vigilarlos, mientras todas las encantadoras lindezas del amor jugueteaban en las mejillas y languidecían en los ojos de María.

Al entrar Jemima, él reflexionó sobre su timidez con profundo pesar y, cuando la guardiana fue a comprobar otra falsa alarma, Darnford se atrevió, mientras María permanecía de pie cerca de su silla, a aproximarse a sus labios

con una declaración de amor. Ella retrocedió con firmeza y él agachó la cabeza avergonzado, pero, cuando alzó tímidamente los ojos, se encontró con los de ella. Ella había decidido y permitido, durante ese instante, que sus ardientes miradas se cruzasen. Él, más tranquilo y con más apasionamiento si cabe, le robó un beso mitad consentido, mitad reticente, aunque la reticencia provenía únicamente del recato. Había algo sagrado en la dignidad con la que ella reclinó su encendido rostro sobre su hombro que a él le impresionó profundamente. El deseo se perdió en emociones más inefables, y protegerla de la ofensa y el sufrimiento y hacerla feliz no solo le pareció el deseo más ferviente de su corazón, sino el deber más noble de su vida. Una confianza tan angelical requería ser fiel a su honor, mas, ¿acaso él podría, sintiéndola como la sentía en cada latido, alguna vez cambiar y convertirse en un villano? La emoción con la que ella le permitió apretarla por un momento contra su pecho, las lágrimas de ardiente compasión, mezcladas con un sentimiento levemente melancólico de desilusión revivida, decían más acerca de la verdad y la fidelidad de lo que la lengua podría haber explicado durante horas. Permanecieron callados y, aún así, cuán elocuente fue su diálogo hasta que María acercó su silla hacia la de él y, con voz dulce y serena y una expresión afable y relajada, dijo:

—Debo abrir todo mi corazón. Debéis saber quién soy, por qué estoy aquí y por qué, si os digo que estoy casada, no me avergüenzo de esto —su rubor dijo el resto.

Jemima se hallaba nuevamente a su lado y su presencia no evitó una conversación animada en la que el amor, ese astuto pilluelo, seguía espiando.

Disfrutaban tanto del Cielo que el Paraíso florecía a su alrededor, o un poderoso hechizo los había transportado al jardín de Armida. El amor, el gran hechicero, «los arrastró al Elíseo» y todos sus sentidos armonizaban con el gozo y el éxtasis compartido. En verdad, tan animadas eran sus expresiones de ternura al discutir lo que en otras circunstancias hubiesen sido lugares comunes que Jemima se sorprendió al sentir una lágrima de alegría bajando por sus duras mejillas. Se la enjugó, medio avergonzada, y cuando María le preguntó discretamente la causa, con la ansiosa solicitud de una criatura dichosa que desea transmitir a toda la Naturaleza su desbordante felicidad, Jemima le confesó que era la primera lágrima que la dicha compartida le había arrancado jamás. Ciertamente parecía respirar con mayor libertad. La nube de recelo se disipó de su frente; por una vez en su vida se sentía tratada como una igual.

¡Imaginación!, ¿quién puede pintar tu poder o reflejar los evanescentes tonos de esperanza que alientas con tu mano? Una desoladora penumbra había oscurecido durante mucho tiempo el horizonte de María, pero ahora el sol surgía esplendoroso, aparecía el arcoíris y todas las perspectivas eran

prometedoras. El horror seguía reinando en las celdas oscuras, el recelo acechaba en los pasadizos y susurraba por las paredes. Los alaridos de esos hombres alienados a veces les obligaban a hacer una pausa y maravillarse de sentirse tan dichosos en una tumba de muertos vivientes. Incluso se reprendían a sí mismos por esa aparente insensibilidad. No obstante, en el mundo no había tres seres más felices, y Jemima, tras hacer otra ronda por el pasadizo, se sintió tan confortada por el aire de confianza que respiraba a su alrededor que de forma voluntaria comenzó a relatar su historia.

## CAPÍTULO V

—Mi padre —dijo Jemima— sedujo a mi madre, una hermosa muchacha con quien vivía, pues ambos servían en la misma casa. En el mismo momento en que ella percibió la natural y temida consecuencia de esa seducción, la terrible convicción de que aquello significaba su ruina relampagueó en su mente. La honestidad y el cuidado de su reputación habían sido los únicos principios que su madre le había inculcado, y se le habían grabado con tal fuerza que temía más la vergüenza que la pobreza a la que todo aquello conduciría. Sus constantes ruegos para convencer a mi padre de que la librase del oprobio casándose con ella, tal y como él le había prometido en el fragor de la seducción, lo importunaron tanto que mi madre comenzó a resultarle enojosa y él empezó a odiarme y despreciarme antes incluso de nacer.

Mi madre, herida en el alma por ese trato cruel y displicente, decidió dejarse morir de hambre y su salud se resintió por ese intento, aunque no tuvo la suficiente fuerza como para culminar su propósito ni para renunciar enteramente a él. La muerte no acudió a su llamada. No obstante, el desconsuelo y los métodos que empleó para ocultar su estado mientras seguía haciendo su trabajo de criada, afectaron de tal modo a su salud que murió en el mísero desván donde su virtuosa ama la había obligado a refugiarse cuando ya sentía los dolores previos al parto; mientras que a mi padre, tras una ligera reprimenda, se le permitió continuar en su puesto. Esa autorización provenía de la madre de seis hijos que, tras no permitir apenas que se oyera una pisada durante el mes de indulgencia que le concedió a mi madre, no sintió compasión alguna por la pobre infeliz y le negó todos los cuidados que su situación requería.

El día en que murió mi madre, el noveno después de mi nacimiento, se me dejó al cuidado de la nodriza más barata que mi padre pudo encontrar, la cual amamantaba a su criatura al tiempo que alojaba a tantas como podía en dos habitaciones que parecían celdas. La pobreza y el hábito de ver a bebés morir



en sus brazos habían endurecido de tal modo su corazón que el hacer de madre no despertaba en ella la ternura propia de toda mujer, de modo que nunca recibí las caricias femeninas que parecen formar parte de la crianza de un bebé. El polluelo tiene un ala bajo la que cobijarse, pero yo no tuve ningún pecho en el que acurrucarme, ni calor humano para poder salir adelante. Abandonada entre la suciedad, lloraba de frío y hambre hasta quedar exhausta, y dormía sin que me indujeran al sueño con algún ejercicio ni me arrullaran tiernamente para hacerme descansar. ¿Acaso podía esperarse que me convirtiese en algo distinto a una criatura débil y raquítica? No obstante, pese a la falta de cuidados, pude sobrevivir, aprendiendo a maldecir la existencia, su expresión iba volviéndose más fiera conforme hablaba, y el trato que me hizo desdichada pareció aguzar mi ingenio. Encerrada en un húmedo tugurio y obligada a mecer la cuna de los niños que llegaron después de mí, mi aspecto se asemejaba al de una viejecita o al de una bruja que fuera consumiéndose hasta extinguirse. Las arrugas provocadas por la reflexión y la responsabilidad contrajeron mi juvenil mejilla y dieron una suerte de fiereza sobrenatural a la mirada siempre alerta. Durante este periodo, mi padre se había casado con otra criada que trabajaba con él, quien lo amaba menos y supo manejarlo mejor que mi madre. Cuando comprobó que estaba encinta, ambos decidieron abrir una tienda, pues mi madrastra —si es que puedo llamarla así, siendo como soy hija ilegítima— había obtenido cierta suma de dinero de un pariente rico para ese propósito.

Poco después de dar a luz, convenció a mi padre para que me llevara a casa con el fin de ahorrarse los gastos de mi manutención y no tener que contratar a una muchacha para ayudarla con el bebé. Yo era joven, es cierto, pero parecía avispada y quizá podría resultar de cierta utilidad. Así pues, me llevaron a su casa, a la que no puedo llamar hogar, pues nunca conocí tal cosa. Mi madrastra sentía hacia esa criatura, una niña, un cariño desmesurado, y parte de mi cometido consistía en ayudar a malcriarla satisfaciendo todos sus antojos y tolerando todos sus caprichos. Sabedora de su poder, antes siquiera de empezar a hablar, había aprendido el arte de atormentarme y, si alguna vez osaba resistirme, me daban golpes sin ningún miramiento o me mandaban a la cama sin comer ni cenar. Dije antes que parte de mi trabajo diario consistía en atender a esta niña con el servilismo de una esclava, y a fe que es cierto. Me enviaban fuera de la casa en cualquier estación del año y de un sitio a otro a cargar pesos que excedían ampliamente mis fuerzas, sin que se me permitiese arrimarme a la chimenea ni recibir ninguna palabra amable o alentadora. Así pues, no es de extrañar que, tratada como si perteneciese a otra especie, comenzase a envidiar y, a la larga, a odiar al tesoro de la casa. No obstante, recuerdo perfectamente que fueron las caricias y las tiernas expresiones de mi madrastra las que primero avivaron mi celoso descontento. En cierta ocasión (que no he podido olvidar) en que ella llamaba inútilmente a su caprichosa hija

para que le diera un beso, corrí hacia ella diciendo: «¡Yo os besaré, señora!», y ¡cómo se me partió el corazón, que casi se me salía por la boca, cuál fue la humillación de mi alma al ser rechazada con un: «No es a ti a quien quiero, impertinente»! Otro día, en que un traje nuevo la había puesto de un humor excelente y pronunció el consiguiente «querida», pero dirigido inesperadamente a mí, pensé que nunca podría hacer lo suficiente por complacerla. Yo era la eficiencia personificada y la estima que de mí misma tenía creció proporcionalmente.

Conforme su hija iba creciendo, la premiaban con pasteles y fruta, mientras que a mí me daban de comer literalmente las sobras de la mesa y lo que ella dejaba. La afición a los dulces es, creo yo, algo común a los niños, y yo solía robar cualquier golosina que pudiese alcanzar con el fin de esconderla.

Cuando me pillaba, mi madrastra no se contentaba con castigarme en el momento, sino que, cuando mi padre llegaba por la noche (pues era tendero), se dedicaba a hacer el recuento de mis faltas y atribuir las a la maldad innata con la que había nacido, heredada de mi madre. Él nunca olvidaba castigarme para dejar en mi cuerpo las marcas de su rencor, y después se consolaba jugando con mi hermana; en esos momentos yo hubiese querido matarla. Para eludir esos castigos despiadados, recurrí a la falsedad y a mentiras que mantenía obstinadamente y que se aportaban como pruebas para sustentar la inhumana acusación de mi tirana sobre mi propensión al vicio. Al ver que me trataban con desprecio, y puesto que siempre la alimentaban y vestían mejor que a mí, mi hermana se creó una opinión igualmente despectiva que terminó siendo un obstáculo para cualquier tipo de afecto. Mi padre, al oír hablar una y otra vez de mis faltas, empezó a considerarme una maldición por sus pecados, de forma que a mi madrastra no le costó convencerle para colocarme de aprendiz con una de sus amigas, que tenía una tienda de ropa en Wapping. Me pintó tal como yo era (esas fueron sus palabras), aunque ella «garantizaba», dijo chasqueando los dedos, «que conseguiría domarme». Mi madrastra respondió gimoteando que si alguien podía enderezarme, esa era una mujer tan lista como aquella, aunque ella, por su parte, lo había intentado en vano, pues su pecado «era ser demasiado buena».

Me estremezco horrorizada cuando recuerdo el trato que nunca debí sufrir. No solo estaba bajo el látigo de mi ama, sino que también era la esclava de la criada, los aprendices y los niños, y nunca recibí una muestra de bondad que suavizase los rigores de un trabajo inacabable. Me habían presentado ante esa familia como algo aborrecible, un ser con el que mi madrastra, pese a haber tenido la generosidad de permitirme vivir en su casa y junto a su propia hija, no había podido hacer nada. Me describió como una infeliz, alguien a quien se debía hacer trabajar muy duramente.

Y eso allí se hacía cumplir con mano de hierro. Parecía que quienes me

rodeaban tenían, en función de su naturaleza superior, el privilegio de patearme como al perro o al gato. Si me mostraba atenta, me acusaban de servil; si me veían reacia, decían que era más tozuda que una mula, y como una mula debía cargar su censura sobre mis espaldas. A menudo mi ama, por cualquier descuido, me arrojaba de un lado a otro de la cocina, me golpeaba la cabeza contra la pared o me escupía en la cara, con unos procedimientos tan bárbaros, variados y sofisticados que me abstendré de enumerarlos, aunque la criada los ejecutaba una y otra vez con insultos adicionales —a los que solía añadirse el de «bastarda»—, burlas e improperios. Pero no intentaré daros una idea aproximada de mi situación por miedo a que vos, que probablemente nunca os hayáis visto tan salpicada por la inmundicia de la miseria humana, pudieseis pensar que exagero.

En esa época robaba pan por absoluta necesidad, pero cualquier otra cosa que hubiese desaparecido, y que yo no podía haber cogido, me era atribuida. Yo era el gato ladrón, el perro famélico, la bestia estúpida que debía soportarlo todo, pues si me esforzaba por exculparme, me mandaban callar, sin preguntarme siquiera, con un: «¡Cállate, tú nunca dices la verdad!». Hasta el aire mismo que respiraba estaba viciado por el desprecio, pues me enviaban a las tiendas del vecindario con las palabras «glotona», «mentirosa» o «ladrona» escritas en la frente. Este era al principio el castigo más amargo, pero un orgullo arisco o una especie de estúpida desesperación me hicieron a la larga casi insensible al desprecio, que tantas lágrimas solitarias me había arrancado en los pocos momentos en que se me permitía descansar.

De este modo fui blanco de la crueldad de cuantos me rodeaban hasta los dieciséis años, y a partir de entonces únicamente puedo señalar otro tipo de sufrimientos, durante un periodo que nunca supe precisar. Permitidme, primero, hacer una observación. Al volver la vista atrás, no puedo evitar atribuir la mayor parte de mi desdicha al hecho de haber sido arrojada al mundo sin el mayor sustento en esta vida: el cariño de una madre. No tenía a nadie que me quisiera, ni que me hiciera respetar o me enseñase a ganarme el respeto de los demás. Era como un huevo abandonado sobre la arena, una indigente por naturaleza, perseguida de familia en familia, que no pertenecía a nadie y que a nadie le importaba. Me despreciaron desde mi nacimiento y se me negó la posibilidad de obtener un puesto en la sociedad. Sí, ni siquiera tuve la oportunidad de ser considerada un ser humano, aunque todas las personas con las que viví, pese a estar embrutecidas por la vil astucia del comercio y las mañas despreciables de la pobreza, no carecían por completo de corazón, aun cuando no suspirasen por mí. De hecho, yo nací esclava, encadenada a la esclavitud por la infamia perpetua, sin compañeros que la aliviase con su compasión ni que me enseñasen a superarla mediante su ejemplo. Pero, retomando el hilo de mi historia, a los dieciséis años di un estirón, y algo parecido a la hermosura afloró cierto domingo en que tuve tiempo de lavarme

la cara y ponerme ropa limpia. Mi amo me había agarrado en el pasillo en una o dos ocasiones, pero yo evitaba instintivamente sus repugnantes caricias. No obstante, cierto día en que la familia se hallaba en una reunión metodista, se las ingenió para quedarse a solas conmigo en la casa y mediante golpes, ¡sí, golpes y amenazas!, me forzó a someterme a su brutal deseo. Para evitar la ira de mi ama, en adelante me vi obligada a acceder y esperar en silencio en mi buhardilla cuando él me lo ordenaba, a pesar del asco creciente que aquello me causaba.

La angustia acumulada en ese momento en mi pecho pareció abrirme un mundo nuevo. Comencé a expandir mis pensamientos más allá de mí misma y a llorar por el sufrimiento humano, hasta que descubrí con horror —¡ay, y cuánto!— que estaba embarazada. No sé por qué sentí una mezcla de desesperación y ternura, quizá porque, al haberme llamado siempre los demás «bastarda», un bastardo me parecía algo digno de la mayor compasión en este mundo.

Le dije a mi amo que estaba encinta, y esta noticia lo alarmó casi tanto como a mí, pues temía a su mujer y la censura pública en las reuniones sociales.

Después de algunas semanas pensando qué hacer, en las que viví con el continuo temor de que advirtiesen mi cambiada silueta, mi amo me dio una medicina en un frasco para que me la tomase, y me dijo sin rodeos qué efectos produciría. Rompí a llorar, pensando que era para acabar con mi vida —aunque, después de todo, ¿acaso mi vida merecía preservarse?—. Él me llamó estúpida y me abandonó a mis propias reflexiones. No fui capaz de decidirme a tomar esa poción infernal, sino que la envolví en un viejo vestido y la escondí en un rincón de mi baúl.

Nadie sospechó de mí, acostumbrados como estaban a considerarme un ser de otra especie. Pero la amenazadora tormenta acabó estallando sobre mi cabeza. Nunca lo olvidaré. Una tarde de domingo en que me dejaron como de costumbre al cuidado de la casa, mi amo llegó ebrio y yo me convertí en víctima de su brutal apetito. Su extrema embriaguez le hizo olvidar su acostumbrada cautela, y mi ama entró y nos encontró en una situación que no pudo ser más odiosa para ella que para mí. Su marido estaba envalentonado por el alcohol, no la temía en esos momentos, ni tenía demasiados motivos para hacerlo, pues ella desvió al instante toda la fuerza de su ira en otra dirección. Me arrancó la cofia, me arañó, pateó y abofeteó hasta que no le quedaron fuerzas y, mientras dejaba descansar su brazo, afirmó que yo había engatusado a su marido para intentar arrebatárselo. ¿Qué otra cosa podía esperar de una desgraciada a quien había acogido en su casa por pura caridad? No sabría decir cuántos insultos salieron de su boca hasta que, casi sin aliento, concluyó diciendo «que yo había nacido ramera, lo llevaba en la sangre y nada

bueno podía ocurrirles a quienes me diesen cobijo».

Mi embarazo, por supuesto, terminó descubriéndose y ella afirmó que yo no debería pasar ni una sola noche más bajo el mismo techo con una familia decente. Por consiguiente, me expulsaron de la casa y me arrojaron mis pocas pertenencias tras examinarlas de paso con desprecio, por si había robado algo.

¡Heme, pues, en la calle, completamente desamparada! ¿Adónde podía arrastrarme en busca de refugio? No tenía derecho a pedírselo a mi padre, perseguida como estaba por la deshonra. Temía como a la muerte los crueles reproches de mi madrastra y las imprecaciones de mi padre. No podría soportar oírle maldecir el día en que nací, aunque la vida había sido una maldición para mí. Pensaba en la muerte, pero con un confuso sentimiento de terror, mientras permanecía de pie con la cabeza apoyada en un poste y me sobresaltaba ante cualquier ruido de pisadas por miedo a que mi ama viniera a arrancarme el corazón. Uno de los muchachos de la tienda que pasaba por allí escuchó mi historia y al instante acudió a su amo para describirle mi situación, y con ello pulsó la tecla adecuada: el escándalo que todo esto suscitaría si se me permitía repetir mi historia a cualquier curioso. Mi alegato le hizo recuperar la razón, de nuevo sobria por la ira de su mujer, cuya cólera había caído sobre él cuando estuve fuera de su alcance. Me envió a un muchacho con media guinea y la orden expresa de llevarme a una casa donde dormían los mendigos y otros infelices, los deshechos de la sociedad.

Aquella noche transcurrió en un estado de estupefacción y desconsuelo. Odiaba al género humano y me aborrecía a mí misma. Por la mañana me aventuré a salir e ir al encuentro de mi amo a la hora en que solía marchar al trabajo. Me aproximé a él y él me llamó «p——», dijo que «había perturbado la paz de su familia y que le había jurado a su mujer no volver a tener nunca ningún contacto conmigo». Se marchó, pero regresó al instante para decirme que hablaría con un párroco amigo con el fin de encontrar un ama de cría para el mocoso que yo le pariese, y me aconsejó que, si quería evitar el correccional, no le pusiera su nombre.

Volví rápidamente a mi cubil y, cuando la rabia dio paso a la desesperación, busqué el brebaje que había de provocar el aborto y me lo bebí de un trago deseando que pudiese liquidarme e interrumpiese las sensaciones de esa vida recién nacida, que yo experimentaba con indescriptible emoción. La cabeza me daba vueltas, el corazón empezó a dolerme y en medio de una sensación de horror por la inminente destrucción desapareció mi angustia. El efecto de la medicina fue violento y hube de guardar cama durante varios días, pero, al prevalecer mi juventud y mi constitución robusta, una vez más salí arrastrándome y haciéndome la cruel pregunta: «¿Adónde ir?». Solo me quedaban dos peniques en el bolsillo, el resto lo había gastado una pobre mujer que dormía en la misma habitación para pagar mi alojamiento y

comprar los alimentos indispensables que ambas compartíamos.

Con esta infeliz me fui a las calles del vecindario a mendigar, y mi aspecto desconsolado sonsacaba a los ociosos unos pocos peniques, lo cual me permitía seguir disponiendo de una cama hasta que, tras recuperarme de mi enfermedad y aprender a vestirme con andrajos para obtener más limosnas, fui abordada con otras intenciones y hube de someterme a los deseos de los brutos que me encontré con la misma repulsión que había sentido por mi amo, aún más bruto que ellos. Desde entonces, he leído en las novelas acerca de las galanterías de la seducción, pero yo no tuve siquiera el placer de que me indujeran a caer en el vicio.

No expondré —dijo Jemima— ante vuestra imaginación todas las escenas de infortunio y depravación que tuve que presenciar, ni señalaré las diferentes fases de mi degradante miseria. El destino me arrastró por las cloacas mismas de la sociedad; seguía siendo una esclava, una bastarda, un bien común. Llegué a familiarizarme con el vicio (pues no quiero ocultaros nada), y robaba de los bolsillos de los borrachos que abusaban de mí. Mi conducta parecía demostrar que merecía los epítetos que me atribuían incluso en los momentos en los que esa desconfianza no estaba justificada.

Detestaba mi ocupación nocturna, aunque valoraba, si puedo usar esa palabra, mi independencia, que únicamente consistía en elegir la calle por la que pasearía y el techo en que escondería la cabeza cuando tuviese dinero, así que me llevó algún tiempo convencerme para aceptar una plaza en una casa de mala reputación que una muchacha con la que había hablado por casualidad en la calle me había recomendado. Los serenos del barrio de la ciudad que frecuentaba me habían perseguido hasta la extenuación. Uno de ellos, al que yo había ofendido sin darme cuenta, dio la orden al resto. Vos apenas podéis concebir la tiranía que ejercían esos desgraciados: creyéndose los instrumentos de las mismas leyes que violan, el pretexto que insensibiliza su conciencia endurece también su corazón. No contentos con recibir de nosotras, proscritas de la sociedad, una gratificación brutal y gratuita (lo que otras mujeres llaman favores) como privilegio de su cargo, cobraban un diezmo por la prostitución y hostigaban con amenazas a las pobres criaturas cuya ocupación no rentaba lo suficiente para silenciar sus gruñidos de avaricia. Para escapar de esta persecución, entré de nuevo a servir.

Una vida de relativa seguridad me hizo recuperar la salud y (no os sorprendáis) mis modales mejoraron, en un contexto en el que el vicio procuraba resultar atractivo y el gusto se cultivaba para adornar a las personas, si no para refinar la mente. Además, la común cortesía en el hablar, comparada con la burda vulgaridad a la que había estado acostumbrada, me parecía el colmo de la sofisticación. No me excluían del trato con otros seres humanos. No obstante, me disgustaba el yugo del servicio y mi ama, que a menudo

sufría violentos arrebatos de ira, me hacía temer un despido repentino que, como pronto comprendí, era lo más habitual. Por consiguiente, no fue difícil convencerme, aunque sentía horror por los hombres, de aceptar el ofrecimiento de cierto caballero, más bien en el ocaso de la edad, para atender su casa, situada en un agradable pueblecito cerca de Hampstead.

Era un hombre de gran talento y brillante ingenio, pero, al ser un devoto (ya muy ajado) de la voluptuosidad, sus deseos se volvieron fastidiosos conforme se fueron debilitando y una imaginación viciada socavó la ternura innata de su corazón. Una insensata carrera de libertinaje y diversiones sociales había dañado su salud hasta tal punto que, cualquiera que fuese el placer que me deparase su conversación (y no faltaban pruebas que me demostraban la generosa humanidad de su carácter), me hacía pagar un precio muy alto por ser su amante. Con una percepción tan aguda de las delicadezas sentimentales, con una imaginación tan avivada por la expresión del genio, ¿cómo podía un hombre así hundirse en la más grosera sensualidad?

Pero, para pasar por alto un asunto que recuerdo con dolor, debo decir en respuesta a la pregunta que tan a menudo repetís de por qué mis sentimientos y mi lenguaje son superiores a los propios de mi condición, que fue entonces cuando comencé a leer para distraer el tedio y la soledad y satisfacer mi mente curiosa y activa. En mi niñez, a menudo había seguido a un cantor de romances para escuchar la continuación de una triste historia, a pesar de que sabía que me castigarían severamente por volver tarde con lo que me hubiesen mandado comprar. Apenas sabía el alfabeto ni juntar una frase, y escuchaba las diversas discusiones, a menudo mezcladas con alguna obscenidad, que tenían lugar en la mesa que me permitían presidir, pues con frecuencia uno o dos literatos amigos venían a casa con mi amo para cenar y quedarse a dormir. Cuando olvidaban el respeto debido a mi sexo, mi presencia, en vez de refrenarles, parecía soltarles la lengua. Con todo, tuve la ventaja de oír discusiones de las que las mujeres están excluidas en la vida corriente.

Podéis fácilmente imaginar que solo de manera gradual pude comprender algunos de los temas que trataban y extraer de su razonamiento lo que podría llamarse un sentido moral. Pero, al aumentar mi afición por la lectura y recluírse mi amo de vez en cuando en este retiro durante semanas enteras para escribir, tuve muchas oportunidades para progresar. Al principio, considerando el dinero (¡y bien que acertaba! —exclamó Jemima, alterando su tono de voz—) como el único medio, tras perder mi reputación, de ganarme el respeto e incluso la tolerancia de la humanidad, no tuve el menor escrúpulo en esconder una parte de las sumas que me eran confiadas y evitar que me descubrieran mediante toda una red de mentiras. Pero había adquirido nuevos principios, así que comencé a albergar la ambición de volver al sector respetable de la sociedad y fui lo suficientemente ingenua como para creerlo posible. La

atención de mi humilde preceptor que, sin ignorar sus cualidades, poseía una gran sencillez de modales, reforzaba esa ilusión. Al captar a veces destellos de ingenio en mis comentarios en absoluto instruidos, a menudo me invitaba a discutir el tema que estaba tratando y me leía sus obras antes de publicarlas con el deseo de aprovechar la crítica de un temperamento poco sofisticado. El propósito de sus escritos era llegar a los sencillos veneros del corazón, pues despreciaba a los que se creían oráculos, a los autoproclamados filósofos, que desechaban la imaginación al tiempo que desgranaban cada pensamiento para demostrar que la lentitud en la comprensión equivale a la sabiduría.

Debería haber distinguido este momento como una época luminosa, un periodo feliz de mi vida, si la aversión que me inspiraba el repugnante libertinaje de mi amo no se me hiciera cada día más fastidiosa. De hecho, así lo recordé con dolor cuando su muerte repentina (pues había recurrido a los brebajes más excitantes para mantener su efusividad) me arrojó de nuevo al desierto de la sociedad humana. Si mi amo hubiese dispuesto de algún tiempo para pensarlo, estoy segura de que me habría legado los pocos bienes que poseía, pero, cuando tuvo el ataque fatal de apoplejía en la ciudad, su heredero, un hombre de moral estricta, llegó con su mujer para tomar posesión de la casa y todos sus enseres antes de que yo supiese de su muerte, «para impedir —como ella se encargó de decirme de manera indirecta— que un ser como sospechaba que yo era robase algo en caso de haberme avisado a tiempo».

El dolor que sentí por la conmoción que me produjo esa noticia, que en un principio no contenía ni la más leve sombra de egoísmo, fue visto con desprecio, y se me ordenó empaquetar mi ropa. Me despojaron de algunas baratijas y libros que el generoso difunto me había regalado, mientras el matrimonio rogaba piadosamente, sacudiendo la cabeza en actitud reprobatoria, «¡Que Dios tuviese misericordia de su alma pecadora!». No sin dificultad, obtuve los atrasos de mi salario, pero cuando pedí (tal es la consecuencia demoledora de la pobreza y la infamia) una carta de recomendación —que bien sabe Dios merecía— dando fe de mi honestidad y carácter ahorrador, esa mujer (¿acaso debo llamarla así?) me dijo «que iba en contra de su conciencia el recomendar a una mantenida». De mis ojos brotaron lágrimas, lágrimas que quemaban, pues hay situaciones en las que un infeliz es humillado por un desprecio que es consciente de no merecer.

Volví a la ciudad, pero la soledad en un mísero hospedaje resultaba inconcebiblemente triste después de la compañía de la que había disfrutado. Privada del placer de la conversación, ahora que había aprendido a paladearlo, vagaba como un fantasma entre los vivos. Además, para agravar la dureza de mi destino, veía que mi escasa renta no tardaría en esfumarse. Intenté trabajar como costurera pero, no habiéndome enseñado nadie durante mi niñez y



estando mis manos encallecidas por el duro trabajo, no destacaba lo suficiente para que me contratasen en las sastrerías cuando había tantas aspirantes mejor cualificadas. La falta de una carta de recomendación me impedía conseguir algún puesto, pues, pese a lo fastidiosa que me había resultado la servidumbre, hubiera hecho otro intento, de haber sido factible. No me disgustaba el trabajo, sino la desigualdad a la que debía someterme. Había adquirido el gusto por la literatura durante los cinco años que había pasado con un escritor, y había conversado de vez en cuando con algunos de los hombres más preclaros de la época. Es fácil imaginar la infelicidad que me supondría descender ahora a la más ramplona vulgaridad. Ciertamente, no había disfrutado de los encantos del amor, pero me había familiarizado con las gracias de la humanidad.

Uno de los caballeros en cuya compañía había cenado con frecuencia cuando se me trataba como a una igual, me encontró en la calle y se interesó por mi salud. Aproveché la ocasión y comencé a describirle mi situación, pero él llevaba prisa, pues había quedado para cenar con un selecto grupo de espíritus elegidos; así que, sin quedarse a escuchar mi relato, puso una guinea en mi mano con impaciencia mientras decía que «era una lástima que una mujer tan inteligente se hallara en apuros, y que me deseaba lo mejor desde el fondo de su alma».

A otro de ellos le escribí exponiéndole mi caso y pidiéndole consejo. Era un defensor de la más franca sinceridad, y a menudo en mi presencia había disertado largamente sobre los males que surgen en la sociedad por el despotismo económico y de clase. En respuesta, recibí una larga disertación sobre el poder de la mente humana, con constantes alusiones a su propia fuerza de carácter. Añadió que la mujer que era capaz de escribir una carta como la que yo le había enviado nunca podría estar en una situación de necesidad si mirase en su interior y pusiera en práctica sus facultades. La miseria era resultado de la indolencia y, en cuanto al hecho de hallarme excluida de la sociedad, era el destino del hombre el someterse a ciertas privaciones.

¿Cuántas veces —dijo Jemima interrumpiendo su relato— he oído en una conversación o leído en un libro que cualquier persona dispuesta a trabajar puede encontrar un empleo? Creo que es una afirmación un tanto equivocada cuando se refiere a los hombres, pero, en lo que respecta a las mujeres, estoy convencida de su falsedad, a menos que acepten los empleos más ínfimos, y aún así la posibilidad de que las contraten para los trabajos más duros está fuera del alcance de muchas, cuya reputación ha quedado manchada por su mala fortuna o su inconsciencia. Cómo los escritores, que dicen ser amantes de la libertad y del progreso moral, pueden afirmar que la pobreza no es un mal es algo que no me puedo explicar.

—Ni yo —interrumpió María—. Aún así, se puede disertar largamente

sobre la peculiar felicidad de la indigencia, aunque, en qué pueda consistir esta cuando un hombre apenas puede ganar lo justo para subsistir, si no es en el descanso que se concede a las bestias de carga, es algo que no puedo imaginar. La mente se encuentra necesariamente aprisionada en su pequeño y particular habitáculo y, ocupada enteramente en mantenerlo en buenas condiciones, no tiene tiempo de buscar fuera los incentivos para mejorar. Se esgrime el libro de la sabiduría contra aquellos que deben elegir entre cumplir su tarea diaria de duro trabajo o morir, y la curiosidad, rara vez avivada por el pensamiento o la información, casi nunca se agita en las ciénagas de la ignorancia.

—Hasta donde he podido observar —respondió Jemima—, los pobres mantienen con gran obstinación los prejuicios que se adquieren de modo casual, hasta el punto de excluir cualquier mejora. No tienen tiempo de razonar ni reflexionar sobre ningún aspecto, ni sus mentes han sido lo suficientemente ejercitadas como para comprender los principios que han de regir sus actos y que quizá constituyen la única base para la felicidad de cualquier estado social.

—Y la independencia —dijo Darnford— es algo a lo que son necesariamente ajenos, incluso a la independencia de despreciar a sus enemigos. Si los pobres son felices, o pueden serlo, las cosas están bien como están, y no puedo concebir sobre qué principio discuten (para propiciar un cambio de sistema) los escritores que sostienen tal opinión. Los autores que ven la cuestión desde el otro lado y dan la infelicidad por sentado son mucho más coherentes. No obstante, al insistir en que el destino de la mayoría es ser oprimidos en esta vida, prometen otra existencia para rectificar las desigualdades de esta, como el único medio de justificar los designios de la Providencia. No tengo —prosiguió Darnford— una opinión más firmemente asentada en mi mente por la observación que la siguiente: aunque a veces las riquezas pueden no dar la felicidad, la pobreza la excluye en la mayoría de los casos, pues cierra las puertas a cualquier progreso.

—Y en cuanto a los sentimientos —añadió María con un suspiro—, ¡cuán groseros e incluso mortificantes se vuelven si no están regulados por una mente que los eduque! En mi opinión, la sabiduría del corazón siempre avanza a la par que la de la mente. Pero —dijo, dirigiéndose a Jemima— os ruego prosigáis, aunque vuestro relato suscita las más dolorosas reflexiones sobre el estado actual de la sociedad.

—Para no importaros —prosiguió aquella— con una descripción detallada de todos los sentimientos dolorosos que resultaron de mis inútiles esfuerzos, solo os diré que finalmente logré una recomendación para lavar en casa de unas pocas familias que me hicieron el favor de admitirme en su hogar sin el más estricto de los interrogatorios. Trabajaba desde la una de la mañana a las ocho de la tarde por dieciocho o veinte peniques al día. No hará falta

comentar nada sobre la felicidad que puede alcanzarse sobre un balde de lavado.

No obstante, me permitiréis señalar que esa situación tan penosa es exclusiva de mi sexo. Un hombre con la mitad de mi diligencia y —puedo decirlo— de mis aptitudes podía haberse procurado un sustento digno desempeñando algunas de las tareas que permiten integrarse en la comunidad, mientras que yo, que había adquirido el gusto por los placeres intelectuales, más aún —permitidme afirmarlo con sincero orgullo—, por los placeres virtuosos de la vida, era relegada junto a la escoria de la sociedad. Condenada a faenar como una máquina, únicamente para ganarme el pan, y aun eso a duras penas, me invadieron la melancolía y la desesperación.

Debo mencionar ahora una circunstancia que me llena de remordimiento y que temo me privará por entero de vuestra estima. A menudo me visitaba un tendero que me había tomado afecto. Terminé teniendo tanto poder sobre él que me ofreció llevarme a su casa. Considerad, querida señora, que estaba famélica, ¿no es de extrañar que me convirtiese en una loba! La única razón para no llevarme a su casa de inmediato era por tener allí a una chica embarazada de él, y yo le aconsejé —¡sí, lo hice, ojalá pudiera olvidarlo!— que la echase. Una noche tomó la decisión de seguir mi consejo. ¡Pobre infeliz! Cayó al suelo de rodillas, le recordó que le había prometido matrimonio, que sus padres eran honestos. ¿De qué sirvió? Fue arrojada a la calle.

Se acercó a la casa de su padre, en las afueras de Londres, se puso a escuchar tras la ventana, pero no llamó a la puerta. Un sereno la había visto ir y volver varias veces. ¡Pobre infeliz! El remordimiento del que había hablado Jemima parecía clavársele en el alma mientras proseguía. Se marchó de allí y, acercándose a un pilón donde abrevaban a los caballos, se sentó dentro y, con desesperada determinación, permaneció así hasta que esta ya no le hizo falta.

Dio la casualidad de que aquella mañana yo salía a trabajar, imaginando el día en que me libraría de esa labor tan penosa. Pasaba por allí justo en el momento en que algunos hombres, de camino al trabajo, sacaban el rígido y frío cadáver. ¡Permitidme que no recuerde ese horrible momento! Reconocí su pálido rostro, escuché el relato de los testigos, y no se me desgarró el corazón. Pensaba en mi propia situación, y me pregunté cómo podía ser tan péfida. Trabajé duro y, de regreso a casa, me atacó la fiebre. Sufría tanto mi cuerpo como mi mente. Decidí no vivir con aquel desdichado, pero él no preguntó por qué. Abandonó el vecindario y yo volví a la pila de lavado.

Pero esta situación, aun siendo tan penosa, aún podía empeorar. Cierta día, al levantar una pesada carga, un balde me golpeó la espinilla causándome un gran dolor. No le di mucha importancia hasta que se convirtió en una lesión

importante, estando como estaba obligada a trabajar o morir de hambre. Pero cuando no pude tenerme en pie por más tiempo, pensé en acudir a un hospital. Parecería que los hospitales (pues son inhóspitas moradas para los enfermos) se crearon expresamente para atender a los desamparados; sin embargo, yo, que en razón de ese mismo argumento tenía derecho a recibir asistencia, carecía de la recomendación de los ricos y respetables, y pasé varias semanas luchando por ser admitida. Pedían dinero por ingresar y, lo que era aún menos razonable, una señal por mi entierro, al no incluirse ese gasto en el reglamento de la sociedad benéfica. Una guinea era la cantidad estipulada —aunque lo mismo me daría haber reunido un millón—, y temía solicitarle a la parroquia una orden, no fuera que me enviaran Dios sabe dónde. La pobre mujer en cuya casa me alojaba se compadeció de mi situación y me ingresó en el hospital. La familia en cuya casa sufrí el accidente me envió cinco chelines, de los que tuve que entregar tres con seis en el momento de mi admisión, no sé bien para qué.

Mi pierna mejoró rápidamente, pero me echaron antes de completar mi cura, pues no podía permitirme pagar para que me lavasen la ropa a fin de, como dijo una malvada enfermera, ofrecer un aspecto decente cuando viniesen los caballeros (los cirujanos).

No puedo haceros un retrato aproximado de cuán mísero es un hospital: todo se deja en manos de gente cuya única preocupación es obtener ganancias. Las enfermeras parecen haber perdido todo sentimiento de compasión en el apresurado desempeño de su cargo. La muerte les es tan familiar que no sienten afán alguno por evitarla. Todo parecía dirigido a satisfacer las necesidades de los médicos y de sus alumnos, que venían a experimentar con los pobres para beneficio de los ricos. Uno de los médicos, no debo olvidar mencionarlo, me dio media corona y me mandó a por vino cuando yo estaba en el punto de mayor decaimiento. Pensé contarle mi caso a la jefa de enfermeras —tan señorita ella—, pero su severa expresión me contuvo. Esta se dignaba ver a los pacientes y hacerles preguntas generales dos o tres veces por semana, pero las enfermeras sabían la hora a la que daba comienzo la visita de rigor, y todo estaba como debía estar.

Después de que me echasen, estaba más desesperada por encontrar un modo de subsistencia que nunca y, para no fatigarme con una repetición de las mismas tentativas infructuosas, incapaz ya de mantenerme de pie junto a la pila de lavar, empecé a considerar a ricos y pobres como enemigos naturales y me convertí en una ladrona por principios. No podía dejar de razonar, pero odiaba a la humanidad. Me despreciaba a mí misma y, no obstante, justificaba mi conducta. Me cogieron, juzgaron y condenaron a seis meses de internamiento en un correccional. Mi alma retrocede horrorizada ante el recuerdo de los insultos que tuve que soportar hasta que, estigmatizada por la

vergüenza, me soltaron en la calle sin un solo penique. Vagué de calle en calle hasta que, exhausta por el hambre y la fatiga, me desmayé ante una puerta donde en vano había pedido un bocado de pan. El hombre que allí vivía me envió al asilo de pobres al que antes me había mandado ir con brusquedad, diciendo que «pagaba lo suficiente en conciencia a los pobres», cuando, con la lengua seca, imploré su caridad. Si las personas bienintencionadas que imprecán a los mendigos conociesen el trato que reciben los pobres en muchos de estos horribles asilos, no reprimirían con tanta facilidad la espontánea compasión diciéndoles que tienen parroquias adonde ir, ni se extrañarían de que a los pobres les horrorice franquear esos lóbregos muros. ¿Qué son por lo general los asilos sino prisiones en las que muchos ancianos respetables, consumidos por el trabajo inhumano, se hunden tristemente en la tumba, adonde los llevan como a perros?

Alarmada por algún ruido, Jemima se levantó rápidamente para escuchar y María, volviéndose hacia Darnford, dijo:

—Ciertamente no podría expresar la impresión que me causó toparme con el funeral de un indigente. Un ataúd llevado a hombros por tres o cuatro desdichados de aspecto enfermizo, a los que la imaginación podría fácilmente convertir en una banda de asesinos apresurándose a esconder el cadáver y a disputarse el botín en el camino. Sé que no tiene demasiada importancia el modo en que nos entierran, pero no puedo evitar compadecerme de esta brutal insensibilidad, que ni siquiera se da en los animales de la creación, y advertir el modo lamentable y desamparado en que morían esos infelices.

—Cierto —respondió Darnford—, pues los ricos nunca podrán hacer alardes de caridad hasta que quieran donar algo más que una parte de su riqueza, hasta que den su tiempo y su atención a las necesidades de los afligidos. Que abran sus corazones, y no sus carteras, y empleen sus mentes en ayudar a los pobres si verdaderamente los mueve la humanidad, o las instituciones benéficas serán siempre víctimas de bribones de la peor calaña.

Una vez de vuelta, Jemima parecía tener prisa por terminar su relato.

—El capataz arrendaba a los pobres de distintas parroquias, y de las entrañas de la pobreza sacó el dinero con el que compró esta mansión para convertirla en un manicomio. Él había trabajado de guardián en un asilo de las mismas características y pensó que podía ganar dinero con mucha más facilidad en su antigua ocupación. Es un (¿habré de decirlo?) astuto bellaco.

Vio cierta resolución en mi carácter y me propuso llevarme con él y enseñarme cómo tratar a las mentes perturbadas que pretendía dejar a mi cuidado. La oferta de cuarenta libras al año y salir del hospicio no era como para despreciarla, aunque a ella se añadiera la condición de cerrar los ojos y endurecer el corazón.

Accedí a acompañarlo, y durante cuatro años he sido la cuidadora de muchos infelices y —dijo en voz más baja— testigo de muchas barbaridades. En soledad, mi mente parecía recobrar fuerzas, y muchos de los sentimientos que experimenté en el único periodo soportable de mi vida regresaban con toda intensidad. Aun así, ¿qué me inducía a ser la salvadora de los afligidos? ¿Quién arriesgó nunca nada por mí? ¿Quién me trató alguna vez como a una igual?

María cogió su mano y Jemima, más abrumada por la bondad de lo que nunca lo había estado por la crueldad, salió apresuradamente de la habitación para ocultar su emoción.

Darnford oyó poco después su llamada y, despidiéndose de él, María le prometió satisfacer su curiosidad con respecto a ella a la primera oportunidad.

## CAPÍTULO VI

Vivo como estaba el amor en el corazón de María, la historia que acababa de oír hizo que sus pensamientos fueran más allá. Los brotes de esperanza se cerraron, como si hubiesen florecido antes de tiempo, y el día más feliz de su vida quedó ensombrecido por las más melancólicas reflexiones. Los pensamientos sobre el destino de Jemima y sobre el suyo propio la llevaron a considerar la opresión que sufrían las mujeres y a lamentar haber dado a luz a una hija. El sueño se borraba de sus párpados mientras discurría sobre el drama de la infancia desprotegida, hasta que la compasión por Jemima se transformó en angustia cuando pensó que su pequeña probablemente se hallase en la misma situación que ella había descrito de forma tan descarnada.

María no podía dejar de pensar en esto. El frío hielo que Jemima hubo de soportar al entrar en esta vida había entumecido, más que congelado, su humanidad. Por lo tanto, un llamamiento a sus sentimientos sobre este punto tan delicado seguramente no sería infructuoso. María comenzó a imaginar la alegría que le supondría obtener alguna información sobre su pequeña. Este plan constituía ahora el único tema de preocupación, y esperó impaciente el amanecer con esa firme determinación que generalmente garantiza el éxito.

A la hora habitual, Jemima le trajo el desayuno y una afectuosa nota de Darnford. Sus ojos acudieron presurosos a leerla, y guardó en su corazón la emoción que la certeza de un nuevo amor, como el que ella deseaba inspirar, le producía, sin distraerla ni por un momento de sus planes. Mientras Jemima esperaba para retirar el desayuno, María aludió a los pensamientos que la habían atormentado durante toda la noche hasta el punto de impedirle conciliar

el sueño. Habló con pasión de los sufrimientos inmerecidos de Jemima y de la suerte de tantas mujeres abandonadas y forzadas a caer en un torbellino del que después era imposible escapar. Percibiendo el efecto que sus palabras produjeron en el rostro de su guardiana, cogió del brazo a Jemima con esa irresistible calidez que vence cualquier rechazo, mientras exclamaba:

—Con vuestro corazón y una experiencia tan terrible, ¿cómo podéis contribuir a privar a mi niña del cuidado y el amor de una madre? ¡En nombre de Dios, ayudadme a salvarla de la destrucción! ¡Dejadme tan solo procurarle una educación, dejadme preparar su cuerpo y su mente para afrontar los males que aguardan a las de su sexo y le enseñaré a consideraros como su segunda madre y a convertirse en el báculo de vuestra vejez! Sí, Jemima, ¡miradme, observadme de cerca y leed en mi alma! Vos merecéis una suerte mejor — María tendió su mano con un firme gesto de convencimiento—, y yo os la procuraré en prueba de mi estima y gratitud.

Jemima no tuvo fuerzas para resistir este aluvión de sinceridad y, mientras confesó a María que la casa en la que estaba recluida se encontraba a orillas del Támesis —tan solo a unas pocas millas de Londres y no en la costa, como había supuesto Darnford—, prometió inventar alguna excusa para ausentarse y enterarse de la situación y el estado de salud de esa hija abandonada. En su gesto se adivinaba la intención de hacer algo más, pero no parecía dispuesta a comunicar su plan. María, contenta de haber logrado su objetivo principal, pensó que lo mejor sería dejarla con sus propias cavilaciones, convencida de poder interesarla aún más por ella misma y por su hija mediante un simple relato de los hechos.

Al atardecer, Jemima informó a la impaciente madre de que al día siguiente saldría a toda prisa hacia la ciudad antes de que nadie se levantara y obtendría toda la información necesaria y útil para su investigación. El «buenas noches» que susurró María fue particularmente sincero y afectuoso. En su mirada centelleaba una alegre expectación y por primera vez desde su detención pronunció el nombre de su pequeña con deleitoso cariño. Con la locuacidad de una nodriza, describió su primera sonrisa cuando reconoció a su madre. Al recordar su situación, un «adiós» más cariñoso aún, junto con un «Dios os bendiga» que parecía incluir una bendición maternal, despidieron a Jemima.

La monótona soledad del día siguiente, que se hizo más largo por las impacientes cábalas en torno a la misma idea, fue insoportablemente fatigosa. Escuchaba el tic-tac de un reloj que ciertas ráfagas de viento le permitían distinguir con claridad, se fijaba en las sombras que avanzaban sobre la pared y, cuando el crepúsculo iba haciéndose más denso hasta convertirse en noche cerrada, parecía faltarle el aliento mientras, ansiosa, contaba las nueve campanadas. La última fue como un golpe para su corazón desdichado, pues a

cada momento esperaba, al no ver a Jemima, que la brutal mujer que la sustituía apagara la luz. Incluso se vio obligada, a pesar de su desvelo, a disponerse a dormir por no desobedecer a su nueva vigilante. Se le había advertido que no le hablase con demasiada libertad, mas la advertencia era innecesaria, pues su expresión habría bastado para acobardarla. Tal era la ferocidad de su gesto, patente en cada palabra y ademán de aquella bruja, que María no se atrevió a preguntar por qué Jemima, que había prometido ir a verla antes de que cerrasen su puerta por la noche, no había venido. Cuando la llave giró en la cerradura, sintió un grado de angustia que las circunstancias apenas justificaban.

En permanente estado de alerta, el sonido de una puerta al cerrarse o de una pisada la hacían sobresaltarse y temblar de miedo, algo semejante a lo que sintió al entrar en la casa cuando, mientras la arrastraban por la galería, comenzó a dudar si no estaría rodeada de demonios.

Exhausta por una interminable sucesión de pensamientos y bruscos sobresaltos, parecía un espectro cuando Jemima entró por la mañana, especialmente cuando sus ojos desencajados intentaron leer en el rostro de su guardiana, casi tan pálido como el suyo, la información que no se atrevía a preguntar. Jemima dejó la bandeja con el té y fingió estar muy ocupada arreglando la mesa. María levantó una taza con mano temblorosa, reunió fuerzas y, conteniendo las convulsiones en los músculos de su cara, dijo:

—Ahorraos el esfuerzo de prepararme para oír lo que habéis averiguado, os lo suplico. ¡Mi niña ha muerto!

—Sí —respondió Jemima con gravedad, y su mirada expresaba rabia y compasión.

—¡Dejadme! —añadió María, haciendo un nuevo esfuerzo por dominar sus sentimientos y escondiendo el rostro en su pañuelo para ocultar su angustia—. ¡Es suficiente, sé que mi pequeña ha dejado de existir! Escucharé los pormenores cuando me encuentre... —pero no alcanzó a decir «más calmada». Jemima, sin importunarla con vanos intentos por consolarla, salió de la habitación.

Sumida en la más profunda melancolía, no admitía visitas de Darnford. Tal es la fuerza de los prejuicios, aun en las mentes más firmes, que durante un tiempo cayó en la superstición de pensar que había sido justamente castigada con la muerte de su hija por haber dejado por un momento de lamentar su ausencia. Dos o tres cartas de Darnford, llenas de una ternura varonil y confortadora, solo consiguieron intensificar esos sentimientos de culpabilidad. No obstante, el estilo apasionado en el que expresaba lo que llamaba «el primer y más ferviente deseo de su corazón» —que su afecto pudiese enmendar en algo la crueldad e injusticia que había padecido— inspiró a



María un sentimiento de gratitud. Sus ojos se llenaron de dulces lágrimas cuando, al final de su carta, él, con el deseo de suplir el lugar de sus indignos familiares, cuya falta de principios le parecía execrable, le aseguraba, llamándola su «querida niña», «que en lo sucesivo su objetivo principal en la vida sería hacerla feliz».

En una nota enviada a la mañana siguiente, le rogaba le permitiese verla cuando su presencia no supusiera una intrusión en su dolor. Con tanto afán insistió en que le dejase visitarla, según su promesa, para aliviar los tediosos momentos de ausencia reflexionando sobre su vida pasada, que ella le envió las memorias que había escrito para su hija, al tiempo que prometió a Jemima que se las dejaría leer en cuanto él las devolviese.

## CAPÍTULO VII

«Al dedicarte estas memorias, mi niña, sin saber si alguna vez tendré la oportunidad de educarte, de mi corazón saldrán muchas observaciones que solo una madre —una madre acostumbrada al dolor— podría hacer.

»La ternura de un padre conocedor del mundo quizá fuese grande, pero ¿podría igualar a la de una madre, una madre que sufre parte de la condena que la constitución social parece haber impuesto a todo su género? Solo una madre así, mi niña, mi queridísima hija, se atreverá a romper cualquier restricción para permitirte alcanzar la felicidad y se enfrentará voluntariamente a la censura para alejar el dolor de tu corazón. De mi relato, querida niña, quizá obtengas la instrucción, el consejo, pensado más para ejercitar tu mente que para influir sobre ella. Puede que la muerte me aparte de ti antes de que puedas sopesar mis advertencias o analizar mis razonamientos. Yo te guiaría entonces con amoroso desvelo para que muy pronto en la vida te forjaras el criterio básico que rigiese tus actos: el criterio que te librase de lamentarte en vano si, víctima de la indecisión, dejaras pasar la marea de la vida sin mejorarla ni disfrutarla. Adquiere experiencia —¡ay, adquiérela!— mientras valga la pena tenerla, y obtén la suficiente fortaleza para buscar tu propia felicidad; eso incluye tu provecho, por una vía directa. ¿Qué es demasiado a menudo la sabiduría, sino la lechuza de la diosa, que, abatida, se posa sobre un corazón desdichado?

Ella chilla a mi alrededor, pero yo invitaría a todas las vistosas currucas de la primavera a anidar en tu pecho floreciente. Si, cuando dejé de dudar sobre cómo debería haber actuado, no hubiera desperdiciado años enteros cavilando, puede que ahora fuese útil y feliz. Por mi bien —y advertida por mi ejemplo— muéstrate siempre como eres y no pasarás por la vida sin disfrutar de sus

auténticas bendiciones: el amor y el respeto.

»Nacida en una de las regiones más románticas de Inglaterra, un amor apasionado por los diversos encantos de la Naturaleza es el primer sentimiento que recuerdo o, más bien, la primera idea placentera que ocupó y forjó mi imaginación. Mi padre había sido capitán de un buque de guerra, pero, descontento con el ejército por el ascenso de hombres cuyo mérito principal eran sus contactos familiares o sus intereses en el municipio, se retiró al campo. Sin saber qué hacer con su vida, contrajo matrimonio. En su familia, para recuperar su preeminencia perdida, decidió mantener la misma pasiva obediencia que en los barcos que había comandado.

»Sus órdenes no podían discutirse y todos en la casa debíamos volar raudos a la voz de mando, como si se tratase de cuidar de los obenques o subirse a la arboladura en una lucha elemental a vida o muerte. Debía ser obedecido al instante, especialmente por mi madre, con la que se casó por amor, pero a la que no olvidaba de recordar sus obligaciones cuando ella osaba cuestionar en lo más mínimo su autoridad absoluta. Ciertamente, a mi hermano mayor, según iba creciendo, mi padre lo trataba con más respeto, y aquel se convirtió, como era de esperar, en el segundo tirano de la casa. Al ser el representante de mi padre y un ser privilegiado por la Naturaleza —un chico, y el favorito de mi madre—, no dejó de actuar como el único heredero. En efecto, tal era la extravagante predilección de mi madre que, por comparación, se diría que no quería al resto de sus hijos. A pesar de lo cual, ninguno de ellos parecía sentir tan poco afecto por ella como él. La extrema indulgencia de mi madre le había vuelto tan egoísta que solo pensaba en sí mismo, y pasó de martirizar a animales e insectos a convertirse en un déspota con sus hermanos, y más aún con sus hermanas.

»Tal vez resulte difícil describirte las insignificantes preocupaciones que ensombrecieron mi infancia: restricciones continuas en los asuntos más nimios, obediencia incondicional a órdenes que, no siendo más que una niña, pronto descubrí eran irracionales, por incoherentes y contradictorias. Ese es nuestro destino: sentir un poso de amargura al recordar nuestros placeres más inocentes.

»Las circunstancias que concurrieron durante mi niñez para forjar mi mente fueron variadas. No obstante, dado que probablemente me proporcionaría más placer revivir el débil recuerdo de mi alegría infantil del que a ti te supondría leerlo, no te pediré que te pierdas conmigo en la verde pradera para buscar las flores que las esperanzas juveniles esparcen en cada sendero; aunque, mientras escribo, casi puedo oler el verde frescor de la primavera, ¡de aquella primavera que no regresa jamás!

»Tenía dos hermanas y un hermano menores que yo. Mi hermano Robert

era dos años mayor, y se le podría calificar como el ídolo de mis padres y el tormento del resto de la familia. Tal es, en efecto, la fuerza del prejuicio, que lo que en él se consideraba brío e ingenio, en mí lo amonestaban como descaro. Mi madre tenía un carácter indolente que le impedía prestar mucha atención a nuestra educación. Pero la saludable brisa de un brezal cercano en el que brincábamos a placer disipaba los humores que pudiese producir cualquier comilona. Disfrutar del aire libre y de la libertad era el paraíso, después de las restricciones tan antinaturales de nuestro hogar, donde a menudo nos obligaban a permanecer sentados durante tres o cuatro horas junto a la chimenea, sin osar pronunciar palabra, cuando mi padre no estaba de buen humor, por falta de trabajo o de una diversión bulliciosa y variada. Sin embargo, yo contaba con una ventaja: un preceptor, el hermano de mi padre, que, destinado a entrar en la Iglesia, había recibido en consecuencia una educación liberal. Pero, al enamorarse de una joven de gran belleza y fortuna, entrar en contacto con el mundo y escuchar algunas opiniones que no estaban en consonancia con la profesión a la que iba encaminado, aceptó, con las mejores expectativas de éxito, la oferta de un noble para acompañarlo a la India en calidad de secretario personal.

»Mantuvo una correspondencia regular con su enamorada; las complejidades de los negocios, particularmente fatigosas para un hombre de temperamento romántico, contribuyeron, junto con la forzosa ausencia, a incrementar su amor. Cualquier otra pasión se diluía en la principal, y solo servía para aumentar su caudal. Soñaba que los familiares de ella, que lo habían despreciado, apoyarían uno por uno su alianza, y los cumplidos más refinados embellecerían el triunfo del amor. Mientras él se deleitaba en el cálido resplandor del amor, la amistad prometía asimismo esparcir su frescor de rocío, pues el amigo a quien más quería, casi tanto como a su amada, era el confidente que recibía las cartas de uno y otra y se las reenviaba para eludir la vigilancia de familiares entrometidos. Un falso amigo en circunstancias semejantes es, mi queridísima niña, una historia bien conocida. No obstante, no dejes que este ejemplo ni la fría cautela de los moralistas insensibles te hagan intentar sofocar las esperanzas que son como esos brotes que se abren espontáneamente en la primavera de la vida. Mientras tu corazón sea sincero, espera siempre encontrar otro henchido de los mismos sentimientos, pues huir del placer no implica evitar el dolor.

»Mi tío reunió, gracias a la buena suerte más que a su habilidad, una fortuna considerable y, al regresar a Inglaterra montado en las alas del amor, sumido en la más encantadora ensoñación para compartirla con su amada y su amigo, descubrió que estaban juntos. Ciertas circunstancias, que no es preciso referir, agravaban la culpa del amigo más allá de lo imaginable, y la traición, que se había consumado hasta el último momento, fue tan vil que afectó gravemente la salud y el ánimo de mi tío. Su patria, ¡el mundo!, que poco

antes había sido un jardín de florecientes primores, marchitos ahora por la traición, parecía haberse convertido en un árido desierto donde moraban pérfidas serpientes. La desilusión soliviantó su corazón y, mientras rumiaba sus males, fue atacado por una violenta fiebre, seguida de una depresión que no hizo sino dar paso a una permanente melancolía cuando recuperó algo las fuerzas.

»Puesto que había declarado su intención de no contraer matrimonio jamás, tenía a sus parientes constantemente a su alrededor, los cuales adulaban de la manera más burda a un hombre que, disgustado con la humanidad, los recibía con desprecio o con ácidos sarcasmos. Algo en mi rostro le agradó cuando comencé a balbucear. Desde su regreso, parecía haber renunciado al afecto, pero yo, mostrándole mi cariño inocente, pronto me convertí en su preferida. Yo intentaba ensanchar y fortalecer mi mente, y él me quería más a medida que empezaba a compartir sus sentimientos. Tenía una forma de hablar rotunda, acentuada por cierta impresionante fiereza en el gesto y la mirada, calculada para captar la atención de una mente joven y ardiente. Por lo tanto no es de extrañar que enseguida yo adoptase sus opiniones y lo reverenciase como a un ser superior. Él me inculcó con gran cariño el respeto a uno mismo y una justa conciencia de actuar correctamente, con independencia de la censura o el aplauso del mundo. Más aún, me enseñó casi a desafiar e incluso desdeñar las críticas de la sociedad cuando estuviese convencida de la rectitud de mis intenciones.

»En su afán por demostrarme que no existía en el mundo nada que mereciese llamarse “amor” o “amistad”, hacía unos retratos tan vivos de sus sentimientos —a los que la desilusión había vuelto permanentes— que los grabó con fuerza en mi corazón e hizo que animaran mi imaginación. Estas observaciones son necesarias para aclarar algunas particularidades de mi carácter que el mundo califica vagamente de “románticas”.

»El creciente afecto de mi tío le llevaba a visitarme a menudo. Sin embargo, incapaz de quedarse en lugar alguno, no permanecía en el campo lo suficiente como para suavizar la tiranía que sufría en mi casa. Me compraba libros, por los que yo sentía auténtica pasión, y estos, sumados a su conversación, me hicieron forjarme una imagen ideal de la vida. Omitiré la tiranía de mi padre, por más que me hiciese padecer, pero he de decir que minó la salud de mi madre, cuyo temperamento, crispado constantemente por disputas domésticas, se volvió insoportablemente desabrido.

»Mi hermano mayor trabajaba de aprendiz para un abogado de la vecindad, el hombre más astuto y, debo añadir, más falto de principios de esa región del país. Puesto que mi hermano solía venir a casa todos los sábados para impresionar a mi madre con la exhibición de sus logros, poco a poco fue adquiriendo el derecho a gobernar sobre toda la familia, incluido mi padre.

Parecía hallar un placer especial en el hecho de atormentarme y humillarme y, si alguna vez osaba quejarme de su trato a mi padre o a mi madre, ellos me desairaban con brusquedad por atreverme a juzgar la conducta de mi hermano mayor.

»Por esta época vino a establecerse en nuestro vecindario la familia de un comerciante. Habían estado acondicionando durante toda la primavera una casa solariega en el pueblo, recientemente adquirida, y la visión del suntuoso mobiliario, traído de Londres, había suscitado la envidia de mi madre y despertado el orgullo de mi padre. Mis sensaciones eran muy distintas, y todas placenteras. Anhelaba ver a personajes nuevos, romper la tediosa monotonía de mi vida y encontrar una amiga como la que había representado en mi fantasía. Así pues, no puedo describir la emoción que sentí el domingo en que esa familia hizo su aparición en la iglesia. Tenía la mirada fija en la columna cerca de la cual esperaba vislumbrarlos por primera vez, y la desplacé rápidamente para ver a un criado que precedía presuroso a un grupo de damas, cuyos blancos ropajes y ondeantes plumas parecían flotar por la lóbrega nave lateral, esparciendo la luz que me permitía contemplar sus figuras.

»Les hicimos una visita formal y rápidamente elegí a la hermana mayor como mi amiga. El hijo segundo, George, me prestaba especial atención y, al descubrir que sus conocimientos y modales superaban a los de los jóvenes del lugar, comencé a imaginármelo superior al resto de la humanidad. Si mi ambiente familiar hubiese sido más distendido, o de haber tenido más amigos, probablemente no habría estado tan ansiosa por abrir mi corazón a nuevos afectos.

»El señor Venables, el comerciante, había amasado una gran fortuna gracias a su infatigable dedicación a los negocios, pero, cuando su salud empezó a empeorar rápidamente, se vio obligado a jubilarse antes de que su hijo, George, hubiese adquirido la suficiente experiencia como para poder dirigir los negocios familiares con la misma cautela con la que su padre había actuado invariablemente. De hecho, había luchado por deshacerse de su autoridad despreciando sus planes estrictos y sus prudentes especulaciones. Al hermano mayor no lograron convencerle para entrar a formar parte de la empresa y, por complacer a su mujer y tener la casa en paz, el señor Venables le había comprado un rango en la guardia militar.

»Estoy hablando de circunstancias que llegaron a mi conocimiento mucho tiempo después, pero es preciso, mi querida niña, que conozcas el carácter de tu padre para no despreciar a tu madre, la única dispuesta a cumplir con su deber parental. En Londres, George había adquirido hábitos libertinos que se cuidaba de ocultar a sus padres y a sus contactos comerciales. La máscara que portaba cubría de tal forma su verdadero rostro que las alabanzas que su padre prodigaba sobre su conducta y —¡pobre inocente!— sobre sus principios,

comparándolos con los de su hermano, hacían que el interés que mostraba por mí resultase especialmente halagador. Sin ningún propósito determinado — ahora estoy convencida de ello—, continuaba eligiéndome en el baile, me apretaba la mano al despedirse y murmuraba expresiones de vaga pasión, que yo llenaba de un significado inspirado espontáneamente por la naturaleza romántica de mis pensamientos. Su estancia en el campo fue corta y sus modales no acabaron de complacerme, pero cuando nos dejó, los colores de la imagen que me hice de él se volvieron más vívidos. ¿Adónde no me dejaría llevar por la imaginación? En fin, me creí enamorada, enamorada del desinterés, fortaleza, generosidad, dignidad y benevolencia de los que había revestido al héroe al que había nombrado caballero. Un hecho que aconteció poco después hizo patentes todas estas virtudes. Este incidente quizá merece ser contado por más razones, así que lo describiré con la mayor claridad:

»Yo sentía un gran afecto por mi niñera, la vieja Mary, a la que solía ayudar para que no se le cansase la vista. Mary tenía una hermana menor, casada con un marinero, en la época en que me amamantaba (pues mi madre dio el pecho únicamente a mi hermano mayor, lo cual podría ser la causa de la extremada predilección que sentía por él). Peggy, la hermana de Mary, vivió con ella hasta que su marido, al convertirse en oficial de un mercante de las Antillas, consiguió un pequeño anticipo. Tras su viaje más exitoso, escribió a su mujer desde el primer puerto del Canal pidiéndole que fuese a Londres para reunirse con él. Deseaba incluso que ella se decidiese a vivir allí en el futuro para ahorrarse la molestia de ir a buscarle cada vez que desembarcara; además, Peggy podía ganarse un dinero regentando un puesto de verduras. A su marido le resultaba demasiado fatigoso emprender un viaje justo después de haber terminado una travesía, y cincuenta millas por tierra eran peores que mil leguas por mar.

»Peggy empaquetó todas sus pertenencias y se fue a Londres, pero no se reunió con el honrado Daniel. Una desgracia común se lo impidió, y los pobres están obligados a sufrir por el bien de su país: obligaron a embarcar a su marido, y nunca llegó a la costa. Peggy era infeliz en Londres, pues — como ella decía— no «era capaz de reconocer a nadie». Además, venía de imaginarse el mes o mes y medio de felicidad que pasaría junto a su marido. Daniel tenía previsto ir con ella a las fuentes de Sadler, a la Abadía de Westminster y a otros muchos lugares del país de los que sabía que ella nunca había oído hablar. Peggy también era muy austera, mas, ¿cómo podría arreglárselas sola para poner en práctica ese plan? Daniel tenía amigos, pero ella no sabía sus nombres ni dónde vivían. Las cartas de él consistían en “¿Cómo estás?” y “Que Dios te bendiga”, pues se reservaba la información para el momento del encuentro.

»Ella también guardaba sus secretos muy cerca del corazón. Molly y Jacky

iban convirtiéndose en unas criaturas tan encantadoras que a Peggy casi le enojaba que su padre no viese sus travesuras. No disfrutaba de sus balbuceos ni la mitad de lo que lo hubiera hecho si por las noches pudiese haber contado a su marido los tiernos chapurreos de sus hijas. Sin embargo, le reservaba algunas historias. Jacky podía decir “papá” con una voz tan dulce que a él le hubiese emocionado. Mas cuando llegaba y no encontraba a ningún Daniel que la recibiese y Jacky llamaba a su papá, Peggy lloraba, diciendo: “¡Dios bendiga su inocente alma, que no conoce el dolor!”. Pero un dolor aún mayor aguardaba a Peggy, inocente como era. Mataron a Daniel en el primer combate y entonces ese papá se convirtió en una agonía que resonaba constantemente en su corazón.

»Ella había vivido modestamente del salario de Daniel mientras hubo alguna esperanza de que regresara, pero, cuando esta se esfumó, volvió con el corazón roto al campo, a una pequeña ciudad mercantil situada a unas tres millas de nuestro pueblo. No le agradaba la idea de ponerse a servir y sentirse constantemente desairada, después de haber sido su propia ama. Dejar a sus hijas con una niñera era imposible —¿cuánto le cobrarían por eso?— y enviarlas a la región de su marido, que estaba lejos de allí, significaba perderlo por segunda vez.

»Todo esto lo supe por Mary, e hice que mi tío proporcionase a su hermana una casita que le permitiese vender —tan sagrado era el consejo del pobre Daniel, ahora que estaba muerto y ausente— un poco de fruta, juguetes y pasteles. El ocuparse de la tienda no requería todo su tiempo, ni siquiera cuidando, además, de sus hijas, así que aceptó trabajar de lavandera y con ello pudo ganar el pan de sus pequeñas, mientras aún lloraba cuando las miradas cómplices de Jacky le hacían pensar en las de su padre. Le agradaba trabajar por sus hijas. “Sí, desde la mañana hasta la noche, ¡si tan solo pudiese tener un beso de su padre! ¡Dios lo acoja en su seno!” Sí, si la Providencia hubiese querido dejarle volver sin un brazo o una pierna, a ella no le hubiese importado, no lo amaba porque las mantuviese, no. Para eso ella contaba con sus propias manos.

»La gente del campo era honrada, y Peggy tendía la ropa fuera muy tarde, así que supuso que fue un pelotón de reclutamiento que pasaba por allí el que robó una gran colada que le desapareció por completo, incluyendo lo poco que pertenecía a ella y a sus hijas. Fue un golpe muy duro: dos docenas de camisas, medias y pañuelos. Dio el dinero que había guardado para el arriendo de medio año, prometió pagar dos chelines por semana hasta acabar de saldar la deuda y así no perdió su empleo. Esos dos chelines semanales y la compra de lo indispensable para las niñas la dejaron en una situación tan desesperada que no tenía un penique con el que pagar su arriendo, cuando debía la renta de un año.

»En ese momento, Peggy se encontraba con Mary; acababa de contarle su historia, y, a continuación, Mary me la repitió a mí, pues a mí iba destinada. Muchas de las casas de esta ciudad que proporcionaban ventajas en el municipio estaban incluidas en las propiedades adquiridas por el señor Venables, y el abogado con quien vivía mi hermano fue nombrado su representante para cobrar y recaudar los arriendos. Así pues, le reclamó el suyo a Peggy y, a pesar de sus súplicas, sus humildes bienes fueron embargados y vendidos, de modo que no tenía (y, lo que era peor, sus hijas tampoco, pues ella ya había pasado muchas miserias), una cama en la que dormir. Sabía que yo era de natural bondadoso y caritativo; no obstante, no gustándole pedir más de lo que las necesidades imponen, se negó a hacerlo mientras se pudiera hacer esperar de algún modo a los acreedores. Pero ahora, si la echaban a la calle, perdería a todos sus clientes y se vería obligada a mendigar o morir de hambre. ¿Qué sería de sus hijas? “Si no hubieran reclutado a Daniel (aunque Dios sabe lo que mejor conviene), nada de esto habría sucedido”.

»Yo tenía dos colchones en mi cama; ¿para qué quería tantos, cuando alguien tan valioso debía dormir en el suelo? Mi madre se enfadaría, pero yo podría ocultarlo hasta que bajase mi tío y entonces le contaría toda la verdad. Si él me perdonaba, el Cielo también lo haría. Rogué a la criada que me acompañase al piso de arriba (los criados siempre se compadecen de las desgracias de los pobres, y lo mismo harían los ricos si supieran lo que son). Me ayudó a atar el colchón, y en ese momento descubrí que con una sola manta me arreglaría hasta el invierno si podía convencer a mi hermana, que dormía conmigo, de que me guardara el secreto. Al entrar ella justo cuando estábamos empaquetando, le di unas cuantas plumas nuevas para hacerla callar. Bajamos el colchón por la escalera de atrás sin que nadie se diera cuenta. Ayudé a Peggy a cargarlo, llevando conmigo todo el dinero que tenía y el que pude tomar prestado de mi hermana.

»Cuando llegué a la casita, Peggy dijo que no aceptaría lo que había traído en secreto, pero, cuando, con la apremiante elocuencia inspirada por un fin justo, le agarré la mano con lágrimas en los ojos asegurándole que mi tío me libraría de cualquier culpa cuando regresara, y le describí lo mucho que sufriría al separarse de sus hijas tras impedir durante tanto tiempo que fueran enviadas a un hospicio, acabó consintiendo.

»Mi proyecto de hacer algo provechoso no terminó aquí. Decidí hablar con el abogado. Él solía hacerme cumplidos. Su carácter no me intimidaba, pero, imaginando que Peggy debía de estar equivocada y que ningún hombre podía hacer oídos sordos a una historia tan compleja y desgraciada, decidí bajar a la ciudad con Mary al día siguiente, rogarle que esperase a recibir el arriendo y guardase el secreto hasta que volviese mi tío.



»Dormí plácidamente, me desperté con la primera luz del día y me encaminé llena de alegría a casa de Mary. ¡Qué encanto no esparcirá sobre la Naturaleza un corazón radiante! Cada pájaro que trinaba en un arbusto, cada flor que adornaba el seto parecían estar allí para despertar en mí una especie de éxtasis, sí, de éxtasis. El momento estaba repleto de dicha y no dediqué ni un pensamiento al futuro, excepto al de anticipar mi éxito con el abogado.

»Este hombre de mundo, de rostro rosado y rasgos afectados, me recibió cortés, o más aún, amablemente. Escuchó con suficiencia mis protestas, aunque apenas prestó atención a las lágrimas de Mary. Yo no sospechaba entonces que mi elocuencia residiese en mi figura —el rubor de los diecisiete años— ni que, en un mundo donde el trato humano a las mujeres es lo que caracteriza a las civilizaciones avanzadas, la belleza de una muchacha resultase mucho más interesante que el infortunio de una mujer mayor. Mientras me apretaba la mano, me prometió dejar que Peggy permaneciera en la casa tanto tiempo como yo desease. Yo le respondí apretando la suya con más fuerza si cabe, tan agradecida y feliz me sentía. Envalentonado por mi inocente entusiasmo, me besó, y no retrocedí, pues lo tomé por un beso de caridad.

»Más contenta que unas pascuas, fui a cenar a casa del señor Venables. Había obtenido previamente de mi padre cinco chelines para comprar ropa nueva a los niños pobres a quienes cuidaba, y convencí a mi madre para que me dejase llevar a una de las niñas a casa, a la que decidí enseñar a leer y trabajar.

»Tras la cena, cuando los comensales más jóvenes se retiraron a la sala de música, relaté apasionadamente mi historia, es decir, hablé de la desgracia de Peggy sin mencionar los pasos que había dado para socorrerla. La señora Venables me dio media corona y el heredero cinco chelines, pero George permaneció sentado sin moverse. Esta cruel decepción me dolió tan profundamente que apenas pude permanecer en mi silla. De haber podido salir de la habitación, habría vuelto corriendo a casa, como huyendo de mí misma. Tras varios intentos en vano por levantarme, apoyé la cabeza contra la repisa de mármol de la chimenea y, con la mirada fija en las plantas que adornaban el salón, reflexioné sobre la vanidad de las esperanzas humanas sin preocuparme de mis acompañantes. Me apartó de esta reflexión un ligero toque en el hombro desde detrás de la silla de Charlotte. Volví la cabeza, y George deslizó en el interior de mi mano una guinea mientras se llevaba el dedo a los labios para ordenarme silencio.

»¡Qué revolución se produjo, no solo en mis reflexiones, sino también en mis sentimientos! Me estremecí de emoción. En ese momento sentí que estaba enamorada. ¡Y qué delicadeza la suya, que aumentaba aún más su caridad! Me palpaba el bolsillo cada cinco minutos, no más que para sentir la guinea, y ese

mágico contacto invistió a mi héroe de algo más que belleza mundana. Mi imaginación había encontrado un pilar sobre el que erigir su modelo de perfección, y rápidamente se puso a trabajar con la alegre credulidad de la juventud para deducir que ese corazón, que solo había seguido un impulso virtuoso, estaba consagrado a la virtud. La amarga experiencia que me enseñó cuán distintos son los principios de la virtud respecto a los sentimientos casuales que los originan aún estaba por llegar.

## CAPÍTULO VIII

»Tal vez me haya detenido demasiado en una circunstancia que solo es importante por cuanto supone el inicio de una decepción que ha resultado fatal para mi sosiego. Dicha circunstancia tiene que ver con una pobre muchacha a la que, intentando ayudar, llevé a la ruina. Sin embargo es probable que yo no fuese del todo víctima del error y que tu padre, cada vez más versado en el mundo, no se convirtiese enseguida en eso que no me atrevo a llamarle por respeto a mi hija. Pero, para pasar rápidamente a las escenas más turbulentas de mi vida, te diré que el señor Venables y mi madre murieron el mismo verano, y tan pendiente estaba yo de cuidarla, que apenas pensaba en otra cosa. El desinterés de su hijo predilecto, mi hermano Robert, afectó gravemente a su debilitada mente, pues, aunque puede que a los chicos se les considere los pilares de una casa sin puertas, las muchachas son a menudo los únicos consuelos que hay dentro. Las hijas arruinan con frecuencia su salud y su humor cuidando de un padre moribundo que las deja en una relativa pobreza. Tras cerrar con piedad filial los ojos de su padre, se las echa de la casa paterna con el fin de dejar sitio al primogénito, quien debe perpetuar el apellido familiar. Aunque, ocupado en sus propios placeres, el hijo mayor rara vez intenta saldar, en el ocaso de la vida de sus padres, la deuda contraída en su niñez. La conducta de mi madre me llevó a hacer estas reflexiones. Pese a la gran fatiga que soportaba y al cariño que traslucía mi incesante solicitud, de los cuales mi madre parecía plenamente consciente, cuando mi hermano —a quien yo apenas podía convencer para que permaneciese un cuarto de hora en la habitación de nuestra madre— se quedó a solas con ella, poco antes de su muerte, ella le dio un pequeño cofre con dinero que había ido ahorrando durante años.

»Durante la enfermedad de mi madre me vi obligada a lidiar con el mal humor de mi padre que, por el carácter prolongado de la dolencia de su mujer, empezó a imaginar que era un producto de su fantasía. Por esta época, una astuta criada de más rango atrajo la atención de mi padre, y los vecinos comenzaron a hablar de las joyas y ropas, obtenidas de modo no muy honesto,

que aquella exhibía en el servicio de noche. Pero yo estaba demasiado ocupada con mi madre para observar cualquier cambio en su forma de vestir o comportarse, o escuchar las murmuraciones que hablaban de un escándalo.

»No me explayaré en la escena de mi madre en su lecho de muerte, aun cuando su recuerdo siga tan vivo, ni en la emoción que me produjo su fría mano cuando me apretó por última vez. Al bendecirme, añadió: “¡Un poco de paciencia y todo habrá acabado!”. ¡Ay, mi niña!, cuántas veces esas palabras han resonado tristemente en mis oídos y he exclamado: “¡Un poco de paciencia, y yo también descansaré!”.

»Mi padre quedó muy afectado por su muerte, recordó los momentos en que no había sido bueno con ella y lloró como un niño.

»Mi madre había recomendado solemnemente que mis hermanas quedasen a mi cuidado y me mandó ser una madre para ellas. Mi amor por mis hermanas aumentó a medida que crecía su desamparo, pues durante la enfermedad de mi madre descubrí que mi padre estaba arruinado y que solo había logrado salvar las apariencias gracias al dinero que le pedía prestado a mi tío. El dolor de mi padre disminuyó rápidamente (así como la consiguiente ternura hacia sus hijos), con lo que la casa se hizo aún más lóbrega y caótica. Yo me refugiaba del desconsuelo en casa del señor Venables, donde el joven abogado había ocupado el lugar de su padre y dejaba a su hermana, por el momento, presidir la mesa. George, aunque insatisfecho con su parte de la fortuna, que hasta hacía poco se había invertido íntegramente en el comercio, visitaba a la familia como de costumbre. Su mente estaba llena de especulaciones comerciales, y la preocupación empezó a ensombrecer su frente. Su interés por mí parecía haber disminuido cuando la presencia de mi tío produjo un nuevo cambio en su comportamiento. Yo era demasiado confiada, demasiado desinteresada, para intentar averiguar el origen de esos cambios.

»Mi casa se me hacía más y más desagradable cada día. Mi libertad se restringió innecesariamente y me quitaron mis libros con el pretexto de que me hacían indolente. La amante de mi padre quedó embarazada y él, que la idolatraba, toleraba o hacía la vista gorda a su burda manera de tiranizarnos. Yo me indignaba, especialmente cuando percibí sus intentos de atraer —¿o debería decir seducir?— a mi hermano menor. La sociedad convierte a las mujeres en monstruos, al no permitirles más que una única vía de ascenso (incitar el libertinaje de los hombres), y entonces sus vicios innobles se presentan como prueba de su inferioridad intelectual.

»Apenas puede describirse la situación tan penosa en la que me encontraba. Aunque mi vida no había transcurrido en la mejor sintonía con mi madre, era el paraíso en comparación con la que estaba destinada a soportar con la amante de mi padre, celosa de su ilegítima autoridad. La anterior

ternura ocasional de mi padre, pese a su fuerte temperamento, había sido un consuelo para mí, pero ahora solo me dirigía reproches o miradas de desaprobación. El ama de llaves, como se la llamó a partir de entonces, era la vulgar déspota de la familia y, asumiendo el nuevo rol de dama elegante, nunca pudo perdonar el desprecio que a veces se reflejaba en mi rostro cuando pronunciaba de manera rimbombante en su mal inglés o cuando fingía estar bien educada.

»Me atreví a abrirle mi corazón a mi tío que, con su acostumbrada generosidad, empezó a pensar de qué manera podría sacarme de mi triste situación. A pesar de su decepción, o más probablemente, movido por los sentimientos que habían quedado petrificados, mas no enfriados, en todo su ímpetu, como un torrente de ardiente lava precipitándose hacia el mar, pensó en un matrimonio de mutuo consentimiento —si los envidiosos astros lo permitían— como la única oportunidad de ser feliz en este mundo aciago. George Venables tenía reputación de prestar mucha atención a sus negocios, y el ejemplo de mi padre hacía que esta circunstancia tuviera una gran importancia, pues imaginaba que los hábitos de orden en los negocios se extenderían a la regulación de los sentimientos en la vida doméstica. George rara vez hablaba en presencia de mi tío, excepto para hacer alguna pregunta breve y juiciosa o alguna observación pertinente, con la deferencia debida a un entendimiento superior. De modo que mi tío pocas veces se marchaba sin comentar que aquel joven albergaba más cosas de las que la gente suponía.

»No era el único que pensaba así. No obstante, créeme —y en esto no me ciega el resentimiento—, esas intervenciones tan ponderadas, esa silenciosa deferencia, cuando el ánimo impetuoso de otros jóvenes parecía estar en ebullición, no eran resultado de la inteligencia ni de la humildad, sino pura aridez mental y falta de imaginación. Un potro de temperamento ambicioso se encabritará y demostrará sus aptitudes. Sí, mi querida niña, esos jóvenes carecen del fuego necesario para desarrollar sus aptitudes, y se los considera sabios únicamente porque no son estúpidos. Es cierto que yo de ningún modo sentía tanta predilección por George como durante el primer año de conocernos. Sin embargo, comoquiera que a menudo nuestras opiniones coincidían y sus sentimientos me recordaban en cierto modo a los míos, escuché complacida la propuesta de mi tío, aunque pensaba más en alcanzar mi libertad que en mi enamorado. Cuando George, aparentemente deseoso de hacerme feliz, me apremió para abandonar mi dolorosa situación, mi corazón se colmó de gratitud. Yo ignoraba que mi tío le había prometido cinco mil libras.

»Si este hombre verdaderamente generoso me hubiese mencionado su intención, yo habría insistido en que se asignasen mil libras a cada una de mis hermanas. George lo habría impugnado, yo me hubiera dado cuenta de su alma

egoísta y, ¡Dios misericordioso!, me habría ahorrado el dolor de descubrir demasiado tarde que estaba atada a un miserable sin corazón ni principios. Todos mis planes de ser útil a los demás no se habrían malogrado. La ternura de mi corazón no habría excitado mi fantasía con visiones de la inefable dicha de un amor feliz, ni se habría truncado tan cruelmente el dulce deber de una madre. Mas no he de permitir que el vano remordimiento socave la fuerza que tanto me ha costado adquirir. Antes de pasar a describirte las turbias aguas en las que tuve que adentrarme, permíteme proclamar exultante que todo aquello pasó y que mi alma ya no le guarda ningún afecto. Él cortó el nudo gordiano que mis principios —unos principios equivocados— respetaban. Él disolvió el lazo, o mejor, las cadenas, que me roían las entrañas, y eso debería alegrarme, consciente como soy de que mi mente es de nuevo libre, aunque esté encerrada en el mismo infierno, único lugar que la fantasía puede imaginar más espantoso que mi morada actual.

»Estas emociones tan cambiantes no me dejarán proseguir. Lanzo suspiro tras suspiro y, pese a ello, mi corazón sigue sufriendo. ¿Qué me tiene reservado el destino? ¿Por qué no nací hombre, o, simplemente, por qué nací?

## CAPÍTULO IX

»Retomo la pluma para escapar de mis pensamientos. Me casé, y al poco nos trasladamos a Londres. Yo me había propuesto llevarme conmigo a una de mis hermanas, pues uno de los principales motivos para contraer matrimonio era el deseo de tener un hogar en el que poder acogerlas, ahora que el suyo se había vuelto tan incómodo que no merecía ese apelativo tan gozoso. George hizo una objeción —que parecía sincera— a que una de ellas me acompañase y, contra mi voluntad, accedí. Sin embargo, era libre de llevarme conmigo a Molly, la hija de la pobre Peggy. Londres y el ascenso social son ideas que por lo general van asociadas en el campo, y Molly, más radiante que un sol, se despidió de su madre con lágrimas en los ojos. Yo ni siquiera me sentí herida porque no se me permitiese llevar a mi hermana hasta que, al enterarme de lo que mi tío había hecho por mí, cometí la ingenuidad de pedir a mi marido, mientras le hacía un relato apasionado de cuál era la situación de mis hermanas, que les diese mil libras a cada una, lo cual me parecía simplemente de justicia. Él, dándome un beso, me preguntó si había perdido el juicio. Retrocedí como si hubiese encontrado una avispa en un rosal. Protesté, él hizo un gesto de desprecio y el demonio de la discordia entró en nuestro paraíso para envenenar con su pestífero aliento cualquier incipiente alegría.

»En ocasiones había observado defectos en la inteligencia de mi marido,

pero, confundida por la opinión imperante de que una buena predisposición es crucial en la vida conyugal, a medida que yo percibía las limitaciones de su entendimiento, mi fantasía ensanchaba los márgenes de su corazón. ¡Error fatal! ¡Cuán rápidamente la tan elogiada transparencia de carácter se torna hiel al entrar en contacto con el mundo, si no hay fluidos más generosos que sustenten la fuente de donde brota la virtud!

»Uno de los rasgos de mi carácter era una extrema credulidad, pero, una vez abrí los ojos, vi con toda claridad lo que antes había pasado por alto. Mi marido había perdido de repente gran parte de mi estima, aunque hay sentimientos en la juventud que salvan el abismo entre el amor y la amistad. Además, hubo de transcurrir algún tiempo hasta que pude ver su carácter bajo una luz diferente, o hasta que este se reveló ante mis ojos. Si las circunstancias desarrollaron mis facultades y perfeccionaron mi gusto, el comercio y los placeres más burdos cerraron los suyos a cualquier eventual progreso, hasta el punto de que, al borrarse cualquier destello de virtud en su interior, comenzó a imaginar que esta no existía en ninguna parte.

»No me dejes inducirte a error, mi niña, no pretendo afirmar que cualquier ser humano es totalmente incapaz de sentir las emociones generosas que son el fundamento de cualquier principio auténtico de virtud. Pero mucho me temo que con frecuencia son tan débiles que, como la cualidad inflamable que en mayor o menor grado anida en todos los cuerpos, a menudo permanecen por siempre latentes cuando no se dan las circunstancias necesarias para su materialización. No obstante, descubrí por casualidad que, como resultado de ciertas pérdidas comerciales (consecuencia lógica de su deseo especulador por acaparar rápidamente riquezas), las cinco mil libras que me dio mi tío habían llegado en un momento muy oportuno. Este descubrimiento, por extraño que parezca, me complació. Los apuros de mi marido me hicieron ser más comprensiva. Me alegraba encontrar una excusa para su comportamiento hacia mis hermanas, y mi mente se calmó un tanto.

»Mi tío me introdujo en algunos círculos literarios, y los teatros constituían para mí una fuente inagotable de entretenimiento. Fascinada, mi mirada seguía a la señora Siddons cuando, con solemne delicadeza, interpretaba a Calista, y mi boca repetía sin querer, en el mismo tono y con un interminable suspiro: “Corazones como los nuestros se emparejaron... juntos, pero no unidos”.

»Al principio eran emociones espontáneas, aunque, al conocer a hombres de ingenio y modales refinados, a veces no podía evitar arrepentirme de haberme casado demasiado pronto y, en mi urgencia por escapar de una dependencia definitiva y extender unas alas que por fin me permitían volar en un cielo desconocido, haber caído en una trampa y quedar encerrada de por vida. No obstante, la novedad de Londres y las atenciones de mi marido, pues él me tenía una cierta estima, hicieron que transcurriesen varios meses sin

darme cuenta. A pesar de ello, no olvidaba la situación de mis hermanas, muy jóvenes aún, y convencí a mi tío para que asignase mil libras a cada una y les encontrase acomodo en una escuela próxima a la ciudad, donde podía visitarlas con frecuencia u hospedarlas en mi casa.

»Por entonces trataba de perfeccionar el gusto de mi marido, pero teníamos pocos temas en común. En efecto, pronto empezó a encontrar poca satisfacción en mi compañía, excepto cuando me insinuaba el uso que podía hacer de la riqueza de mi tío. Cuando estábamos con gente, me disgustaba su ostentación de riquezas, y a menudo me iba de la habitación para no escuchar sus descabelladas historias sobre dinero obtenido en golpes de suerte.

»Pese a mi atención y afectuoso interés, sentía que no podría convertirme en su amiga o confidente. Todo lo que sabía sobre sus asuntos lo averiguaba por accidente, y en vano intentaba iniciar, junto al fuego de nuestro hogar, esa conversación puramente social que a menudo hace que dos personas de caracteres diferentes lleguen a quererse. Al volver del teatro, o de cualquier fiesta entretenida, con frecuencia comenzaba a contarle lo que había visto y lo que me había gustado más, pero él, arisco y taciturno, pronto me ordenaba callar. Así pues, sentía que en su compañía iba perdiendo gradualmente el alma y las energías de lo que poco antes había estado activo. De hecho, tanto me afectaba su actitud fría y reservada que, cuando pasaba algunos días a solas con él, me veía a mí misma como el ser más estúpido del mundo, hasta que el ingenio de algún visitante ocasional me convencía de poseer cierta vivacidad latente y sentimientos que estaban por encima del lodo en el que había estado arrastrándome. Hasta el rostro de mi marido cambió: su tez se volvió cetrina y todos los encantos juveniles se desvanecieron junto con su viveza.

»Te describo un breve panorama de la situación, pero estos procesos y cambios comprendieron un periodo de cinco años, durante el cual yo había sonsacado a mi tío, contra mi voluntad, varias sumas de dinero para salvar a mi marido —empleando sus propias palabras— de la destrucción. Al principio fue para evitar que las cuentas se hiciesen públicas y arruinasen su reputación; después, para pagar su fianza, y, posteriormente, para impedir que nos embargasen la casa. Por fin comenzaba a darme cuenta de que él se habría esforzado más por salir de esa situación de no haber dependido de mí (tan cruel era la tarea que me impuso), y tomé la firme determinación de no buscar más pretextos.

»Desde el momento en que le comuniqué mi decisión, su indiferencia se convirtió en brusquedad, o en algo peor. Ahora rara vez cenaba en casa, y casi siempre volvía a casa a altas horas de la noche, completamente ebrio. Me cambié de habitación. Me alegré, lo confieso, de huir de la suya, pues la intimidad sin amor me parecía la situación más degradante y dolorosa en la que puede encontrarse una mujer de cualquier condición, por no hablar de lo

especialmente delicada que resulta para una sensibilidad acentuada. Pero la afición de mi marido por las mujeres era del tipo más grosero, y la imaginación quedaba tan absolutamente excluida de esta cuestión que sus licencias en este aspecto se convirtieron en algo enteramente promiscuo y de una naturaleza extremadamente brutal. Mi salud se resentía antes de que el conocimiento de esas prácticas repugnantes lo alejase por completo de mi corazón. ¿De qué otra forma podría haber vuelto entonces a sus brazos corrompidos, sino como la víctima de los prejuicios de la humanidad, que ha hecho que las mujeres sean propiedad de sus maridos? Incluso llegué a oírle decir, cuando estaba ebrio, que sus favoritas eran fulanas de la más baja condición, quienes, con sus risotadas vulgares e indecentes —que él llamaba “espontáneas”— podían despertar su ánimo embotado. Se requerían adornos y ademanes postizos para atraer su atención. Rara vez miraba dos veces a una mujer recatada y permanecía callado en su presencia. Los encantos de la juventud y la belleza no tenían el menor efecto sobre sus sentidos, a menos que sus poseedoras estuvieran iniciadas en el vicio. Sus relaciones con mujeres libertinas y su manera de pensar lo llevaban a despreciar las cualidades femeninas. Solía repetir, cuando el vino le soltaba la lengua, la mayoría de los manidos sarcasmos dedicados a las mujeres por hombres que no se permiten pensar, pues eso constituiría un impedimento para la más burda diversión. Los hombres que son inferiores a sus congéneres siempre están ansiosos por demostrar su superioridad sobre las mujeres. Pero ¿adónde me llevan estas reflexiones?

»A las mujeres que han perdido el cariño de su marido se las reprende justamente por descuidarse y no poner el mismo empeño en mantener ese amor que en conquistarlo. Pero ¿quién piensa en dar ese mismo consejo a los hombres, aunque las mujeres son continuamente estigmatizadas por su afición a los petimetres y, por la propia naturaleza de su educación, tienen más propensión a sentir rechazo? No obstante, no puedo entender por qué debería esperarse que una mujer soportase a alguien desaliñado con más paciencia que un hombre y se gobernase con magnanimidad, a menos que se considere arrogante el hecho de exigir respeto además de sustento. No es fácil ser complacidas, porque, tras prometer amar en diferentes circunstancias, se nos dice que ese es nuestro deber. Yo no puedo, lo sé —aunque al cuidar a enfermos nunca he sentido asco—, olvidar mis propios sentimientos cuando me he levantado llena de salud y buen ánimo y, tras respirar el frescor de la mañana, me he puesto a desayunar con mi marido. La actividad que había desplegado en las tareas domésticas, que solían estar listas antes de que él se levantara, o un paseo daban un rubor a mi rostro que contrastaba con su aspecto desagradable. Sus náuseas, provocadas por los excesos de la noche anterior —que no se esforzaba en ocultar— me quitaban el apetito. Me parece estar viéndole repantigado en un sillón, con un sucio guardapolvo, un pijama



mugriento, las medias sin ligas y el pelo enmarañado, bostezando y desperezándose. Si no se le traía en la bandeja del té, reclamaba inmediatamente el periódico, del que apenas alzaba los ojos excepto para pedir algo de brandy o decir que no podía comer. Como respuesta a cualquier pregunta, con su mejor humor, se limitaba a repetir lentamente: “¿Qué dices, niña?”, mas cuando le pedía dinero para los gastos domésticos, cosa que posponía hasta el último momento, su respuesta habitual era: “¿Cree la señora que el dinero me sale por las orejas?”. El carnicero, el panadero debían esperar y, lo que era peor, a menudo me veía obligada a presenciar cómo despedía con cajas destempladas a comerciantes que necesitaban el dinero que se les debía y a quienes yo a veces pagaba con los regalos que me hacía mi tío.

»A todo esto, la amante de mi padre le convenció de que se casaran, haciéndole temer por su conciencia. Él ya se había hecho metodista y mi hermano, que ejercía por su cuenta, había descubierto un fallo en el acuerdo legal sobre los hijos de mi madre que lo invalidaba, y le concedió a mi padre, cuya angustia le hacía conformarse con cualquier cosa, un décimo de su, o mejor dicho, de nuestra fortuna.

»Mis hermanas habían dejado la escuela, pero eran incapaces de soportar la vida en esa casa, que la mujer de mi padre hacía tan desagradable como le era posible, a fin de librarse de unas niñas a las que consideraba espías de sus actos. Estaban muy capacitadas, pero apenas puedes imaginar —¡ojalá nunca te veas reducida a ese estado de indigencia!— lo que me costó encontrarles acomodo como institutrices, el único puesto en el que una mujer bien educada y con más aptitudes que las ordinarias puede luchar por ganarse un sustento, e incluso este es un trabajo considerado casi de ínfima categoría. ¿Es, pues, de extrañar que tantas mujeres desamparadas, con pasiones y sentimientos humanos, se refugien en la infamia? Solas en vastas mansiones —y digo solas, porque no tenían a nadie con quien conversar de igual a igual, o de quien poder esperar expresiones de afecto— se iban marchitando, y el sonido de la alegría las entristecía. La más joven, al ser de constitución más delicada, se iba debilitando. Solo con gran dificultad pude, —yo, que ahora casi mantenía la casa gracias a préstamos de mi tío— convencer a su amo de que le dejase un cuarto en el que morir. Velé su lecho de enferma durante algunos meses y después cerré sus ojos, ¡dulce criatura!, para siempre. Era muy bonita, tenía un carácter adorable, pero nunca había tenido la oportunidad de casarse, excepto con un hombre muy mayor. Tenía dotes suficientes para haber brillado en cualquier profesión, si hubiera habido alguna permitida a las mujeres, aunque retrocedía ante el nombre de sombrerera o costurera por considerarlos degradantes para una dama. No calificaría este sentimiento de falso orgullo ante nadie que no fueras tú, mi niña, a quien espero fervientemente ver —¡sí, me permitiré un instante de esperanza!— con esa fuerza de carácter que confiere dignidad a cualquier condición y con ese espíritu firme y sereno que

te permitirá elegir un estado por ti misma, o conformarte con ser incluida en el más bajo, si es el único en el que puedes ser dueña de tus actos.

»Poco después de la muerte de mi hermana se produjo un incidente que me demostró que el corazón de un libertino es refractario al amor espontáneo y que aquel que parecía tan tierno, cuando se trataba de satisfacer una pasión egoísta, es tan insensible con el fruto inocente de esta como con el ser en el que sacia su lujuria. Había reparado por casualidad en una anciana de aspecto avieso que visitaba a mi marido cada dos o tres meses para recibir algo de dinero. Un día, al entrar en el pasillo de la pequeña contaduría mientras ella salía, le oí decir:

—La niña está muy débil, no puede durar demasiado, pronto desaparecerá de vuestro camino, así que no tenéis por qué darle ninguna medicina si no queréis.

—Tanto mejor —respondió él—, y le ruego que se ocupe de sus propios asuntos, buena mujer.

»Quedé fuertemente impresionada por su tono insensible e inhumano y retrocedí, decidida, cuando la mujer volviese, a tratar de hablar con ella, no por curiosidad —había oído lo suficiente—, sino con la esperanza de ayudar a una pobre niña desfavorecida.

»Transcurrieron uno o dos meses hasta que volví a ver a esa mujer; llevaba de la mano a una niña que caminaba tambaleándose, incapaz de sostener su propio peso. Se marchaban para regresar a la hora en que se esperaba al señor Venables, pues entonces no estaba en casa. Le pedí a la mujer que entrase al recibidor. Ella vaciló, pero terminó accediendo. Le aseguré que no mencionaría a mi marido —la palabra parecía dificultar mi respiración— que la había visto, ni tampoco a la niña. La mujer me miró asombrada y volví mis ojos hacia la desagradable criatura que la acompañaba. Apenas podía tenerse en pie, tenía la tez cetrina y los ojos inflamados, con una indescriptible mirada maliciosa, mezclada con las arrugas producidas por la contrariedad y el dolor.

—¡Pobre criatura! —exclamé.

—¡Ay, bien podéis llamarla así! —respondió la mujer—. La traje aquí para ver si él tenía el suficiente corazón para mirarla, y no para recibir consejos. No sé qué merecen quienes la criaron. Se le doblaban las piernas como un arco cuando vino a mí y no se ha recuperado desde entonces. Aunque si a aquellos les pagaba como a mí, no es de extrañar, desde luego.

»Tras seguir inquiriendo, se me informó de que esa mísera criatura era hija de una criada, una muchacha de campo que llamó la atención del señor Venables y a la que este sedujo. Cuando él se casó, la envió lejos, pues su embarazo era demasiado evidente. Tras dar a luz, se vio sola en la ciudad y

murió en un hospital un año después. Se mandó al bebé con un ama de cría de la parroquia y después con esta mujer, que no parecía mucho mejor; pero ¿qué habría de esperarse de un acuerdo tan mísero? Solo se le pagaba tres chelines a la semana para dar de comer y lavar a la niña.

»La mujer me suplicó que le diese algo de ropa vieja para la niña, mientras me aseguraba que tenía miedo de pedir dinero al amo para comprar siquiera un par de zapatos. Me entró una enorme desazón. Y, con miedo de que el señor Venables pudiese entrar y obligarme a expresarle mi indignación, me apresuré a preguntarle dónde vivía, prometí pagarle dos chelines más a la semana y visitarla al cabo de uno o dos días, mientras ponía algo de dinero en su mano como prueba de mi buena intención. Si el estado de esa pequeña me afectó, ¿cuáles no fueron mis sentimientos ante lo que descubrí sobre Peggy?

## CAPÍTULO X

»La situación de mi padre era ahora tan penosa que convencí a mi tío para que me acompañase a visitarlo y me ayudase a para impedir que todos los bienes de mi familia fuesen objeto de la rapacidad de mi hermano, pues, con tal de escapar de sus dificultades actuales, a mi padre el futuro le era totalmente indiferente. Llevé algunos regalos para mi madrastra; no me suponía un esfuerzo tratarla con educación y olvidar el pasado.

»Era la primera vez que visitaba mi pueblo desde que me casé, mas ¡con qué emociones tan distintas regresaba del ajetreado mundo de la ciudad —con una pesada carga de experiencia lastrando mi imaginación— a escenarios que evocaban con la mayor elocuencia recuerdos de alegría y esperanza a mi corazón! Del brezal provenía el primer aroma de las flores silvestres que inundó mi cuerpo y despertó mis sentidos al gozo. La helada mano de la desesperación parecía liberar mi pecho y, olvidando a mi marido, las visiones alimentadas por una mente romántica —que afloraban en mi interior con su fuerza y pujanza originales— eran de nuevo aclamadas como dulces realidades. Con igual facilidad olvidé que alguna vez me sentí afligida o cuitada en el campo, mientras un fugaz arcoíris atravesaba el nublado cielo del desaliento. Con la gozosa alegría de la vivacidad infantil, reconocí la forma pintoresca de algunos de mis árboles favoritos, así como los soportales de toscos caseríos, con sus setos sonrientes. Podía besar a las gallinas que picoteaban en el ejido y deseaba acariciar a las vacas y retozar con los perros que jugueteaban por allí. Contemplé con deleite el molino y pensé que era una suerte que estuviese funcionando justo cuando yo pasaba. Al entrar en el camino verde que llevaba directamente al pueblo, el sonido de la conocida

bandada de grajos dio a las diversas sensaciones de mi alma despierta ese matiz sentimental que solo servía para intensificar el brillo de aquel exuberante paisaje. Pero, cuando atisbé, según avanzaba, el chapitel que asomaba por encima de las secas copas de los viejos olmos que albergaban la bandada de grajos, mis pensamientos volaron inmediatamente al cementerio, y lágrimas de afecto —tal era el efecto de la imaginación— regaron la sepultura de mi madre. La tristeza dio paso a sentimientos de devoción. Deambulé por la iglesia con la imaginación, tal como solía hacer algunas tardes de sábado. Recordaba con cuánto fervor me dirigía a Dios en mi juventud y una vez más miré más allá de mis penalidades, con extático amor, al Padre de la Naturaleza. Hago una pausa, al sentir con fuerza todas las emociones que describo; y, mientras recuerdo, al constatar mis pesares, la sublime calma que había sentido cuando en alguna terrible soledad mi alma se apoyaba en sí misma y parecía llenar el universo, sin darme cuenta respiro sosegadamente, acallando cualquier emoción rebelde, como si temiese manchar con un suspiro un contento tan gozoso.

»Después de arreglar los asuntos de mi padre y, gracias a mis esfuerzos en su favor, tras haber convertido a mi hermano en mi implacable enemigo, regresé a Londres. La conducta de mi marido había cambiado. Durante mi ausencia, había recibido varias cartas suyas llenas de amor y arrepentimiento y a mi vuelta parecía querer demostrar su sinceridad con su comportamiento. No podía imaginar entonces por qué actuaba así y, cuando invadió mi corazón la sospecha de que aquello pudiera deberse a que él hubiese observado mi creciente influencia sobre mi tío, casi me desprecié a mí misma por concebir que pudiese existir tal grado de mezquino egoísmo.

»De manera inexplicable se volvió dulce y atento. Atacando mi flanco más débil, hizo una confesión de sus locuras y lamentó los problemas en los que yo, que merecía una suerte bien distinta, me hubiera podido ver envuelta. Me suplicó que lo ayudara con mis consejos, alabó mi comprensión y apeló a la dulzura de mi corazón. Pero esta conducta solo me inspiró compasión. Deseaba ser su amiga, pero el amor había extendido sus rosadas alas y había volado lejos, muy lejos. Y lo había hecho sin dejar detrás —como algunos exquisitos perfumes, cuya sutil esencia se mezcla con el aire— una fragancia que indicase dónde había sacudido sus alas. Las caricias renovadas de mi marido entonces me resultaron odiosas. Su brutalidad era tolerable comparada con esta repugnante devoción. No obstante, la compasión y el miedo a ofender sus fingidos sentimientos por mi falta de humanidad me hicieron fingir y vencer mi delicadeza. ¡Cuán ardua tarea!

»Aquellos que apoyan un sistema de lo que denomino “falso refinamiento” y no quieren permitir que gran parte del amor que anida en el pecho de mujeres y hombres brote en ciertos aspectos de forma espontánea no admitirán

que los encantos son tan necesarios para alimentar la pasión como lo son las virtudes para aficionar al espíritu maduro a la amistad. A quienes piensan así no tengo nada que decirles, ni tampoco a los moralistas, quienes insisten en que las mujeres deben y pueden amar a sus maridos porque es su deber. Para ti, mi niña, añadiría, con el corazón tembloroso por tu comportamiento futuro, algunas observaciones dictadas por mis sentimientos actuales al revisar con calma este periodo de mi vida. Cuando los moralistas y novelistas ensalzan como una virtud la frialdad en el carácter de la mujer y la falta de pasión, y la hacen ceder al ardor de su amante por pura compasión o por favorecer un frío plan de comodidad futura, siento repugnancia. Puede que sean buenas mujeres, en el sentido habitual de la expresión, y que no causen ningún mal, pero me parece que no tienen esos “nervios sutilmente delicados” que convierten los sentidos en algo delicioso. Puede que posean ternura, pero carecen de ese fuego en la imaginación que produce una sensibilidad activa y una virtud positiva. ¿Cómo ha de caracterizarse a la mujer que se casa con un hombre y que consagra su corazón e imaginación a otro? ¿No es acaso objeto de piedad o desprecio cuando viola sacrílegamente la pureza de sus propios sentimientos? Más aún, es igualmente indecoroso cuando todo ello le es indiferente, a menos que sea insensible por naturaleza. Se trata entonces de una mera cuestión de trueque y yo no tengo nada que ver con los secretos del comercio. Sí, ansiosa como estoy por que tengas la rectitud mental y la pureza de corazón apropiadas, debo insistir en que una conducta insensible es contraria a la virtud. La verdad es el único fundamento de la virtud y no podemos, sin envilecer nuestras mentes, tratar de complacer a un amante o marido sino en la misma proporción en que él nos complace a nosotras. Los hombres, para esclavizarnos de forma más efectiva, nos inculcan esta moral tendenciosa y pierden de vista la virtud dividiéndola en los deberes correspondientes a diferentes clases sociales, ¡pero permítasenos no avergonzarnos de nuestra condición cuando no hay motivo!

»Tras estas observaciones, me avergüenza admitir que estaba embarazada. El mayor sacrificio de mis principios en toda mi vida fue permitir que mi marido volviese a acercarse a mí, aunque a este acto de abnegación, en el que deseé que la tierra se abriese y me tragase, le debes tú el haber nacido y yo el placer indescriptible de ser tu madre. Había una cierta delicadeza en las atenciones nupciales de mi marido, pero ahora su corrompido aliento, su cara surcada de granos y sus ojos sanguinolentos no eran más repugnantes para mis sentidos de lo que lo eran para mi gusto sus modales groseros y su intimidad carente de amor.

»De un hombre únicamente se espera que sustente a una familia; sí, mi marido únicamente mantener a una mujer aborrecida por la constante embriaguez. Pero ¿quién esperaría de él, o creería posible, que la amara? A menos que “la juventud y los años dichosos hubiesen volado”, se habría

juzgado igualmente poco razonable insistir, a riesgo de perder casi todo lo considerado valioso en esta vida, en que no debería amar a otra; mientras que a la mujer, de razón frágil y poca voluntad, se le pide moralidad, que enfríe sus sentimientos hasta convertirlos en piedra y languidezca de añoranza, mientras trata de reformar a su embrutecido marido. Incluso puede que él dilapide el patrimonio de su mujer en vicios y borracheras —esas borracheras que lo vuelven tan odioso— y, al recortarle sus gastos, le impida mitigar en la vida social una vida tediosa y sombría. Puesto que ella no tiene poder sobre su fortuna compartida, todo ha de pasar por las manos de su marido. Si esa mujer es madre —y en la situación actual de las mujeres es una gran desgracia que a alguien se le impida cumplir las tareas y cultivar los afectos maternales—, ¿qué no soportará? Mas he dejado que la ternura de una madre me llevase a reflexiones que no pretendía hacer por no interrumpir mi relato, aunque el corazón se me desboca.

»Los aprietos del señor Venables ya no me hacían quererle. No obstante, ansiosa por ofrecerle mi amistad, traté de convencerle de que recortase gastos, pero siempre tenía alguna excusa convincente para justificarse por no seguir mis consejos. La humanidad, la compasión y el interés nacidos de la convivencia me hacían intentar socorrerlo y compadecerlo. Pero, cuando recordaba que estaba obligada a vivir con un ser así para siempre, mi corazón desfallecía; mi deseo de mejorar se tornaba lánguido y doloroso y una corrosiva melancolía se apoderaba de mi alma. El matrimonio me había encerrado de por vida. Descubrí en mí una capacidad para disfrutar de los diversos placeres que ofrecía la vida, pero, obstaculizada por las leyes tendenciosas de la sociedad, la Tierra era para mí un gran espacio en blanco.

»Cuando exhortaba a mi marido a economizar, me refería a él mismo. Yo me veía obligada a ahorrar hasta el último céntimo o a contraer deudas que, mucho me temía, nunca se saldarían. Despreciaba este insignificante privilegio de estar casada, que no puede ser útil más que para la mujer viciosa o desconsiderada, y decidí no incrementar aún más el torbellino que lo estaba arrastrando. Por entonces ignoraba el alcance de las operaciones fraudulentas de aquel al que yo debía honrar y obedecer.

»Una mujer desatendida por su marido, o cuyos modales contrastan fuertemente con los de él, siempre tendrá hombres esperando para aliviarla y consolarla. Además, el desamparo de una mujer desatendida y no desprovista de encantos resulta especialmente atractivo y suscita esa especie de piedad tan parecida al amor que acaba transformándose en este. Un hombre apasionado no piensa en seducir, él mismo es seducido por las más nobles emociones de su alma. Se imagina todos los sacrificios que ha de hacer una mujer con sensibilidad y cualquier situación en la que su imaginación la sitúa le emociona y enciende su pasión. Deseando abrazar al pobre cordero trasquilado

y hacer revivir los marchitos brotes de la esperanza, la benevolencia se torna pasión. Si descubre entonces que es correspondido, el honor lo ata rápidamente, aunque adivine que más tarde pueda verse obligado a pagar graves perjuicios al hombre que jamás pareció valorar la compañía de su mujer hasta que vio la posibilidad de que pudieran indemnizarlo por perderla.

»Esas son las leyes tendenciosas promulgadas por los hombres, pues, si nos centramos en la dependencia femenina en la cuestión fundamental de la tranquilidad que nace de la posesión de propiedades, la mujer resulta incluso en este apartado mucho más perjudicada por perder el amor del marido que cuando se da la situación inversa. A pesar de ello, ¿dónde habrá de buscar, condenada a la soledad del hogar desierto, obtendrá una compensación de la mujer que seduce a su marido apartándolo de su lado? No puede echar a un esposo de su propia casa, ni separarse de él o llevarse a sus hijos, por muy culpable que sea. Este, dueño aún de su propio destino, disfruta de los parabienes de un mundo que marcaría a su mujer con la infamia si, buscando consuelo, se atreviese a tomar represalias.

»Estas observaciones no vienen dictadas por la experiencia, sino por la compasión que siento por muchas buenas mujeres: las proscritas de la sociedad. En mi caso, sin dar pie a ninguno de los requerimientos amorosos que se me hacían, mis pretendientes iban sucediéndose cual prematuros brotes de primavera. Ni siquiera flirteaba con ellos, pues al observarme a mí misma descubrí que no podía coquetear con un hombre sin amarlo un poco. Comprendí que no sería capaz de detenerme en la línea de las llamadas “libertades inocentes”, llegado el caso. Así pues, mi reserva era consecuencia de la fragilidad. La libertad de comportamiento ha emancipado las mentes de numerosas mujeres, pero mi conducta se ha regido de modo inflexible por mis principios, hasta que el progreso de mi entendimiento me ha permitido discernir la falacia de los prejuicios que contradicen la Naturaleza y la razón.

»Poco después del cambio que he mencionado en la conducta de mi marido, el empeoramiento en la salud de mi tío le obligó a buscar remedio en un clima más templado, y embarcó hacia Lisboa. Dejó su testamento en manos de un amigo, un eminente notario. Previamente me había preguntado acerca de mi situación y mi estado de ánimo, y afirmó con toda libertad que no podía depositar ninguna confianza en la estabilidad de los negocios de mi marido. Se había engañado en cuanto a su carácter y ahora pensaba que se hallaba inmerso en una serie de acciones que conducirían inevitablemente a la ruina y la deshonra. La noche anterior a su partida dimos un paseo los dos solos. Esa noche me estreché contra su corazón mientras susurraba cariñosamente “mi niña”. ¡Él, que fue más que un padre para mí! ¿Por qué no se me permitió cumplir los deberes de una hija y velar su lecho de muerte? Por su aspecto parecía convencido de no volver a verme. No obstante, me rogó

encarecidamente que me fuese con él en caso de que tuviera que abandonar a mi marido. Anteriormente había expresado su tristeza al enterarse de mi embarazo, pues había decidido convencerme de que lo acompañase hasta que le informé de mi estado. Se mostró verdaderamente apenado de que un nuevo lazo me atase a un hombre al que consideraba incapaz de apreciar mi valor. Tal era el generoso lenguaje del afecto.

»Debo repetir sus propias palabras, que causaron en mi mente una impresión indeleble:

El matrimonio ciertamente es el estado en el que las mujeres, hablando de manera general, pueden resultar más útiles. Pero estoy lejos de pensar que una mujer, una vez casada, deba considerar ese compromiso como algo indisoluble —especialmente si no hay hijos que la compensen por sacrificar sus sentimientos— si el marido no es digno de su amor ni de su estima. A menudo la estima ocupa el lugar que deja el amor, y evita que una mujer sea desgraciada, aunque quizá no la haga feliz. La magnitud de un sacrificio siempre debería guardar cierta proporción con el provecho que se pretende obtener. Vivir con un hombre por el que no puede sentir amor ni respeto y al que no puede ser de ninguna utilidad —excepto como ama de llaves— es, para una mujer, una situación abyecta; ninguna circunstancia puede nunca convertir aquello en un deber ante Dios o ante los hombres justos. Si la mujer se somete a ello solo para mantenerse ociosa, entonces no tendrá ninguna legitimidad para quejarse amargamente de su suerte ni para actuar, como haría una persona con carácter e independiente, como si tuviese derecho a ignorar las reglas generales. Pero la desgracia consiste en que muchas mujeres solo se someten en apariencia y pierden el respeto por sí mismas para asegurarse su reputación en el mundo. La situación de una mujer separada de su marido es indudablemente muy diferente de la de un hombre que ha dejado a su mujer. Para él es como sacudirse un zueco con displicencia señorial, y el hecho de proveerle de ropa y alimento se considera suficiente para asegurarle una reputación libre de toda mancha. Si ella hubiese sido desconsiderada, él sería elogiado por su paciencia y generosidad. ¡Tal es el respeto que se rinde a la llave maestra de la propiedad! Por el contrario, una mujer que renuncia al que se denomina su “protector natural” —aun cuando nunca lo fuere, excepto en el nombre— es despreciada y ninguneada por afirmar la independencia mental característica de un ser racional y por rechazar la esclavitud.

»Durante el resto de la velada, la ternura de mi tío le hizo volver con frecuencia sobre este asunto y expresar con creciente efusión sentimientos que iban en la misma dirección. Finalmente hubo que despedirse y nos separamos, ¡ay Dios!, para no vernos más.



## CAPÍTULO XI

»Un caballero de gran fortuna y modales refinados había frecuentado nuestra casa recientemente y me trataba si cabe con más respeto del que el señor Venables le profesaba. Aún no se me notaba el embarazo. Su compañía era un gran consuelo para mí, pues, a fin de reducir gastos, había pasado mucho tiempo encerrada en casa. Siempre me negué a ocultar las cosas cuando no había motivo —tal vez incluso cuando era prudente hacerlo—, por lo que a mi marido no le resultó en absoluto difícil descubrir el dinero que mi tío me había dejado como regalo de despedida. Una copia de una orden judicial fue el vulgar pretexto para arrebatármelo, y pronto tuve motivos para creer que había sido elaborada a tal fin. Reconozco mi insensatez por dejarme avasallar continuamente de esa manera. Me había mantenido firme en mi propósito y no había vuelto a pedir nada a mi tío de parte de mi marido. No obstante, cuando hube recibido una suma suficiente para cubrir mis necesidades y permitirme seguir un plan que había ideado para conseguirle a mi hermano un empleo respetable, me dejé embaucar por los burdos engaños y las hipócritas maniobras del señor Venables.

»Así me saqueó a mí y a mi familia, y así frustró todos mis proyectos de ayudar a los demás. Con todo, ese era el hombre al que debía estimar y respetar: ¡como si la estima y el respeto dependiesen de la voluntad y el arbitrio de uno mismo! Pero la mujer, siendo tan propiedad del hombre como su caballo o su asno, no tiene nada que pueda llamar suyo. Él puede emplear cualquier medio para obtener lo que la ley considera como suyo en el momento en que su mujer tome posesión de ello, incluso hasta el punto de forzar una cerradura, como hizo el señor Venables para buscar cartas en mi escritorio. Todo ello se hace con una apariencia de equidad, porque ciertamente él tiene la responsabilidad de mantener a su mujer.

»La dulce madre no puede arrebatar lícitamente de las garras del jugador manirroto, del despilfarrador o del repugnante borracho que desatiende a sus hijos la fortuna que le cae en suerte, ni —¡tan flagrante es la injusticia!— lo que gana gracias a su propio esfuerzo. No, él puede robarle con impunidad, incluso para derrochar ese dinero públicamente con una cortesana. Las leyes de su país —si es que las mujeres tienen país— no le ofrecen protección ni recurso legal alguno contra su opresor, a menos que declare ante la justicia que teme por su integridad física. Aun así, ¿cuántas maneras, igual de inhumanas aunque no tan mezquinas, hay para torturar el alma hasta casi la locura? Cuando esas leyes se formularon, ¿no hubiese sido mejor que juristas imparciales hubiesen decretado en primer lugar —al estilo de una gran asamblea que reconociese la existencia de un être suprême— autorizar la creencia nacional según la cual el marido siempre debería ser más sabio y

virtuoso que su mujer, a fin de permitirle, bajo una falsa apariencia de justicia, tener a esta ignorante y perpetua menor de edad esclavizada para siempre? Pero debo concluir con este asunto, pues siempre me dejó llevar por la indignación.

»La compañía del caballero a quien he mencionado antes, que tenía conocimientos generales de literatura y otras artes, me resultaba muy grata. El rostro se me iluminaba cuando él se acercaba y yo expresaba con toda naturalidad el placer que sentía. El entretenimiento que me proporcionaba su conversación me hacía más fácil acceder a la petición de mi marido de procurar hacerle nuestra casa más agradable. Sus atenciones se hicieron más evidentes, mas, no siendo yo de esas mujeres cuya virtud, como suele denominarse, se alarma a la mínima señal, intenté, más con bromas que mediante protestas, dar un giro distinto a su conversación. Él adoptó una nueva táctica y por un instante me dejé engañar por su fingida amistad.

»En broma, yo había alardeado de mi conquista y le había repetido esos cumplidos de enamorado a mi marido. Pero este me suplicó que, por el amor de Dios, no ofendiese a su amigo, o frustraría todos sus proyectos y lo arruinaría. Si hubiese sentido más amor por mi marido, habría expresado el desprecio que me producía esa cortesía de conveniencia. En esos momentos solo creía sentir lástima. No obstante, incluso a un casuista le hubiese costado señalar en qué consistía exactamente la diferencia.

»Entonces ese amigo comenzó a confiarme el estado real de los negocios de mi marido. “La necesidad —dijo el señor S\* (¿por qué habría de revelar su nombre, pues él fingía reprimir los comportamientos que no podía evitar?)— le ha llevado a dar esos pasos, mediante pagarés de favor o comprando bienes a crédito, para venderlos por dinero en efectivo y otras transacciones similares que le harían perder toda reputación en el mundo de los negocios. En la Bolsa —añadió, bajando la voz— se le consideraba un estafador”.

»En ese momento sentí la primera punzada de instinto maternal. Consciente de los males a los que mi sexo ha de enfrentarse, no obstante seguía deseando ser madre de una hija y no podía soportar la idea de que los pecados de la deshonra causada por su padre se añadiesen a los infortunios de los que la mujer siempre es heredera.

»Esas demostraciones de amistad me embaucaron de tal forma —es más, creía, según su interpretación, que el señor S\* era realmente mi amigo— que empecé a consultarle cuál sería la mejor manera de salvar la reputación de mi marido: solo el buen nombre de una mujer se mancilla para no restablecerse jamás. Yo ignoraba que mi marido había sido arrastrado a un torbellino del que no tenía fuerzas para salir. Parecía, en efecto, incapaz de emplear sus facultades en cualquier empresa normal. Sus principios a la hora de actuar

eran tan laxos y su mente tan poco cultivada que cualquier cosa semejante al orden le parecía una restricción. Como los hombres en estado salvaje, precisaba del fuerte estímulo del miedo o la esperanza —producido por especulaciones descabelladas en las que los intereses ajenos de nada servían— a fin de mantener su espíritu despierto. En cierta ocasión se declaró patriota, pero no sabía lo que era sentir una indignación sincera. Pretendía ser un defensor de la libertad cuando, sintiendo como sentía tan poco amor por la raza humana como por los individuos, no pensaba sino en su propia recompensa. Era igual como ciudadano que como padre. Las sumas de dinero que obtenía hábilmente violando las leyes de su país, así como las de la humanidad, dejaba que las derrochase una amante, aunque esta, al igual que sus hijos, era arrojada con la misma sangre fría a la pobreza cuando encontraba a otra más atractiva.

»Con diversos pretextos su amigo siguió visitándome y, reparando en mi precaria economía, trató de convencerme para aceptar algo de dinero. Rechacé tajantemente su oferta, aunque la hizo con tal delicadeza que no pudo disgustarme.

»Cierta día vino —pensé que de manera casual— a cenar. Mi marido estaba muy ocupado en sus negocios y abandonó la habitación poco después de retirarse el mantel. Charlamos como de costumbre, hasta que los consejos confidenciales condujeron de nuevo a la cuestión amorosa. Yo me sentía extraordinariamente avergonzada. Le profesaba un afecto sincero y esperaba que él sintiese lo mismo por mí. Así pues, comencé a reconvenirle dulcemente. Él tomó esa amabilidad por un tímido coqueteo y no se desvió del tema. Al darme cuenta de su error, le pregunté gravemente cómo, hablándome así, podía declararse amigo de mi marido. Una sonrisa sarcástica y reveladora avivó mi curiosidad y él, imaginando que ese era mi único escrúpulo, extrajo pausadamente una carta del bolsillo, diciendo:

—El honor de vuestro marido no es inflexible. ¿Cómo vos, con vuestro discernimiento, pudisteis creerlo? Si antes se marchó de esta habitación, fue para darme la oportunidad de declararme; me creía demasiado tímido, demasiado lento.

»Le arrebaté la carta con indescriptible turbación. Su propósito era invitarlo a cenar y ridiculizar su caballeroso respeto hacia mí. Le aseguraba que “toda mujer tiene un precio” y, con grosera indecencia, insinuaba que “le alegraría que lo liberasen de sus deberes de esposo”. A esto lo llamaba “sentimientos liberales”. Le aconsejaba no violentar mis ideas románticas, sino atacar mi crédula generosidad y frágil compasión. Concluía pidiéndole que “le prestase quinientas libras por un mes o por seis semanas”. Leí la carta dos veces más y el firme propósito que la inspiraba calmó el creciente tumulto en mi alma. Me levanté pausadamente, pedí al señor S\* que esperase un

momento, e, irrumpiendo al instante en la oficina, solicité al señor Venables que volviese conmigo al comedor.

»Él dejó su pluma y entró conmigo sin percibir ningún cambio en mi rostro. Cerré la puerta y, entregándole la carta, le pregunté simplemente si la había escrito él o se trataba de una falsificación. No podría describir su confusión. La mirada de su amigo se encontró con la suya y él farfulló algo acerca de una broma, pero le interrumpí:

—Es suficiente. Nos separamos para siempre —y proseguí, con solemnidad—. He sido indulgente con vuestra tiranía e infidelidades. Me abstendré de enumerar todo lo que he tolerado. Os creía falto de principios, pero no tan decididamente vicioso. Sellé un vínculo sagrado ante el Cielo y lo he mantenido, incluso cuando hombres más conformes a mi gusto me han hecho sentir —desprecio todo subterfugio— que aún podía amar. Desairada por vos, he sofocado resueltamente esas tentadoras emociones y respetado la confianza que nos habíamos prometido y que vos ultrajasteis. ¡Y ahora os atrevéis a insultarme vendiéndome como a una prostituta! ¡Sí, carente por igual de principios y delicadeza, osasteis comerciar sacrílegamente con el honor de la madre de vuestro hijo!

»Entonces, volviéndome al señor S\*, añadí:

—Os convido, señor, a ser testigo —y alcé las manos y la mirada al cielo— de que, con la misma solemnidad con la que tomé su nombre, ahora abjuro de él —me quité el anillo y lo puse sobre la mesa—, y de que pretendo abandonar inmediatamente su casa y no volver a ella jamás. Me mantendré a mí y a mi hijo. Lo dejo tan libre como me propongo serlo yo, pues no habrá de responder por ninguna deuda mía.

»La estupefacción dejó sin habla al señor Venables hasta que, empujando suavemente a su amigo fuera de la habitación con una forzada sonrisa, recobró la compostura por un momento y, con su expresión habitual, se volvió hacia mí lleno de ira. Mas no había terror en su rostro, excepto si lo comparamos con la maligna sonrisa que lo precedió. Me ordenó abandonar la casa por mi cuenta y riesgo, dijo que “despreciaba mis amenazas”, que yo no disponía de recursos, que no podría declararle la guerra ni temía por mi vida, que él nunca me había puesto la mano encima. Arrojó al fuego la carta que yo había dejado imprudentemente en sus manos y, cuando abandonó la habitación, cerró con llave.

»Una vez sola, transcurrieron unos segundos hasta que pude reponerme. Aquellas escenas se habían sucedido con tal rapidez que casi dudaba de estar reflexionando sobre un hecho real. “¿Era aquello posible? ¿Era, en verdad, libre?” Sí, libre me creí cuando comprendí la actitud que debía adoptar. ¡Cuánto había suspirado por esa libertad! Por ella habría pagado cualquier

precio, excepto el de mi propia estima.

»Me levanté para desentumecerme. Abrí la ventana y me pareció que el aire nunca había traído un perfume tan delicioso. La faz del cielo se tornaba más hermosa cuanto más la miraba y las nubes parecían disiparse atendiendo a mis deseos para dejar espacio a mi espíritu. Yo era toda alma y, por disparatado que pueda parecer, sentía como si pudiese disolverme en el suave y cálido vendaval que acariciaba mis mejillas o deslizarme bajo el horizonte sobre los brillantes rayos que caían desde lo alto. Una seráfica satisfacción animó mi espíritu sin agitarlo y mi imaginación reunió, en visiones grandiosamente sublimes o apaciguadoramente bellas, una inmensa variedad de las infinitas imágenes —que la Naturaleza brinda y la imaginación combina— de lo grandioso y lo justo. El fulgor de esas imágenes brillantes y pintorescas fue apagándose con la puesta de sol, pero yo seguía sintiendo el apacible deleite que habían esparcido en mi corazón.

»Puede que algunos defensores de la obediencia conyugal, distinguiendo entre el deber de una esposa y el de un ser humano, critiquen mi comportamiento. No escribo para ellos, ni serán ellos quienes juzguen mis sentimientos. ¡Ojalá, hija mía, la dolorosa experiencia nunca te haga averiguar lo que tu madre sintió antes de liberar su mente!

»Había empezado a escribir una carta a mi padre, tras concluir otra para mi tío, no para pedir consejo, sino para comunicarle mi decisión, cuando el señor Venables irrumpió en la habitación. Su actitud había cambiado. Sus expectativas sobre la fortuna de mi tío le hacían mostrarse reacio a que yo abandonase la casa. De otro modo —estoy convencida de ello— le habría alegrado librarse de la menor de las restricciones que le imponía mi presencia: la de mostrarme algo de respeto. Lejos de sentir amor por mí, me odiaba, pues estaba convencido de que yo debía de despreciarlo. Me dijo que, puesto que había tenido tiempo para calmarme y reflexionar, no dudaba de que mi prudencia y gran sentido del decoro me llevarían a olvidar lo sucedido. Yo respondí que “la reflexión no había hecho sino confirmar mi propósito y que ningún poder sobre la Tierra podría desviarme de él”.

»Al tiempo que se esforzaba por adoptar un tono de voz y una mirada dulces —cuando de buena gana me hubiese torturado para hacerme sentir su poder—, en su rostro se dibujó una expresión infernal cuando me pidió que no me pusiese en evidencia ante los criados y le obligase a encerrarme en mi habitación. Si le daba mi palabra de no abandonar la casa precipitadamente, sería libre y... Le interrumpí diciéndole que no prometería nada. No tenía ninguna obligación de mantener las apariencias. Estaba decidida y no me plegaría a sus subterfugios.

»Él murmuró que pronto me arrepentiría “de esos aires ridículos” y, tras

pedir que trajesen el té a mi pequeño estudio, que comunicaba con mi dormitorio, volvió a cerrar la puerta con llave y me dejó sumida en mis propias meditaciones. Le había seguido sin oponer resistencia al piso de arriba, pues no deseaba fatigarme con esfuerzos inútiles.

»Nada calma tanto la mente como un propósito fijo. Sentía como si me hubiese quitado un gran peso del corazón. Todo parecía iluminarse y, si abominaba de las instituciones sociales que permiten a los hombres tiranizar así a las mujeres, se trataba casi de un sentimiento desinteresado. Pasaba por alto los inconvenientes de aquel momento, ahora que mi mente había dejado de luchar contra sí misma y la razón y el instinto se habían dado la mano y estaban en paz. Ya no tenía ante mí esas crueles palabras, con la perspectiva interminable, ¡ay!, durante el tedioso futuro de toda una vida, de luchar por vencer mi repugnancia y sofocar los deseos y esperanzas de una imaginación impetuosa. Había vislumbrado la muerte como mi única posibilidad de salvación, pero, mientras la existencia aún tenía tantos encantos y la vida prometía felicidad, me asustaba caer en los gélidos brazos de un tirano desconocido, aun siendo estos mucho más tentadores que los del hombre al que me creía atada sin otra alternativa. Me conformaba con seguir así durante un poco más de tiempo y esperar no sabía muy bien qué, en lugar de abandonar los “cálidos contornos del alegre día” y todo el estéril amor de mi naturaleza.

»Mi situación en aquel momento dio un nuevo giro a mis reflexiones y me pregunté —ahora que se había retirado el velo que me impedía ver con claridad— cómo pude haber creído, antes de ese último y definitivo ultraje, que estaba atada para siempre al vicio y la insensatez. ¿Acaso un genio maligno había lanzado un conjuro el día de mi nacimiento? ¿Acaso desde la oscuridad había irrumpido un demonio rabioso para confundir mi entendimiento y encadenar mi voluntad con falsos prejuicios? Estos razonamientos me hacían salir de mí misma para meditar sobre las desdichas propias de mi sexo. “¿Acaso —pensaba— no están por siempre estigmatizados los déspotas que, por la pura gratuidad de su poder, ordenaban encadenar incluso a los más pérfidos criminales a cuerpos sin vida?” Aunque sin duda son mucho más inhumanas las leyes que forjan grilletes de diamantes para encadenar dos mentes que en ningún caso pueden llevar una vida en común. ¿Qué puede igualar, pues, la miseria de ese estado en el que no existe más alternativa que la de sofocar los sentimientos o enfrentarse a la infamia?

## CAPÍTULO XII

»Hacia medianoche el señor Venables entró en mi habitación y, mientras yo me disponía a acostarme, me ordenó que me apresurase, pues aquel era “el mejor lugar para que marido y mujer pusieran fin a sus diferencias”. Había estado bebiendo abundantemente para cobrar ánimos.

»Al principio no me digné a responder, pero, cuando advertí que él aparentaba tomar mi silencio por consentimiento, le dije que si no se iba a otra cama y me dejaba acostarme me quedaría sentada en mi estudio durante toda la noche. Intentó empujarme hacia el dormitorio, medio en broma, pero yo me resistí y, puesto que había decidido no darme ningún motivo para poder acusarle de emplear la violencia, después de algunos intentos más se retiró maldiciendo mi obstinación.

»Me senté a reflexionar durante un rato más, después de lo cual me envolví en mi capa y me dispuse a dormir en el sofá. Tan afortunada me pareció mi liberación, tan sagrado el placer de estar así arropada, que dormí profundamente y desperté con la mente dispuesta a enfrentarme a los desafíos de aquel día. El señor Venables no se despertó hasta algunas horas más tarde, y entonces vino hacia mí a medio vestir, bostezando y desperezándose, con ojos cansados, como si apenas recordase lo sucedido la noche anterior. Me miró fijamente por un momento y, llamándome tonta, preguntó que hasta cuándo pretendía continuar con aquella farsa. Él, por su parte, estaba endemoniadamente harto de ella, pero esa era la plaga de mujeres casadas que creían saber algo.

»En respuesta a su arenga, me limité a decir que debería alegrarle librarse de una mujer tan indigna de ser su compañera y que cualquier cambio en mi conducta sería disimular de manera mezquina, pues una reflexión más pausada no había hecho sino otorgar el sagrado sello de la razón a mi primera resolución. Él parecía a punto de dar patadas de impaciencia al verse obligado a contener su ira, pero, controlando su rabia —pues las personas débiles cuyas pasiones parecen ingobernables las refrenan con más facilidad cuando tienen un motivo suficiente—, exclamó:

—¡Muy bonito, por mi vida, muy bonito! ¡Florituras teatrales! ¡Reza, bella Roxana, baja de las alturas y recuerda que estás representando un papel en la vida real! —pronunció estas palabras con aire de suficiencia y se fue a vestirse escaleras abajo.

»Al cabo de una hora aproximadamente se acercó de nuevo a mí y, en el mismo tono, dijo que venía como mi ujier para llevarme de la mano a desayunar.

—¿Sois acaso de la orden del bastón negro? —pregunté.

»Esta pregunta, así como el tono en que la formulé, le desconcertó un

poco. A decir verdad, en ese momento ya no sentía resentimiento ninguno. Mi firme resolución de liberarme de mi innoble esclavitud había absorbido las diversas emociones que durante seis años habían atormentado mi alma. El deber que marcaban mis principios parecía claro y ningún sentimiento de ternura se interponía para apartarme del camino. Mi marido me había inspirado un fuerte rechazo, pero eso solo me llevaba a desear evitarlo y a dejarlo salir de mi memoria. No hay ningún sufrimiento, ninguna tortura que no hubiese elegido voluntariamente antes que renovar mi contrato de servidumbre.

»Durante el desayuno trató de razonar conmigo sobre la locura de los sentimientos románticos, pues ese era el epíteto que aplicaba indiscriminadamente a cualquier forma de pensar o actuar superior a la suya. Afirmó que “todo el mundo se rige por su propio interés”. Quienes pretendían actuar por motivos diferentes no eran sino canallas más astutos, o locos trastornados por los libros que tomaban por el Evangelio todos esos disparates rodomontescos escritos por hombres que no sabían nada del mundo. Él, por su parte, daba gracias a Dios por no ser un hipócrita y, si a veces hacía alguna excepción, era siempre con intención de pagar a cada hombre lo suyo. Entonces insinuó astutamente que todos los días esperaba la llegada de un barco, un negocio exitoso que le facilitaría las cosas por el momento, y que tenía varios proyectos más que dependían de aquello, los cuales no podían fallar. No tenía ninguna duda de que al cabo de pocos años sería rico, aunque algunas aventuras desafortunadas lo habían devuelto al punto de partida. Le respondí sin acritud que deseaba que no se implicase aún más en esos turbios negocios.

»Él no se daba cuenta de que yo me regía por una decisión racional que no tenía nada que ver con una mera explosión de resentimiento. Ignoraba lo que era sentir indignación por el vicio, y a menudo se jactaba de su temperamento indulgente y su prontitud a la hora de perdonar ofensas. Ciertamente, pues solo consideraba el ser engañado como una habilidad contra la que no se había precavido. A continuación, aparentando inocencia, dijo que no sabía cómo habría actuado él en esas circunstancias. Puesto que su corazón nunca daba paso a la amistad, jamás sufría decepción alguna. Afirmaba, ciertamente, que cualquiera al que acabara de conocer era “el tipo más inteligente del mundo”, y lo creía de veras: hasta que lo novedoso de su conversación o carácter dejaba de surtir ningún efecto en su ánimo flemático. Su respeto por la posición social o la fortuna era más constante, aunque no tuviera ningún plan para aprovecharse de la influencia de una u otra para impulsar sus proyectos.

»Tras algunos preámbulos —la sangre, que yo creía más calmada, ruborizaba mis mejillas a medida que él hablaba—, aludió a mi situación. Me pidió que reflexionara y “actuase como una mujer prudente”, como la mejor



demostración de mi gran entendimiento. Puesto que él reconocía mi inteligencia, debía demostrarla. Yo no carecía de pasiones, añadió, subrayando sus palabras, y un marido es un útil pretexto. Él era de mentalidad liberal y, ¿por qué no podíamos, como otros matrimonios que están por encima de prejuicios vulgares, consentir tácitamente en dejar que el otro siguiera sus propias inclinaciones? No se refería a otra cosa en la carta que convertí en motivo de disputa. El placer que yo parecía sentir en compañía del señor S\* le llevó a la conclusión de que este no me desagradaba.

»Un empleado trajo el correo y, como hacía a menudo mientras mi marido discutía temas de negocios, me dirigí al piano y comencé a tocar una de mis melodías favoritas para recomponerme —como de hecho ocurrió—, y alejar de mi alma los ruines sentimientos que recién me había visto obligada a escuchar. Estos habían suscitado en mí sensaciones similares a las experimentadas ante la visión de los sórdidos habitantes de algunos de los callejones de los barrios bajos de la ciudad, avergonzada por tener que considerarlos mis semejantes, como si un mono me hubiese exigido que lo considerase mi igual; o como cuando, rodeada por una niebla mefítica, he deseado que disparasen un cañón para despejar la atmósfera cargada y poder tener espacio para moverme y respirar.

»Mi ánimo se había rebelado, e interpreté una especie de improvisado preludio. El tono era probablemente violento y apasionado mientras, perdida en mis pensamientos, convertía las notas en una suerte de eco de mis razonamientos. Cuando hice una pausa, me encontré con la mirada del señor Venables. Me observaba con un aire de engreída satisfacción, como queriendo decir: “Mi última insinuación ha funcionado, ahora ella comienza a saber lo que le interesa”. Entonces, cogiendo el correo, dijo que esperaba no oír más tonterías románticas, propias de una muchachita recién salida del internado, y se fue como de costumbre a la contaduría. Yo continué tocando y opté por una partitura más enérgica, que ejecuté con inusual viveza. Oí pasos aproximándose a la puerta y pronto me convencí de que el señor Venables estaba escuchando. Este convencimiento no hizo sino dar más ligereza a mis dedos. Bajó a la cocina, y la cocinera, probablemente por orden suya, acudió para preguntarme qué quería de cena. El señor Venables entró de nuevo en el salón con aparente indiferencia. Comprendí que aquel hombre tan astuto se estaba viendo desbordado, di mis instrucciones como de costumbre y salí de la habitación.

»Mientras me retocaba el vestido, el señor Venables se asomó y, excusándose por la interrupción, desapareció. Saqué la labor —pues no podía leer— y me trajeron dos o tres mensajes, probablemente sin otro propósito que el de permitir al señor Venables averiguar qué estaba haciendo. Yo me paraba a escuchar cada vez que oía abrirse la puerta de la calle, y al fin me pareció

distinguir las pisadas del señor Venables saliendo. Dejé la labor, el corazón me palpitaba. No obstante, temía apresurarme a indagar, así que esperé una interminable media hora hasta que me atreví a preguntar al mozo si su amo estaba en la oficina.

»Cuando me respondió que no, le mandé llamar a un carruaje y, tras reunir apresuradamente unas pocas cosas indispensables junto con un pequeño paquete de cartas y papeles que había cogido la noche anterior, me introduje en él a toda prisa y ordené al cochero que me llevase a una parte alejada de la ciudad. Casi temí que el carruaje se averiase antes de dejar mi calle, pero —al doblar la esquina— me pareció respirar un aire más libre. Imaginaba que me elevaba por encima de la densa atmósfera de la Tierra y me sentía como deben de sentirse las almas fatigadas al entrar en otra dimensión.

»Me detuve en una o dos paradas de carruajes para evitar que me persiguieran, y recorrí los arrabales de la ciudad en busca de algún oscuro alojamiento en el que ocultarme hasta poder valerme de la protección de mi tío. Había resuelto emplear mi apellido de soltera y mostrar abiertamente mi decisión, sin ninguna reclamación formal, en cuanto encontrase un hogar donde poder descansar sin el temor de esperar cada día la llegada del señor Venables. Miré algunos alojamientos, mas cuando descubrí que no me admitirían en ninguna pensión decente sin la referencia de algún conocido que podría informar a mi tirano —los hombres no tienen estos problemas—, me acordé de una mujer a quien había ayudado a montar una pequeña mercería y que sabía disponía de una primera planta para alquilarme.

»Acudí a ella y, aunque no pude convencerla de que el señor Venables y yo nunca haríamos las paces, accedió a ocultarme por el momento, mientras, sacudiendo la cabeza, me aseguraba no obstante que la mujer, una vez casada, debía soportarlo todo. Su pálido rostro, en el que se dibujaban mil profundos surcos y arrugas producidos por lo que significativamente llaman “desgaste”, confirmaba sus palabras, y más tarde tuve ocasión de observar el trato que debía soportar y las canas que daban fe de su paciencia. Trabajaba desde la mañana a la noche, a pesar de lo cual su marido robaba dinero de la caja y se llevaba parte de la suma reservada para pagar facturas. Cuando volvía a casa borracho, golpeaba a su mujer si esta se atrevía a ofenderle, sin importarle que llevase un niño en su vientre. Estas escenas me despertaban por la noche, y por la mañana la oía hablar como si nada con su querido Johnny. Él era, ciertamente, su amo; ningún esclavo de las Antillas tendría uno más despótico, pero por suerte ella pertenecía a la estirpe de las auténticas esposas rusas.

»Durante los días previos mi mente parecía separada de mi cuerpo, pero ahora que la lucha entre ambos había terminado, sentía con fuerza los efectos que la inquietud produce en una mujer en mi situación. El miedo a sufrir un aborto prematuro me obligó a recluirme en mi habitación durante cerca de

quince días, pero escribí a un amigo de mi tío pidiéndole dinero y prometiéndole que iría a verle y le explicaría mi situación en cuanto me encontrase con fuerzas suficientes como para salir. Entretanto le rogaba que no le revelase a nadie mi paradero, pues temía que mi marido —puesto que así lo consideraba la ley— pudiese perturbar la mente que no pudo conquistar. Le mencioné mi intención de partir hacia Lisboa y pedir protección a mi tío tan pronto mi salud me lo permitiese.

»No obstante, la tranquilidad que había ido recuperando pronto se vio interrumpida. Mi casera vino un día, con los ojos hinchados por el llanto e incapaz de pronunciar lo que le habían ordenado decirme. Afirmó que nunca en su vida se había sentido tan desdichada, que debía de parecerme un monstruo ingrato y que de buena gana me suplicaría de rodillas que la perdonase, como había hecho con su marido para que la dispensase de esa horrible misión. Los sollozos le impedían proseguir o responder a mis impacientes preguntas por saber qué quería decirme. Cuando se hubo sosegado un poco, sacó un periódico del bolsillo mientras afirmaba que le dolía en el alma, pero ¿qué podía hacer?, debía obedecer a su marido. Le arrebaté el periódico. En seguida mis ojos tropezaron con un anuncio en el que se leía: “María Venables, sin causa aparente, ha huido de su esposo y cualquier persona que la hospedase será castigada con la mayor severidad por la ley”.

»Tan familiarizada estaba con la vileza moral del señor Venables, que este paso no me sorprendió y apenas suscitó mi desprecio. El resentimiento nunca ha sobrevivido al amor en mi alma. Con tono afable rogué a la pobre mujer que enjugase sus lágrimas y le dijese a su marido que viniese y me hablase en persona. Mi actitud lo atemorizó. Respetaba a una dama (que no a una mujer), y comenzó a balbucir una disculpa.

»El señor Venables era un caballero rico. Él deseaba complacerme, pero ya había padecido bastante por causa de la ley como para temblar ante la sola idea de sufrir de nuevo su castigo. Además, no cabía duda de que deberíamos reconciliarnos, de manera que ni siquiera debía agradecerle el ser cómplice en nuestra separación. “Marido y mujer son, bien lo sabe Dios, uno solo y todo volverá a su cauce”. Carraspeó torpemente y, con mirada maliciosa, añadió que el amo podía haber hecho algunas pequeñas travesuras, pero, “bien lo sabe Dios, los hombres serán hombres hasta que el mundo deje de existir”.

»Comprendí que sería inútil discutir con ese ser privilegiado desde el nacimiento con el uso de la razón, así que únicamente le pedí que me dejara permanecer un día más en su casa mientras buscaba alojamiento y que no informase al señor Venables de que me había refugiado allí. Él accedió, pues no tuvo el suficiente valor como para rechazar a una persona por quien habitualmente sentía respeto, pero oí cómo la cólera reprimida estallaba en forma de maldiciones al encontrarse con su mujer, que esperaba impaciente al

pie de la escalera para saber qué efecto tendrían mis protestas sobre él. Sin perder tiempo en mostrarme indulgente con esa vejación, salí una vez más en busca de un lugar en el que poder esconderme durante unas pocas semanas.

»Solo consintiendo en pagar un precio exorbitante logré alquilar una habitación sin tener que dar referencias sobre mi identidad. El modo en que miraban mi silueta parecía querer decirme que los motivos para ocultarme eran suficientemente obvios. Así pues, me veía obligada a resguardarme de la infamia.

»Para evitar cualquier riesgo de que me localizaran —empleo un término adecuado, hija mía, pues me perseguían como a un criminal— decidí tomar posesión de mi nuevo alojamiento esa misma noche. No informé a mi patrona de adónde iba. Sabía que ella me profesaba un afecto sincero y que de buena gana habría corrido cualquier riesgo para demostrarme su gratitud. Con todo, estaba plenamente convencida de que unas pocas palabras amables de Johnny habrían tocado su ser más femenino y habría sacrificado a su querida benefactora, como ella me llamaba entre lágrimas de agonía, con tal de recompensar a su tirano por dignarse a tratarla como a una igual. Él podía ser bondadoso, según decía ella, cuando quería. Este relajamiento de su dureza, comparado con su brutalidad habitual, a ella le bastaba, y se podía comprar a un precio no demasiado elevado.

»La lectura del anuncio en el periódico me hizo desear refugiarme junto a mi tío, sin importarme las consecuencias, y me dirigí en un coche de punto —temiendo que, de ir a pie, pudiese encontrarme con algún conocido—. Este me recibió muy educadamente —mi tío ya le había predispuesto en mi favor— y escuchó con interés mi explicación de los motivos que me habían inducido a huir de casa y ocultarme en la oscuridad, con el miedo e inseguridad que únicamente deberían ir asociados a la culpa. Lamentó —con más galantería, pensé, de lo que correspondía a mi situación— que una mujer así fuese arrojada a los brazos de un hombre insensible a los encantos de su belleza y elegancia. Parecía no saber qué aconsejarme para eludir la búsqueda de mi marido sin acudir apresuradamente a mi tío, a quien, dijo titubeando, quizá no encontrase con vida. Dijo esto visiblemente apenado, y finalmente me rogó que aguardase el siguiente barco. Me ofreció todo el dinero que necesitase y prometió visitarme.

»Mantuvo su palabra. A todo esto, no llegaba carta alguna que pusiese fin a mi dolorosa incertidumbre. Me hice con algunos libros y partituras para entretener esos tediosos y solitarios días.

“Ven, Libertad eternamente sonriente, y trae contigo a tu alegre séquito”,

cantaba una y otra vez hasta que, deprimida por el esfuerzo de mantener la alegría, lamentaba amargamente la suerte que me privaba de cualquier placer

compartido. Había conquistado una relativa libertad, ¡mas el alegre séquito parecía haberse quedado muy atrás!

### CAPÍTULO XIII

»Vigilando a mi único visitante —el amigo de mi tío—, o por algún otro medio, el señor Venables descubrió mi paradero y vino a preguntar por mí. La criada le aseguró que en la casa no había nadie que concordase con su descripción. A esto le siguió un alboroto que me alarmó; me puse a escuchar y al distinguir su voz cerré con llave inmediatamente. De repente las voces se fueron calmando y esperé casi un cuarto de hora hasta que le oí abrir la puerta del salón y subir las escaleras con la casera, que afirmó servilmente no saber nada de mí.

»Al descubrir que mi puerta estaba cerrada con llave, ella me pidió que la abriera y me dispusiera a volver a casa con mi marido, aquel “pobre caballero” a quien había causado ya suficiente disgusto. No respondí. Entonces, el señor Venables, adoptando un tono de voz suave y fingido, me rogó que considerase lo mucho que sufría, así como mi propia reputación, y venciese ese resentimiento infantil. Siguió por ese camino, fingiendo dirigirse a mí pero adaptando de forma evidente su discurso a la capacidad de la patrona, quien a cada pausa murmuraba una exclamación de lástima o bien asentía: “Sí, no cabe duda. Muy cierto, señor”.

»Harta de aquella farsa y comprendiendo que no podría evitar la odiosa entrevista, abrí la puerta y mi marido entró. Mientras avanzaba con pausado aplomo para estrechar mi mano, yo retrocedí al sentir el contacto con involuntario sobresalto, como habría hecho ante un asqueroso reptil, con más repugnancia que terror. La mujer que lo había guiado hasta allí se retiraba para darnos, según dijo, la oportunidad de arreglar las cosas. Pero le dije que o entraba ella o saldría yo, y la curiosidad la impulsó a obedecerme.

»El señor Venables comenzó a quejarse y aquella mujer, orgullosa de la confianza que él parecía otorgarle, lo secundó. Pero, calmadamente, la hice callar interrumpiendo sus vulgares palabras, al tiempo que me volvía hacia él para preguntarle por qué me atormentaba en vano, pues ningún poder sobre la Tierra me haría volver a su casa. Tras un largo altercado, cuyos detalles no vienen al caso, él salió de la habitación. Durante un rato tuvo lugar una conversación en voz alta en el salón de abajo y descubrí que había traído con él a su amigo, un abogado.

» El alboroto en el rellano hizo salir a un caballero que no hacía mucho que

vivía en la pensión, quien me preguntó por qué me acosaban de aquel modo. El locuaz abogado se apresuró a repetir la conocida patraña. El extraño se volvió hacia mí, afirmando, con la mayor cortesía y gentil interés, que mi rostro reflejaba una historia muy diferente. Añadió que nadie habría de insultarme ni forzarme a salir de aquella casa.

—¿Ni siquiera su marido? —preguntó el abogado.

—No, señor, ni siquiera su marido —el señor Venables avanzó hacia él, pero la actitud de mi defensor era tan firme como su voz.

»Abandonaron la casa con la advertencia de que cualquiera que osase ampararme sería procesado por la justicia con el máximo rigor.

»Apenas se hubieron marchado, la casera subió de nuevo a verme y me suplicó perdón en un tono muy distinto. Pues, si bien el señor Venables la había obligado a hospedarme bajo su responsabilidad, no había atendido a sus numerosas insinuaciones para que pagase el alojamiento. Al instante prometí abonárselo y compensarla por mi marcha repentina con un regalo si me procuraba otro acomodo que se hallase a suficiente distancia. Me respondió contándome la bien urdida patraña del señor Venables, pero cuando le conté brevemente la verdad suscitó su piedad e indignación.

»Expresó su compasión con tal sinceridad y efusión que me sentí aliviada, pues carezco por completo de esa fastidiosa susceptibilidad que puede alertarse ante cualquier palabra o gesto hasta el punto de desechar la generosidad verdadera. Siempre me alegraba percibir en los demás los sentimientos humanitarios que a mí me gustaba poner en práctica. A veces el recuerdo de algunos episodios tópicos o ridículos, acontecidos en un momento de intensa emoción, me ha hecho reírme hasta la extenuación, aun cuando en ese momento el hecho de sonreír debiera parecerme algo sacrílego. Al tener siempre presente tu educación mientras escribo, querida hija, anoto estos sentimientos porque las mujeres, más acostumbradas a atender a las formas que a los actos, tienen un excesivo sentido del ridículo. Tanto es así que su tan cacareada sensibilidad a menudo se ve ahogada por una falsa delicadeza. La auténtica sensibilidad, la que asiste a la virtud y es el alma del genio, está tan dirigida en nuestra sociedad a los sentimientos de los demás que apenas puede reparar en sus propias sensaciones. ¡Con cuánta veneración he admirado a mi tío, mi querido padre intelectual, al ver que los sufrimientos de su cuerpo y de su mente estaban supeditados a la tarea de socorrer a aquellos cuyos infortunios eran comparativamente más triviales que los suyos! Le habría avergonzado ser tan indulgente consigo mismo como lo era con los demás. “La verdadera fortaleza”, afirmaba, “consiste en gobernar nuestras propias emociones y ser indulgentes con las flaquezas de nuestros amigos que no toleraríamos en nosotros mismos”. Mas, ¿adónde me lleva mi amoroso

desconsuelo?

—Las mujeres han de ser sumisas —dijo mi casera—. Pues, ¿qué podrían hacer la mayoría de ellas? ¿A quién tienen que las mantenga sino a sus maridos? Las mujeres, y especialmente una dama, no pueden trabajar —tal como ella había hecho— para ganarse con el sudor de su frente un poco de pan.

»Tenía ganas de hablar y se dispuso a contarme cómo se habían aprovechado de ella en este mundo. Si ella no sabía lo que era tener un mal marido, no lo sabía nadie. Comprendí que se sentiría muy humillada si no escuchaba su historia, así que no intenté interrumpirla, aunque le pedí que, tan pronto como pudiese, fuese a buscarme un nuevo alojamiento donde una vez más pudiese ocultarme.

»Comenzó contándome que había ahorrado algo de dinero trabajando de criada, y cómo la convencieron contra su voluntad —todos debemos enamorarnos una vez en la vida— para casarse con un hombre que le convenía, un lacayo de la familia para la que ambos trabajaban y que “no valía un comino”.

»—Mi plan —continuó— era comprar una casa y alquilar habitaciones. Todo fue bien hasta que mi marido conoció a una impúdica ramera que decidió vivir a costa de los demás, y entonces todo se echó a perder. Él empezó a contraer deudas por comprarle ropas finas, ropas que yo nunca había soñado llevar, y —¿podéis creerlo?— firmó una ejecución sobre mis bienes, comprados con el dinero que tanto me había costado ganar. Vinieron y se llevaron mi cama antes de yo hubiese oído ni una sola palabra sobre este asunto. ¡Ay, señora, estos son los infortunios de los que ustedes, las gentes de rango, nada saben! Mas la desdicha es la desdicha, venga por donde venga.

»De nuevo busqué trabajo como criada —lo cual me resultó muy duro tras haber tenido una casa propia—, pero él solía seguirme y armar tales alborotos cuando estaba ebrio que no pude conservar ningún empleo. Por si fuera poco, me robaba hasta la ropa para empeñarla, y cuando yo iba a la casa de empeños y les juraba que ls había comprado sin un solo penique de mi marido, me decían que lo mismo daba: mi marido tenía derecho a todos mis bienes. Al fin se alistó como soldado, y tomé una casa con el acuerdo de pagar el mobiliario poco a poco. Llegué casi a morirme de hambre hasta que una vez más conseguí salir adelante.

»Tras seis años de ausencia —¡Dios me perdone, pensaba que había muerto!— mi marido volvió, me encontró y vino a mí con un rostro tan compungido que lo perdoné y lo vestí de los pies a la cabeza. Pero no llevaba una semana en casa cuando algunos de sus acreedores lo prendieron y, después de que él vendiese mis bienes, me vi de nuevo reducida a la miseria, pues ya

no era tan capaz de trabajar ni de acostarme tarde y levantarme temprano como cuando dejé el servicio, y aun entonces ya me parecía extraordinariamente duro. Mi marido se cansó pronto de mí —cuando no pudo obtener nada más— y de nuevo se marchó dejándome sola.

»No os contaré los tumbos que di hasta que, dando por cierta la noticia de que él había muerto en un hospital extranjero, volví una vez más a mi antigua ocupación. Pero aún no he podido sacar la cabeza del agua, así que, señora, no debéis enojaros si temo correr cualquier riesgo cuando sé bien que las mujeres siempre llevan las de perder cuando se pronuncia la ley.

»Tras expresarle algunas quejas más, convencí a mi casera de que saliese a buscarme un hospedaje y, para mayor seguridad, accedí al mezquino truco de cambiar de nombre.

»Mas, ¿para qué exhibirme en incidentes como aquellos? Fui perseguida, cual bestia infecta, en tres escondites distintos y no se me habría permitido permanecer en ninguno si el señor Venables, sabedor del alarmante estado de salud de mi tío, no hubiese temido precipitar mi muerte durante mi embarazo atormentándome y obligándome a huir repentinamente de él. En ese caso, sus especulaciones sobre la fortuna de mi tío se habrían malogrado.

»Cierta día en que me había perseguido hasta una posada, sufrí un desmayo mientras escapaba de él. Cuando me desplomé, la visión de mi sangre lo alarmó y eso me concedió un respiro. Resulta extraño que él conservara alguna esperanza tras observar mi inquebrantable determinación, pero la bondad de mi comportamiento cuando comprendí que todos mis esfuerzos por cambiar su personalidad eran inútiles lo indujo a hacerse una idea equivocada de mi carácter. Se imaginaba que, si volviéramos a estar juntos, yo escaparía tan fácilmente como la vez anterior con el dinero que él no podría reclamarme legalmente. Había tomado mi templanza y ocasional benevolencia por debilidad de carácter y, al comprobar que me desagradaba oponer resistencia, confundió mi indulgencia y compasión con simple egoísmo; nunca descubrió que el miedo a ser injusta o a herir innecesariamente los sentimientos ajenos era mucho más doloroso para mí que cualquier cosa que hubiera de soportar. Tal vez fuese el orgullo lo que me hiciera creer que era capaz de sobrellevar aquello que me horrorizaba hacer a los demás, y que a menudo era más fácil sufrir que ver sufrir a otros.

»Olvidé mencionar que durante aquella persecución recibí una carta de mi tío informándome de que solo encontraba alivio en cambiar continuamente de aires, que tenía intención de volver cuando la primavera se hallase algo más avanzada —estábamos a mediados de febrero— y que entonces planearía un viaje a Italia para dejar atrás las nieblas y las preocupaciones de Inglaterra. Aprobaba mi conducta, prometía adoptar a mi hijo y parecía no tener ninguna



duda sobre la necesidad de obligar al señor Venables a atender a razones. Escribió a su amigo en el mismo correo pidiéndole que fuese a ver al señor Venables en su nombre para que, en razón de las protestas que le manifestaba, me permitiese dar a luz en paz.

»Durante las dos o tres semanas anteriores había podido descansar tranquilamente, pero tan acostumbrada estaba a las persecuciones y sobresaltos que apenas podía cerrar los ojos sin que me persiguiese la imagen del señor Venables, quien parecía adoptar formas odiosas o terroríficas para atormentarme dondequiera que mirase: a veces era un gato salvaje, un toro furioso o un horrible asesino del que yo trataba de huir en vano; otras, un demonio empujándome al borde de un precipicio, ahogándome en negras olas u horribles abismos. Me despertaba en medio de violentos accesos de temblorosa ansiedad, trataba de asegurarme de que todo era un sueño e intentaba llevar mis pensamientos durante el día a vagar por los deleitosos valles italianos que esperaba visitar pronto; o intentaba representarme algunas ruinas augustas en alguna de cuyas gastadas columnas me recostaba con la imaginación y escapaba —contemplando la virtudes de la Antigüedad que enaltecen el corazón— de los muchos cuidados que habían debilitado los audaces propósitos de mi alma. Mas por poco tiempo se me permitió sosegar la mente haciendo volar mi imaginación, pues al tercer día de nacer tú, mi niña, recibí con sorpresa la visita de mi hermano mayor, quien de la manera más brusca venía a informarme de la muerte de mi tío. Este había dejado la mayor parte de su fortuna a mi hija, designándome a mí como curadora. En definitiva, se habían tomado todas las medidas para convertirme en dueña y señora de su fortuna sin dejar nada en poder del señor Venables. Mi hermano vino a descargar su ira sobre mí por haberle, según dijo, “privado a él, el sobrino mayor de mi tío, de su herencia”, pese a ser esta una acusación sin el menor asomo de verdad, pues las propiedades de mi tío, fruto de su propio esfuerzo, estaban en fondos y bonos sobre la tierra.

»Yo quería sinceramente a mi tío, así que la noticia me provocó una fiebre que traté de dominar con todas mis fuerzas, pues en mi triste estado me preocupaba no poder amamantarte, mi pobre pequeña. Tú parecías ser mi único vínculo con la vida, un ángel para quien deseaba ejercer de padre y madre al mismo tiempo. Ese doble deber parecía aumentar en igual medida el amor que sentía por ti. Mas el placer que sentía al darte sustento —hurtado al fracaso de mis esperanzas— quedaba cruelmente ahogado por melancólicas reflexiones sobre mi viudez, pues viuda me consideraba tras la muerte de mi tío. No pensaba en el señor Venables, ni siquiera cuando cavilaba sobre la felicidad de amar a un padre y sobre cómo la ternura paternal podía incrementar la dicha y atenuar las cuitas de una madre. “Así debería ser”, exclamé, intentando alejar la emoción que me ahogaba, pero me sentía débil y las lágrimas bañaron espontáneamente mi rostro. “¿Por qué —te preguntaba,

aunque tú no me escuchabas— se me ha apartado del más dulce placer de la vida?” Imaginaba con cuánto embeleso le habría presentado, tras los dolores del parto, a mi pequeña desconocida —a la que durante tanto tiempo había anhelado ver— a un padre respetable, y con qué cariño maternal habría apretado a ambos contra mi corazón. Besaba a mi pequeña con menos efusión, aunque con la más entrañable compasión, —¡pobre criatura desvalida!— cuando detectaba el menor parecido con aquel a quien debía su existencia. Si algún gesto suyo me recordaba a su padre, incluso en sus mejores tiempos, mi corazón sentía repugnancia, y apretaba a aquella inocente contra mi pecho como para purificarla; sí, me ruborizaba pensar que su pureza había quedado mancillada por haber permitido que un hombre así fuese su padre.

»Cuando me hube recuperado, empecé a pensar en procurarme una casa en el campo o viajar al continente para escapar del señor Venables y abrir mi corazón a nuevas alegrías y afectos. La primavera daba paso al verano y tú, mi pequeña compañera, comenzabas a sonreír. Esa sonrisa hizo brotar de nuevo la esperanza, al tiempo que me aseguraba que el mundo no era un desierto. Tenía tus gestos constantemente presentes en mi imaginación y me deleitaba en la dicha que sentiría cuando comenzases a andar y balbucear. Al observar el despertar de tu mente y resguardar de cualquier viento inclemente a mi tierna florecilla, recobré el ánimo y no soñé siquiera con la helada, “la mortífera helada”, a la que habrías de hacer frente. Pero de nuevo pierdo la paciencia y clamo contra la injusticia del mundo, aunque más bien debería llamarla locura e ignorancia. Aislada, sin poder dar rienda suelta a mi pensamiento y volviendo siempre sobre las mismas desdichas, escribo aquejada de esos angustiosos celos que solo deberían suscitar indignación sincera o una decidida compasión, y así sería si los viese como la consecuencia natural de las cosas. Pero, nacida mujer y condenada a sufrir intentando reprimir mis emociones, siento con más agudeza los diversos perjuicios a los que mi sexo está condenado a enfrentarse; y veo que los agravios que están obligadas a sufrir las mujeres las degradan tan por debajo de sus opresores que casi les hacen justificar esta tiranía, al tiempo que llevan a algunos filósofos superficiales a identificar como causa lo que solo es consecuencia de un ciego despotismo.

## CAPÍTULO XIV

»A medida que mi mente se iba serenando, las visiones de Italia regresaron con su anterior resplandor y colorido, así que decidí abandonar el país por un tiempo en busca de la alegría que resulta naturalmente de un cambio de escenario, a menos que llevemos clavada la punzante flecha y solo veamos lo

que nos dictan nuestros sentimientos.

»Mientras hacía los preparativos para una larga ausencia, envié una suma de dinero para pagar las deudas de mi padre y dejé a mis hermanos bien situados. Pero mi atención no se centraba exclusivamente en mi familia, aunque no creo necesario detallar las prácticas comunes de altruismo. El modo en que estaban estipuladas las propiedades de mi tío me impedía calcular el total de la fortuna que le correspondía a la única hermana que me quedaba, tal y como habría deseado, pero había convencido a mi tío para que le legara dos mil libras, y ella decidió casarse con un pretendiente por quien se sentía atraída de un tiempo a esa parte. De no haber sido por ese compromiso la habría invitado a acompañarme en mi viaje, y quizá hubiese eludido la trampa tan astutamente puesta en mi camino cuando menos consciente era del peligro.

»Tenía intención de permanecer en Inglaterra mientras tuviese que amamantar a mi hija, pero este periodo de libertad era demasiado apacible para durar y pronto tuve motivos para querer apresurar mi marcha. Un amigo del señor Venables, el mismo abogado que lo había acompañado en numerosas excursiones para darme caza en los parajes donde me ocultaba, me aguardaba para proponerme una reconciliación. Ante mi negativa, me aconsejó indirectamente que cediese a mi marido —pues así lo denominaba él— la mayor parte de las propiedades a mi nombre, al tiempo que me amenazaba con una persecución continua si no accedía y con, en última instancia, reclamar a mi hija. Aunque intimidada por esta última insinuación, no vacilé en afirmar que no le permitiría malgastar el dinero que yo había heredado con fines bien distintos, pero que le ofrecía quinientas libras si se comprometía por escrito a no atormentarme más. Mis celos maternos me hicieron parecer dubitativa respecto a mi primera decisión y probablemente le sugirieron, a él o a su diabólico representante, la infernal conspiración que con tanto éxito han llevado a cabo.

»Mi marido firmó ese escrito; no obstante, yo estaba impaciente por salir de Inglaterra. La malicia flotaba en el aire que compartíamos cuando él estaba cerca. Mi deseo era que los mares nos separasen y que las aguas fluyeran entre nosotros hasta que él olvidase que yo tenía los medios para ayudarle con un nuevo plan. Inquieta por los últimos acontecimientos, me dispuse a partir apresuradamente. Tan solo aguardaba a una criada que hablaba francés con fluidez y que me habían recomendado muy vivamente. Me aconsejaron que contratase a un mayordomo cuando hubiese fijado mi lugar de residencia.

»¡Dios mío, cuán ligero sentía el corazón al partir hacia Dover! No era mi país, sino mis pesares, los que dejaba atrás. Mi corazón parecía saltar con las ruedas, o más bien aparentaba ser el eje sobre el que estas giraban. Te estreché contra mi pecho, exclamando: “¡Y tú estarás a salvo, completamente a salvo, en cuanto embarquemos! ¡Ojalá estuviésemos ya allí!”. Sonreí por mis

temores infundados —consecuencia lógica de los continuos sobresaltos—; no quería admitir que me inquietaba la astucia del señor Venables ni que era consciente del pavoroso placer que él sentiría al tramar un ardid tras otro para engañarme. Ya había caído en la trampa. Nunca llegué al barco. Nunca más te vi. Me falta el aliento. Apenas tengo paciencia para escribir los detalles. La criada —la impostora que había contratado— puso sin duda alguna droga en algo que comí o bebí la mañana en que salí de la ciudad. Todo cuanto sé es que debió de abandonar el carruaje —¡maldita sinvergüenza!— llevándose a mi pequeña, tras apartarla de mi pecho. ¿Cómo pudo un ser con forma de mujer ver las caricias que te prodigaba y arrancarte de mis brazos? Debo parar y reprimir mi angustia de madre, o la amargura de mi alma me hará implorar que la ira del Cielo caiga sobre esa fiera que me robó mi único consuelo.

»No sé cuánto tiempo dormí. Muchas horas, desde luego, pues desperté al acabar el día con la mente llena de pensamientos extraños y confusos. Seguramente los gritos desgarradores de alguien al otro lado de un enorme y pesado portón me hicieron recobrar la conciencia. Cuando intenté preguntar dónde estaba, me falló la voz y traté de alzarla en vano, como había hecho en sueños. Llena de espanto, buscaba a mi pequeña; temía se me hubiese caído del regazo mientras me había olvidado tan extrañamente de ella. Tal era la confusa embriaguez —no puedo darle otro nombre— en la que me hallaba sumida que no podía recordar dónde ni cuándo te había visto por última vez. Suspiré, no obstante, como si mi corazón necesitase espacio para despejarme la cabeza.

»Las puertas se abrieron pesadamente y el sonido estridente de incontables cerraduras y cerrojos al descorrerse rechinó en mi alma, antes de quedar sobrecogida por el chirriar de los tétricos goznes cerrándose tras de mí. La lóbrega mole se alzaba ante mí, medio en ruinas; algunos de los viejos árboles de la avenida habían sido talados y abandonados a su suerte allí donde cayeron. Al aproximarnos a unos decrepitos escalones, un perro monstruoso se lanzó hacia nosotros hasta donde se lo permitía su cadena, y ladró y gruñó de un modo infernal. La puerta se abrió lentamente y por ella asomó un rostro de mirada fiera sosteniendo una lámpara. “¡Cállate!”, dijo en tono amenazador, y el animal se escabulló asustado hacia su caseta. La puerta del carruaje se abrió de golpe, el desconocido dejó la linterna y me agarró con sus terribles brazos. Era, sin duda, el efecto de la bebida narcótica, pues en vez de resistirme con todas mis fuerzas me desplomé inerte, aunque consciente, sobre sus hombros, al tiempo que mis miembros se negaban a obedecerme. Me subió por las escaleras hasta una sala cerrada. La vela que llameaba en el candil apenas iluminaba entre tanta oscuridad, aunque me permitió ver el fiero rostro del infeliz que me sostenía.

»Este subió una ancha escalinata. Grandes figuras pintadas en las paredes

parecían recriminarme y a cada paso tenía la impresión de toparme con ojos amenazadores. Al entrar en una larga galería, un tétrico aullido me hizo soltarme de los brazos de mi guardián con una sensación de terror que no sabría describir, pero caí al suelo, incapaz de sostenerme.

»Una mujer de aspecto extraño salió de uno de los recovecos y me observó con más curiosidad que interés hasta que, cuando se le ordenó retirarse, reuló con la ligereza de una sombra. Otras caras, de rasgos muy pronunciados o distorsionados, se asomaron por las puertas a medio abrir, y oí unos sonidos ininteligibles. No tenía una idea precisa de dónde podía hallarme; miraba a todos lados y casi dudaba si estaba viva o muerta.

»Me arrojaron sobre una cama e inmediatamente perdí de nuevo la conciencia. Al día siguiente, conforme fui recuperando poco a poco la razón, comencé a darme cuenta —y esa certeza me hizo estremecerme de espanto— de que estaba encerrada. Insistí en ver al amo de la mansión. Lo vi, y comprendí que me habían enterrado viva.

»Esos son, hija mía, los avatares de la vida de tu madre hasta este terrible momento. Si alguna vez logro escapar de las garras de mis enemigos, te contaré los secretos de mi casa-prisión y...».

Aquí se habían tachado algunas líneas y las memorias se interrumpían bruscamente con los nombres de Jemima y Darnford.

La obra, un fragmento de la cual se ha presentado ahora al lector, fue concebida para constar de tres partes. Se consideraba que las páginas precedentes constituían una de esas partes. Aquellas personas que, tras leer atentamente los capítulos ya escritos y hasta cierto punto culminados por la autora, hayan sentido que su corazón despertaba y que aumentaba su curiosidad por saber cómo continuaba la historia, aceptarán encantados como materiales suplementarios los párrafos incompletos y las frases a medio terminar que se han hallado entre algunos papeles de la autora. El crítico fastidioso e insensible tal vez sienta rechazo por la forma inconexa en que se presentan, mas un temperamento curioso acepta con gusto la información más imperfecta e incompleta cuando no hay algo mejor. Los lectores que de algún modo se asemejen a la autora en su rápida aprehensión del sentimiento y de los placeres y tormentos de la imaginación, hallarán, creo yo, placer en la lectura de los bosquejos a los que la autora pretendía, al cabo de poco tiempo, añadir los retoques finales de su genio, pero que ahora deben quedar por siempre como una muestra del triunfo de nuestra condición mortal sobre los planes y proyectos de utilidad e interés público.

## CAPÍTULO XV

Darnford devolvió las memorias a María con una carta extraordinariamente afectuosa en la que meditaba acerca de «lo absurdo de las leyes sobre el matrimonio, el cual, hasta que pudiera obtenerse fácilmente el divorcio, constituía —afirmaba— la más insufrible de las esclavitudes». Ataduras de esa naturaleza no podían aprisionar a mentes gobernadas por principios superiores. Esos seres tenían el privilegio de actuar por encima de lo que dictasen unas leyes en cuya elaboración no tenían voz ni voto, si poseían la suficiente entereza como para soportar las consecuencias. En el caso de María, hablar de compromisos era una farsa, excepto de los que se debía a sí misma. La fragilidad, así como la razón, le prohibían pensar en volver de nuevo con su marido: ¿debía, pues, refrenar su encantadora sensibilidad por el mero prejuicio? Estos argumentos no eran del todo imparciales, pues Darnford no hacía nada por ocultar que, cuando apelaba a la razón de María, sentía que, en su corazón, ella le guardaba afecto. Esa certeza era tan embriagadora como sagrada: mil veces al día se preguntaba qué había hecho para merecer esa dicha, y otras tantas se decidía a purificar el corazón que ella se había dignado a habitar. Rogó ser admitido de nuevo en su presencia.

Lo consiguió, y las lágrimas que brillaban en sus ojos cuando la apretó respetuosamente contra su pecho le hicieron ganarse el amor de la desventurada madre. El dolor había serenado los raptos amorosos solo para volver más conmovedora su mutua devoción. En anteriores visitas Darnford se las había ingeniado, bajo cien nimios pretextos, para sentarse a su lado, coger su mano o mirarla a los ojos. Ahora todo era reconfortante afecto y la estima parecía rivalizar con el amor. Él aludió a su relato y habló con emoción de la opresión que ella había soportado. Sus ojos, que refulgían como una suave llama, le decían cuánto deseaba devolverla a la libertad y al amor; besó su mano, como si fuese la de una santa, y le habló de la pérdida de su hija como si fuese la suya. ¿Qué podría resultar más halagador para María? Cada ejemplo de altruismo quedaba grabado en su corazón y lo amó por quererla tanto como para no dar paso a los arrebatos de pasión. Volvieron a verse en varias ocasiones y Darnford afirmó, mientras la emoción le hacía ruborizarse, que nunca antes había sabido lo que era amar.

Cierta mañana Jemima informó a María de que su amo pretendía presentarle sus respetos y hablar con ella sin la presencia de testigos. Este vino y trajo consigo una carta cuyo contenido fingía desconocer, aunque insistió en que le fuese devuelta. Era del abogado mencionado anteriormente, quien le comunicaba la muerte de su hija e insinuaba que, por lo tanto, María no podría tener una heredera legítima y que, si cedía en vida la mitad de su fortuna, la llevarían a Dover y le permitirían retomar su proyecto de viajar. María, llena de indignación, respondió que no tenía nada que tratar con el asesino de su

hija y que no compraría su libertad a costa de perder el respeto por sí misma. Comenzó a quejarse a su carcelero, pero este le ordenó callar inmediatamente, pues si había llegado tan lejos no era para detenerse entonces.

Darnford la visitó por la noche. Jemima tuvo que ausentarse y, como de costumbre, los cerró con llave para que no fuesen interrumpidos o descubiertos. Al principio los amantes se sentían incómodos, mas fueron deslizándose sin darse cuenta hacia las confidencias. Darnford dijo que quizá pronto los separasen, y que deseaba que ella evitase que el destino los alejase. En ese momento ella lo consideró su esposo y él se comprometió solemnemente a ser su protector y amigo para toda la eternidad.

Había algo peculiar en el carácter de María: se afanaba más por no engañar que por guardarse del engaño, y prefería confiar sin motivo suficiente antes que ser eternamente presa de las dudas. Además, ¿qué ha de esperarse, cuando la mente adquiere mediante la reflexión una suerte de elevación que exalta la meditación más allá de las pequeñas aprensiones que nos dicta la prudencia? Vemos aquello que deseamos y construimos un mundo propio. Aunque a veces la realidad pueda abrir una puerta al dolor, los momentos de dicha que nos regala la imaginación se pueden contar, sin que resulte paradójico, entre los más firmes consuelos de la vida. En aquel momento, María, al encontrar un ser de índole celestial, se sentía feliz y confiada. Ella lo moldeaba con sus manos apasionadas y él reflejaba todos aquellos sentimientos que la animaban y confortaban.

## CAPÍTULO XVI

Cierta mañana la confusión pareció apoderarse de la casa, y Jemima llegó aterrada e informó a María que su amo había salido con la determinación, según le habían asegurado (y demasiadas circunstancias parecían corroborar esa opinión como para dejar alguna duda), de no regresar jamás.

—Así pues —le dijo Jemima—, estoy lista para acompañaros en vuestra huida.

María se puso en pie de un salto e inmediatamente lanzó una rápida mirada hacia la puerta, como si temiese que alguien la cerrase dejándola allí para siempre. Jemima prosiguió:

—Quizá ahora no tenga derecho a esperar que cumpláis vuestra promesa, pero de vos depende que me reconcilie con la raza humana.

—Pero... ¿y Darnford? —exclamó María con tristeza, sentándose de nuevo y cruzando los brazos—. No tengo ninguna hija a la que acudir, y la

libertad ha perdido para mí todos sus encantos.

—Mucho me equivoco si Darnford no es el causante de la huida de mi amo. Sus guardianes me han asegurado que han prometido mantenerlo recluido dos días más y que después será libre. No podéis verlo, pero le entregarán una carta cuando lo pongan en libertad. Decidle en ella dónde puede encontraros en Londres, precisad algún hotel. Dadme vuestras ropas, las sacaré de la casa junto con las mías y nos escabulliremos hasta la verja del jardín. Escribid la carta mientras dispongo esos preparativos, ¡mas no perdáis tiempo!

Con el ánimo agitado e incapaz de calmarlo, María comenzó a escribir a Darnford. Se dirigió a él llamándolo «esposo» y lo instó a «reunirse prontamente con ella para compartir su fortuna o a esperarla hasta que ella fuese a su encuentro». Un hotel en el Adelphi era el lugar designado para la cita.

La carta fue sellada y encomendada; con pasos ligeros, aunque aterrada por el ruido de sus pisadas, María descendió respirando con dificultad y con el vago temor de que nunca franquearía la verja del jardín. Jemima la precedía.

Un ser con un rostro parecido al de un endemoniado cruzó el sendero y agarró por el brazo a María, quien solo temía que alguien la retuviera.

—¿Quién sois?, ¿quién sois? —le preguntó, pues aquella forma apenas era humana—. Si sois de carne y hueso —sus espantosos ojos la miraron con fiereza—, ¡no me detengáis!

—Mujer —la interrumpió una voz sepulcral—, ¿qué debo hacer con vos? —aquel ser siguió aferrando su mano, mientras soltaba una maldición.

—¡No, no debéis hacerme nada! —exclamó ella—. ¡Este es un asunto de vida o muerte!

Con una fuerza sobrenatural se desasíó de él y echó sus brazos alrededor de Jemima, mientras gritaba: «¡Salvadme!». El ser de cuyas garras había escapado María cogió una piedra mientras abrían la puerta y, con una suerte de diabólica diversión, se la arrojó, mas ellas ya estaban fuera de su alcance.

Cuando María llegó a la ciudad, se dirigió al hotel fijado para el encuentro. Pero no podía permanecer sentada: se acordaba constantemente de su niña y todo lo acontecido durante el encierro le parecía un sueño. Fue a cierta casa de las afueras a la que, según averiguó, habían enviado a su pequeña. Nada más entrar, su corazón se llenó de tristeza, pues tuvo la certeza de que en ese lugar estaba enterrada su hija. Hizo las averiguaciones pertinentes y le indicaron el cementerio en el que la pequeña descansaba bajo un manto de hierba. Un pequeño vestido que llevaba puesto la hija del ama de cría —lo había hecho



María con sus propias manos— atrajo su mirada. La nodriza se lo vendió encantada por media guinea y María se marchó rápidamente con la reliquia que, cuando entró en el coche de punto que la esperaba, contempló durante todo el trayecto hasta llegar al hotel.

Poco después se presentó ante el abogado que había redactado el testamento de su tío y le explicó su situación. Este le adelantó al instante parte del dinero que aún quedaba en sus manos y prometió revisar de nuevo todo el caso. María solo deseaba que la dejaran vivir en paz. Descubrió que a su representante le habían presentado varias facturas, aparentemente con su firma, y no tardó ni un segundo en adivinar quién las había falsificado. No obstante, enemiga por igual de amenazar o suplicar, pidió a su amigo el notario que fuese a ver al señor Venables. Este no se hallaba nunca en casa, pero finalmente su representante —el abogado— prometió a María que su marido la dejaría en paz con una condición: siempre y cuando se comportase correctamente y entregase los recibos. María aceptó sin pensarlo; Darnford había llegado y ella únicamente ansiaba vivir para amar; deseaba olvidar la angustia que sentía cada vez que pensaba en su pequeña.

Alquilaron juntos una casa amueblada, pues ella estaba por encima de los fingimientos. Jemima insistió en que la considerase su ama de llaves y en cobrar su anterior sueldo. Bajo ningún otro concepto permanecería con su amiga.

Darnford investigó infatigablemente las misteriosas circunstancias de su encierro. La causa era bien sencilla: un pariente muy lejano, de quien era heredero, había muerto sin hacer testamento, dejando una considerable fortuna. Al enterarse de la llegada de Darnford a Inglaterra, cierta persona, a la que se había confiado la administración de la propiedad y que estaba en posesión de las escrituras, con la intención de excluir a Darnford de la sucesión mediante una siniestra trampa, había planeado su confinamiento. Tan pronto hubo tomado las medidas que juzgó más convenientes para su objetivo, este rufián, junto con su secuaz, el responsable del manicomio, abandonaron el país. Darnford, que aún seguía investigando, descubrió finalmente que se habían refugiado en París.

Así pues, María y él decidieron, junto con la leal Jemima, viajar hasta allí, y mientras hacían los preparativos para el viaje recibieron la noticia de que el señor Venables había interpuesto una denuncia contra Darnford por seducción y adulterio. La indignación que sintió María no podría describirse; se arrepintió de la templanza con la que se había comportado al entregar los recibos. Darnford no podía posponer su viaje sin arriesgarse a perder sus propiedades. Así pues, María le dio dinero para su viaje y decidió permanecer en Londres hasta que aquel asunto concluyera.

Fue a ver a ciertas damas de las que había sido muy amiga, mas estas se negaron a recibirla, y en la ópera o en Ranelagh no lograban acordarse de ella. Entre esas damas había algunas —no sus amigas más íntimas— que supuestamente se valían del matrimonio como un pretexto para ocultar un comportamiento que, si se tratase de muchachas inocentes y seducidas, habría mancillado su fama para siempre. Estas damas se mostraban particularmente distantes con ella. Si hubiese permanecido junto a su marido, viviendo de manera hipócrita y descuidando a su hija para tener una aventura, habría seguido siendo visitada y respetada. Si, en lugar de vivir abiertamente con su amante, se hubiese dignado a emplear mil artimañas que, a costa de degradar su mente, quizá hubiesen permitido que las personas que no fuesen engañadas pudiesen fingirlo, la habrían aplaudido y tratado como a una mujer honrada. «¡Bruto es un hombre honorable!», dijo Marco Antonio con igual sinceridad.

Con Darnford no saboreó la felicidad ininterrumpida; había en su actitud una volatilidad que a menudo la afligía, pero el amor alegraba el panorama. Además, él era el ser más tierno y compasivo del mundo. La inclinación al sexo a menudo da una apariencia de humanidad al comportamiento de los hombres que en realidad tienen pocas pretensiones, pues parecen amar a los demás cuando en realidad solo buscan su propia satisfacción. Darnford se mostraba siempre dispuesto a aprovecharse del gusto y las capacidades de María, mientras que ella procuraba beneficiarse de su carácter decidido y extirpar algunas ideas románticas que habían enraizado en su mente cuando, en la adversidad, se había dejado obsesionar con visiones de una felicidad inalcanzable.

Los afectos verdaderos de la vida, cuando se les permite fluir, son brotes impregnados de dicha y de todas las dulces emociones del alma. Crecen, a pesar de todo, con extraordinaria facilidad, a diferencia de las formas artificiales de felicidad que a la imaginación tanto le cuesta esbozar con viveza. La felicidad sustancial, que expande y perfecciona la mente, se puede comparar con el placer que se siente al vagar por la Naturaleza e inhalar los dulces vendavales que son naturales al clima. Las fantasías de una imaginación febril, por el contrario, se recrean continuamente en jardines llenos de arbustos aromáticos, que empalagan a la vez que deleitan y merman el placer de disfrutarlos. El reino de la fantasía, por debajo o más allá de las estrellas, en esta vida o en las regiones rodeadas por el ilimitado océano de lo venidero en las que siempre impera la alegría, presenta una uniformidad insípida y fastidiosa. Los poetas han imaginado escenas de exaltación dichosa, pero al arrinconar el dolor, todas las exultantes emociones del alma, e incluso su grandiosidad, parecen quedar igualmente excluidas. Nos alivia contemplar el lago sereno y anhelamos escalar las rocas que cercan el alegre valle de la satisfacción, aunque en el desierto sin senderos silben las serpientes y el peligro aceche en las trampas inexploradas. María se sentía más indulgente

cuanto más feliz era, y descubría virtudes en ciertos caracteres que anteriormente había pasado por alto mientras perseguía los fantasmas de la elegancia y la excelencia, que brillan como meteoros y se apagan en ciénagas de desdicha. El romance a veces impide al corazón disfrutar del placer social y, fomentando una sensibilidad enfermiza, lo vuelve insensible a los dulces detalles de humanidad.

Separarse de Darnford fue ciertamente duro. Significaba sentirse dolorosamente sola, pero se regocijaba al pensar que le ahorraría la preocupación y perplejidad del litigio y se reuniría de nuevo a solas con él. Creía que el matrimonio —tal como estaba constituido— conducía a la inmoralidad. No obstante, puesto que el odio de la sociedad impide el provecho, deseaba reconocer su amor por Darnford convirtiéndose en su esposa según las reglas establecidas (sin confundirse por ello con otras mujeres que actúan por motivos bien distintos), aunque su comportamiento sería el mismo con ceremonia que sin ella y sus expectativas respecto a él, no menos firmes. No obstante, el hecho de que la citaran a defenderse de una acusación de la que estaba resuelta a declararse culpable la mortificaba, al tiempo que le suscitaba amargas reflexiones sobre la situación de las mujeres en la sociedad.

## CAPÍTULO XVII

Tal era su estado de ánimo cuando saltaron sobre ella los sabuesos de la ley. María asumió la tarea de dirigir la defensa de Darnford. Dijo al abogado que se declararía culpable del cargo de adulterio, pero negaría el de seducción.

El abogado del demandante abrió la causa afirmando que su cliente siempre había sido un marido indulgente y había soportado pacientemente numerosos defectos de carácter por parte de su mujer, al tiempo que no tenía nada que imputarle legalmente. Pero ella se había ido de casa sin indicar la causa. No podía afirmar que ella conociese por entonces al demandado, pero, en cierta ocasión en que había intentado llevarla de vuelta a casa, ese hombre había ahuyentado a los agentes del orden y se la había llevado no sabía adónde. Tras el nacimiento de su hija, su conducta fue tan extraña —y al haber sufrido un miembro de su familia cierta enfermedad nerviosa sobre la que la delicadeza le impedía extenderse—, que se hizo necesario recluirla. Por algún medio el demandado la ayudó a escapar y desde entonces habían vivido juntos, contraviniendo todo principio de orden y decoro. El adulterio se admitía: no era necesario traer a ningún testigo para probarlo, mas la seducción, aunque altamente probable a tenor de las circunstancias que tenía el

honor de relatar, no podía demostrarse de modo tan claro. Dicha seducción era del género más aborrecible, pues desafiaba la decencia y despreciaba el respeto a la reputación, el cual es una muestra de contrición.

Un fuerte sentimiento de injusticia había silenciado las emociones que, de otro modo, se hubiesen suscitado en el pecho de María por una mezcla de delicadeza falsa y verdadera. Tan solo deseaba insistir en el privilegio de su condición. Los sarcasmos de la sociedad y la condena de un mundo equivocado no significaban nada para ella en comparación con el hecho de actuar en contra de los sentimientos que constituían el fundamento de sus principios. En consecuencia, se hizo notar resueltamente, en lugar de desear ausentarse en tan memorable ocasión.

Convencida de que los subterfugios de la ley eran vergonzosos, escribió una nota y pidió expresamente que pudiera leerse en la sala:

Casada cuando apenas era capaz de discernir la naturaleza de ese compromiso, no obstante me sometí a las rígidas leyes que esclavizan a las mujeres y obedecí al hombre al que ya no podía amar. No es mi intención discutir si los deberes del matrimonio son recíprocos, pero puedo demostrar reiteradas infidelidades por parte de mi marido que pasé por alto o perdoné. No faltan testimonios que den prueba de tales hechos. En este momento mantengo a la hija que mi marido tuvo con una criada y que nació después de nuestra boda. Estoy dispuesta a admitir que la educación y las circunstancias llevan a los hombres a pensar y actuar con menos delicadeza de la que el mantenimiento del orden social exige a la mujeres, pero ciertamente puedo afirmar sin ninguna duda que, si bien puedo excusar el nacimiento de esa criatura, no así su miserable abandono. Puesto que despreciaba al hombre, no me resultaba fácil venerar al esposo. No obstante, con las adecuadas restricciones, respeto profundamente la institución que hermana al mundo. Clamo contra las leyes que ponen todo el peso del yugo sobre los hombros más débiles y obligan a las mujeres —cuando reclaman protección como madres— a firmar un contrato que las hace depender de los caprichos de un tirano, a quien la elección o la necesidad han designado para reinar sobre ellas. Son varios los casos en los que una mujer debe separarse de su marido, y el mío, permítaseme que vuelva a insistir en ello, puede describirse como uno de los más graves.

No me extenderé sobre aquellas provocaciones que solo el individuo puede evaluar, sino que presentaré únicamente aquellos cargos cuya veracidad se revelará como un insulto a la humanidad. Para financiar sus ruinosas especulaciones, el señor Venables me convenció para pedir dinero a un pariente acaudalado y, cuando me negué a seguir haciéndolo, pensó en usarme como moneda de cambio. No solo permitió situaciones conducentes a ese fin, sino que instó a un amigo al que había pedido prestado dinero a que me

sedujese. Cuando descubrí ese acto tan atroz, decidí abandonarlo, plenamente convencida y para siempre. Consideré que su conducta había anulado cualquier obligación que tuviera con respecto a él, y creo que las rupturas causadas por la falta de principios jamás pueden remediarse.

Gracias a mí, había recibido una fortuna que ascendía a cinco mil libras. Tras la muerte de mi tío, convencida de poder mantener a mi pequeña, rompí el acuerdo sobre dicho patrimonio. No exigí que ninguna propiedad me fuese devuelta, y no enumeraré las cantidades que me fueron arrebatadas a la fuerza durante los seis años que vivimos juntos.

Tras abandonar lo que la ley considera mi hogar, fui perseguida como un criminal allá donde fui, si bien no contraí deuda alguna ni pedí a nadie que me mantuviese. No obstante, puesto que la ley castiga tal comportamiento y convierte a las mujeres en meras propiedades de sus maridos, me abstendré de protestar ante ese hecho. Tras el nacimiento de mi hija y la muerte de mi tío, que nos dejó una considerable fortuna a mí y a mi pequeña, me vi expuesta a una nueva persecución. Puesto que había jurado ser fiel antes de alcanzar lo que se denomina una edad de suficiente madurez, el mundo me trató como si hubiese de estar por siempre atada a un hombre cuyos vicios eran notorios. Mas, ¡qué son los vicios comúnmente conocidos, comparados con los infortunios que debe soportar una mujer y que, aunque se sienten en lo más profundo y dejan el alma herida, no son fáciles de describir y pueden ser encubiertos! Incluso se insta una falsa moral según la cual la virtud de la mujer se reduce a la castidad, la sumisión y el perdón de las ofensas.

Perdono a mi opresor, aunque lloro amargamente la pérdida de mi hija, que me fue arrebatada con tanta violencia. Pero mi naturaleza se subleva y el alma se me estremece ante la mera suposición de que se me quiera obligar a fingir amor cuando es necesaria una separación que me impida sentir a cada minuto una insufrible aversión.

Para forzarme a ceder mi fortuna, me encarcelaron, sí, en un manicomio privado. Allí, en el corazón de la miseria, conocí al hombre acusado de seducirme. Nos tomamos cariño; yo me consideraba —y siempre me consideraré— libre. La muerte de mi pequeña disolvió el único vínculo que aún existía entre aquel a quien la ley denomina mi marido y yo.

A esta persona, a quien conocí de ese modo, me entregué voluntariamente, sin considerarme más impelida a transgredir las leyes de la pureza moral —alegando en mi favor la voluntad de mi marido— que a infringir las leyes a las que la política de una sociedad artificial ha acompañado de castigos efectivos. Mientras que la potestad de ningún marido puede evitar que una mujer sufra por ciertos delitos, a esta se le ha de permitir examinar su conciencia y comportarse hasta cierto punto según su propio criterio moral. El respeto que

me debo a mí misma me exigía mantenerme firme en mi decisión de no ver nunca al señor Venables como un marido, y no me impedía alentar a otro. Si por desgracia estoy unida a un hombre sin principios, ¿he de renunciar a ejercer de esposa y madre? Deseo que mi país apruebe mi conducta, mas si existen leyes hechas por los poderosos para oprimir a los débiles, apelo a mi propio sentido de la justicia y afirmo que no viviré con el individuo que ha violado todas las obligaciones morales que vinculan a las personas.

Protesto igualmente contra cualquier acusación que se haga para incriminar al hombre al que considero mi marido. Tenía veintiséis años cuando abandoné la casa del señor Venables; si se supone que algún día yo alcanzaría una edad en la que podría ser dueña de mis actos, hacía tiempo que ese día había llegado. Actué con deliberación. El señor Darnford halló en mí una mujer desamparada y oprimida, y me prometió la protección de la que carecen las mujeres en la sociedad actual. Mas el hombre que ahora me reclama, ¿acaso fue privado de mi compañía por comportarse así? La misma pregunta es un insulto al sentido común, considerando dónde me conoció el señor Venables. En efecto, la puerta del señor Venables estaba abierta para mí —o, mejor dicho, empleó amenazas y súplicas para hacerme regresar—, pero ¿por qué motivo? ¿Lo hizo por amor, o más bien por el qué dirán? No puedo, ciertamente, sondear las profundidades del corazón humano, pero me atrevo a afirmar con la certeza que me otorgan toda una serie de circunstancias que únicamente lo impulsaba la más ávida codicia.

Así pues, pido el divorcio y la libertad de disfrutar —sin que nadie me acose— de la fortuna que me dejó un familiar que conocía bien la personalidad del hombre con el que yo habría de lidiar. Apelo a la justicia y humanidad del jurado, un grupo de hombres a cuyo dictamen se le debe otorgar la fuerza para modificar leyes que han de ser forzosamente injustas, pues unas reglas fijas nunca pueden aplicarse a circunstancias siempre diversas. Igualmente, desapruuebo que se castigue al hombre que he elegido, a quien libero solemnemente del cargo de seducción.

No me puse en ninguna situación que justificase la acusación de adulterio hasta que me hube librado, con pleno convencimiento, de los grilletes que me ataban al señor Venables. En cuanto al tiempo que viví con él, desafié a las voces calumniosas a que intenten mancillar lo que denominan «el buen nombre de una mujer». Desatendida por mi marido, jamás incité a ningún amante, y preservé con escrupuloso celo —aun a costa de mi sosiego— lo que llaman «mi honor», hasta que él, que debiera ser su guardián, me tendió trampas con el fin de provocar mi caída. Desde ese momento me consideré libre a los ojos de Dios, y ningún poder sobre la Tierra me haría renunciar a mi decisión.

En su resumen final de las pruebas y testimonios aportados, el juez aludió

a «la falacia de permitir que las mujeres aleguen sus sentimientos como excusa para romper el voto matrimonial». Por su parte, él siempre se había mostrado contrario a cualquier innovación y a esas ideas de nuevo cuño que intentaban desplazar a las viejas y sabias reglas de conducta. Según dijo, no queríamos «principios franceses en la vida pública ni en la privada», y si se permitía a las mujeres aducir sus sentimientos como un eximente o atenuante de la infidelidad, «abriríamos una puerta a la inmoralidad». ¿Qué mujer virtuosa pensaba en sus sentimientos? El deber de la mujer era amar y obedecer al hombre elegido por sus padres y familiares, quienes por su experiencia estaban más cualificados que ella para decidir qué le convenía. En cuanto a los cargos presentados contra su marido, estos eran vagos y no estaban sustentados por testigos, a excepción del encierro en el manicomio. Las pruebas de la existencia de antecedentes de locura en su familia quizá se explicase como una medida prudente y, de hecho, «el comportamiento de aquella dama no parecía el de alguien en su sano juicio». No obstante, «tales procedimientos no podían justificarse y tal vez le otorgasen el derecho a obtener en otro tribunal una sentencia de separación de bienes y cese de la convivencia de las partes», aunque el juez esperaba «que ningún inglés legalizara el adulterio permitiendo que la adúltera enriqueciese a quien la sedujere». No se impondrían nunca las suficientes restricciones al divorcio si se quería preservar la santidad del matrimonio y, aunque estas podían resultar una carga para algunos —muy pocos— individuos, ello redundaría en el bien general.

## FINAL

«Bebió el láudano; su alma estaba serena, la tempestad había amainado y únicamente quedaba un ardiente deseo de olvidarse de sí misma y escapar de la angustia que soportaba, de no pensar más y huir de ese infierno desolado.

»Pero sus ojos aún no se habían cerrado, los recuerdos se sucedían de forma vertiginosa. Todos los episodios de su vida parecían sublevarse y cobrar forma para asaltarla e impedirle sumergirse en el sueño mortal. Su hija asesinada se le apareció llorando por el bebé al que ella serviría de tumba. “¿Acaso podría tener una más noble? Sin duda es mejor morir conmigo que llegar al mundo sin los cuidados de una madre. ¡No puedo vivir!..., pero ¿habría podido abandonar a mi pequeño una vez nacido?, ¿habría podido arrojarlo a las turbulentas aguas de la vida sin una mano que lo sostuviese?”. Miró al cielo: “¿Qué no habré sufrido? ¡Ojalá encuentre un padre allí donde voy!”. La cabeza le daba vueltas, la invadía el sopor, desfallecía... “Ten un poco de paciencia —dijo María sosteniendo su mareada cabeza (pensó en su madre)—, esto no puede durar; y, ¿qué es un pequeño dolor corporal

comparado con las heridas que he soportado?”.

»Una nueva visión se desplegó ante ella. Le pareció que Jemima entraba con una criatura que se acercaba a la cama con pasos inseguros. Le llegaba la voz de Jemima desde lejos, llamándola, y ella trataba de escucharla, de hablarle, de buscarla.

—¡Mirad a vuestra hija! —exclamó Jemima. María se levantó de la cama, pero se desmayó, a lo que siguieron violentos vómitos.

»Cuando volvió en sí, Jemima se dirigió a ella con una gran solemnidad:

—... permitidme sospechar que vuestro marido y vuestro hermano os hayan engañado y hayan mantenido a vuestra hija en secreto. No os atormentaría con vanas esperanzas ni dejaría que en este funesto instante buscarais a vuestra hija en vano. La saqué de la miseria y, ahora que ha vuelto a la vida, ¿vais a dejarla sola en el mundo para que tenga que pasar por lo que yo he pasado?

»María le clavó la mirada con furia y una gran emoción la embargó cuando la niña de la que Jemima se había ocupado durante todo el viaje pronunció la palabra “mamá”. La estrechó contra su pecho y estalló en lágrimas de pasión. Después, recostando cuidadosamente a la niña en la cama —como si temiera matarla—, le puso las manos sobre los ojos como tratando de ocultar la agónica lucha de su alma. Pidió cinco minutos de silencio, cruzó los brazos sobre el pecho, reclinó la cabeza y entonces exclamó:

—La lucha ha terminado. ¡Viviré por mi hija!

\*\*

Puede que algunos lectores se pregunten, más allá de estas notas, si sería factible, sin caer en el tedio ni que el interés decayera, completar con estos someros esbozos un número considerable de páginas, aún mayor que el que aquí se presenta. Pero en realidad estas notas, siendo tan simples, están llenas de pasión y aflicción. El único refugio de los autores infecundos es llenar sus obras de ficción con un gran número de peripecias sin haber experimentado ninguna de ellas, para sumergirse en la mente del lector. Sin embargo, es competencia de los verdaderos genios el desplegar los acontecimientos, descubrir sus posibilidades, establecer las diferentes pasiones y sentimientos que contienen, y distinguirlos a través de los incidentes que dotan de realidad a la imagen descrita y que cobran fuerza en la mente del lector experto, donde ya no vuelven a debilitarse. En el caso presente, el proyecto de la autora consistía principalmente en subordinar la historia a un gran propósito moral, «mostrar las miserias y la opresión propias de las mujeres, que surgen como consecuencia de las leyes patriarcales y de las costumbres sociales». Este objetivo pone freno a su imaginación. Para ella era necesario ofrecer una



visión dramática de aquellos males que demasiado a menudo se disculpan, y desvelar los detalles de dicha opresión, que el sector más burdo e insensible de la humanidad apenas tiene en consideración.